

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



Actos del
cincuentenario
de la consagración
de España al
Inmaculado Corazón
de María

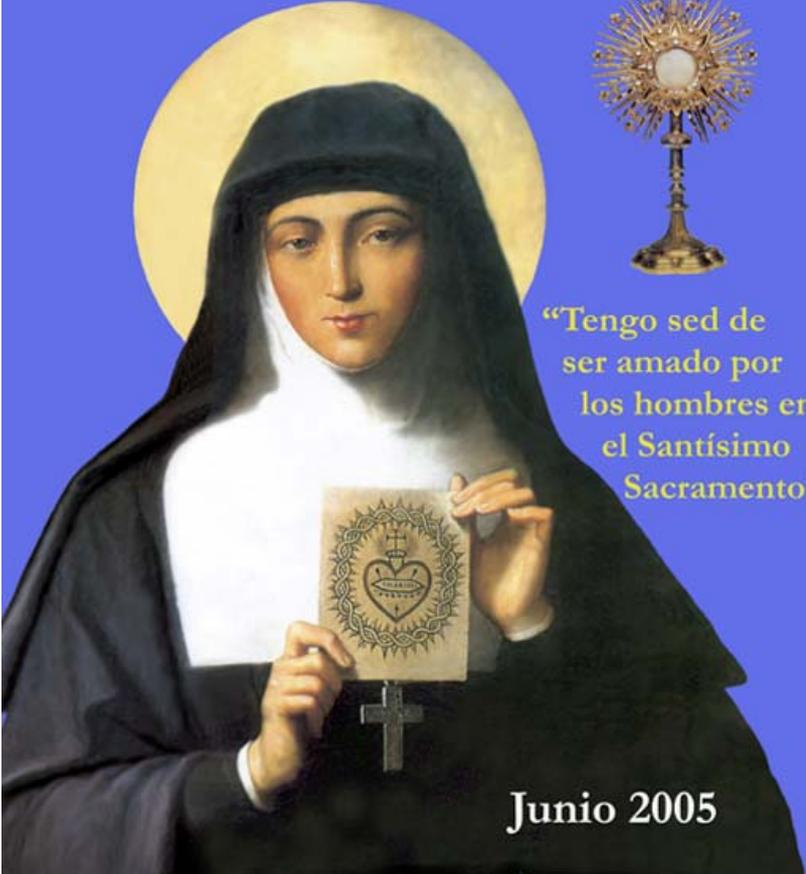
El carisma
profético de
santa Margarita

Itinerario de las
reliquias de
santa Margarita

La humanidad de
Dios en la Eucaristía

LAS RELIQUIAS DE SANTA MARGARITA EN ESPAÑA

Año de la Eucaristía
Reliquias de Santa
Margarita María Alacoque
en España



“Tengo sed de
ser amado por
los hombres en
el Santísimo
Sacramento”

Junio 2005

«... me descubrió su amante y amable corazón... entonces me explicó las inexplicables maravillas de su puro amor y hasta qué exceso había llegado su amor para con los hombres, de quienes no recibía sino ingratitudes.»
(tercera revelación principal, 1674)

Sumario

«Imploro a la Virgen Inmaculada con total confianza que proteja a los pueblos de España». Mensaje de Benedicto XVI con motivo de la peregrinación a Zaragoza	3
La renovación de la consagración de España al Inmaculado Corazón de María. <i>Santiago Alsina</i>	4
«¡El alma y el futuro de España serán cristianas en plenitud, es decir, católicas, o no serán!» <i>Cardenal Antonio María Rouco</i>	5
El carisma profético de santa Margarita <i>Francisco Canals Vidal</i>	7
Las apariciones de santa Margarita y el magisterio de la Iglesia <i>José M.ª Petit Sullá</i>	8
La liturgia de la festividad del Sagrado Corazón <i>David Amado, pbro.</i>	11
Venida de las reliquias de santa Margarita a España en el Año de la Eucaristía <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	13
Itinerario de las reliquias de santa Margarita	14
Contemplando la humanidad de Dios. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús <i>Benjamín Pineda</i>	16
Adorando la humanidad de Dios en la Eucaristía <i>Beatriz Bergera</i>	19
Juan Pablo II y las vocaciones consagradas <i>Josep M. Manresa, pbro.</i>	22
Consagración y reparación	25
El culto al Corazón de Cristo ante la problemática humana de hoy <i>Francisco Canals Vidal</i>	27
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	40
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i> <i>y Santiago Alsina Casanova</i>	42
Hace 60 años <i>J. M.ª P. S.</i>	44

RAZÓN DEL NÚMERO

EL día 6 de junio llegan a Barcelona, procedentes de Paray-le-Monial, las reliquias de santa Margarita María de Alacoque que permanecerán en España, visitando diversas ciudades, hasta el próximo 4 de julio. Su alojamiento más frecuente será en los diversos monasterios de la Visitación, como es lógico, pero harán también estancia para ser veneradas en diversas capillas e iglesias.

La revista CRISTIANDAD, nacida al calor de la devoción al Corazón de Jesús y dirigida expresamente a propagar su reinado, se complace y se honra en dar mayor cabida, si cabe, a la especial significación que representa para la Iglesia la devoción al Corazón de Jesús, y de modo particular, sobre todo en esta ocasión, resaltar el papel fundamental de santa Margarita María en la culminación y expansión de esta «nueva» devoción. Como ha escrito uno de los responsables de este itinerario, «esta confianza en la especial misericordia del Corazón de Jesús para con nosotros y nuestras miserias, se estima ha de ser dada a conocer como remedio eficaz frente al laicismo promovido por los poderes públicos».

Estamos en el año de la Eucaristía y nada más oportuno que recordar lo que nos enseñó el Corazón de Jesús a través de santa Margarita: «Tengo sed ardiente de ser amado por los hombres en la Eucaristía».

A través de diversos artículos queremos presentar una perspectiva que CRISTIANDAD considera oportuna: la devoción al Corazón de Jesús ni es una devoción más entre las muchas aceptables y agradables a Dios ni es tampoco la difusión de una «experiencia personal» de la monja salesa santa Margarita María de Alacoque. La devoción al Corazón de Jesús ha sido asumida y potenciada por el más alto magisterio de la Iglesia de forma ininterrumpida y propuesta como el centro de la vida de la Iglesia y señal eficaz del triunfo del Sagrado Corazón, que expresamente dijo a santa Margarita: «Reinaré a pesar de mis enemigos».

La devoción al Corazón de Jesús tuvo una remota pero indudable preparación en muchos autores espirituales. Pero la explosión, podríamos decir, y concreción de la misma tiene su insustituible fundamento en las probadísimas y aceptadísimas revelaciones del Corazón de Jesús a santa Margarita.

Sin embargo, se puede ser un verdadero y eficaz devoto del Sagrado Corazón sin haber leído ni la vida ni las cartas de santa Margarita. ¿Cómo puede ser esto? La respuesta es importante y concluyente: la devoción al Corazón de Jesús está explicada y suscitada en los textos de los pontífices que la han asumido como la acción providencial de Dios en su cuerpo místico que es la Iglesia. Nada menos que tres encíclicas jalonan el itinerario de esta exposición y de la llamada urgente a entrar en la devoción y practicarla mediante los dos actos nucleares que la constituyen: la consagración y la reparación.

También la Virgen está presente en la devoción al Corazón de Jesús y una prueba de ello es la reciente celebración en Zaragoza de la renovación de la consagración de España al Inmaculado Corazón de María.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

«Imploro a la Virgen Inmaculada con total confianza que proteja a los pueblos de España»

Mensaje de Benedicto XVI con motivo de la peregrinación a Zaragoza organizada por la CEE el 22 de mayo

Amados hermanos en el episcopado, queridos sacerdotes y diáconos, religiosos, religiosas y fieles católicos de España.

Me es grato dirigiros mi cordial saludo y unirme espiritualmente a vosotros en la peregrinación nacional al santuario de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, para conmemorar el 150º aniversario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción y renovar la consagración de España al Inmaculado Corazón de María, que tuvo lugar hace cincuenta años.

Con esta peregrinación queréis profundizar en el admirable misterio de María y reflexionar sobre su inagotable riqueza para la vocación de todo cristiano a la santidad.

Al coincidir el Año de la Inmaculada con el Año de la Eucaristía, en la escuela de María podremos aprender mejor a Cristo. Contemplándola como la «mujer eucarística», ella nos acompaña al encuentro con su Hijo, que permanece con nosotros «todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20), especialmente en el Santísimo Sacramento.

La Inmaculada refleja la misericordia del Padre. Concebida sin pecado, fue capaz de perdonar también a quienes abandonaban y herían a su Hijo al pie de la cruz. Como Abogada nos ayuda en nuestras necesidades e intercede por nosotros ante su Hijo diciéndole, como en Caná de Galilea, «no tienen vino» (Jn 2,3), confiando en que su bondadoso corazón no defraudará en un momento de dificultad. Al indicar claramente «haced todo lo que Él os diga» (Jn 2,5), nos invita a acercarnos a Cristo y, en esa cercanía, experimentar, gustar y ver «qué bueno es el Señor». De esta experiencia nace en el corazón humano una mayor clarividencia para apreciar lo bueno, lo bello, lo verdadero.

Acompañada de la solicitud paterna de José, María acogió a su Hijo. En el hogar de Nazaret Jesús alcanzó su madurez, dentro de una familia, humanamente espléndida y transida del misterio divino, y que sigue siendo modelo para todas las familias. A este respecto, en la convivencia doméstica la familia realiza su vocación de vida humana y cristiana, compartiendo los gozos y expectativas en un clima de comprensión y ayuda recíproca. Por eso, el ser humano, que nace, crece y se forma en la familia, es capaz de emprender sin incertidumbre el camino del bien, sin dejarse desorientar por modas o

ideologías alienantes de la persona humana.

En esta hora de discernimiento para muchos corazones, los obispos españoles volvéis la mirada hacia aquella que, con su total disponibilidad, acogió la vida de Dios que irrumpía en la historia. Por eso María Inmaculada está íntimamente unida a la acción redentora de Cristo, que no vino «para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (Jn 3,17).

Sé que la Iglesia católica en España está dispuesta a dar pasos firmes en sus proyectos evangelizadores. Por eso es de esperar que sea comprendida y aceptada en su verdadera naturaleza y misión, porque ella trata de promover el bien común para todos, tanto respecto a las personas como a la sociedad. En efecto, la transmisión de la fe y la práctica religiosa de los creyentes no puede quedar confinada en el ámbito puramente privado.

A los pies de la Virgen pongo todas vuestras inquietudes y esperanzas, confiando en que el Espíritu Santo moverá a muchos para que amen con generosidad la vida, para que acojan a los pobres, amándolos con el mismo amor de Dios.

A María Santísima, que engendró al Autor de la vida, encomiendo toda vida humana desde el primer instante de su existencia hasta su término natural, y le pido que preserve a cada hogar de toda injusticia social, de todo lo que degrada su dignidad y atenta a su libertad; y también que se respete la libertad religiosa y la libertad de conciencia de cada persona.

Imploro a la Virgen Inmaculada con total confianza que proteja a los pueblos de España, a sus hombres y mujeres para que contribuyan todos a la consecución del bien común y, principalmente, a instaurar la civilización del amor. Aliento también a todos y a cada uno a vivir en la propia Iglesia particular en espíritu de comunión y servicio y os animo a dar testimonio de devoción a la Virgen María y de un incansable amor a los hermanos.

A cuantos participáis en esta gran peregrinación al santuario de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, os invito a intensificar la devoción mariana en vuestros pueblos y ciudades, donde Ella os espera en los innumerables templos y santuarios que llenan la tierra española; y también en las parroquias, en las comunidades y en los hogares. Volved gozosos con la bendición apostólica que os imparto con gran afecto.

La renovación de la consagración de España al Inmaculado Corazón de María

SANTIAGO ALSINA

EL presidente de la Conferencia Episcopal Española, monseñor Ricardo Blázquez, renovó la consagración de España al Inmaculado Corazón de María, a los cincuenta años del acontecimiento en que el anterior Jefe del Estado realizó en el mismo lugar, coincidiendo con los ciento cincuenta años de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción y la conmemoración en Zaragoza del primer centenario de la coronación canónica de la Virgen del Pilar.

El domingo 22 de mayo, en una mañana soleada, se congregaron miles de peregrinos de todos los rincones de España en la plaza del Pilar de Zaragoza. Schola Cordis Iesu acudió con un numeroso grupo venido de toda la geografía española (San Sebastián, Bilbao, Pamplona, Toledo, Huelva, Madrid y Barcelona). En un ambiente fervoroso se celebró la Santa Misa presidida por el arzobispo emérito de Zaragoza, Elías Yanes, y en la que concelebraron cincuenta y cinco obispos, el nuncio de Su Santidad en España, Manuel Monteiro de Castro y numerosos sacerdotes de todas las diócesis españolas.

Monseñor Elías Yanes dedicó gran parte de la homilía a exponer el significado del dogma de la Inmaculada Concepción del que dijo «es un misterio de la manifestación del amor de Dios a la Virgen y a los hombres» y recordó que, como dijo el beato Pío IX, es una doctrina revelada por Dios, y por eso es dogma de fe: «Esta resplandeciente santidad de la Virgen le viene toda entera de Cristo, y crece en María desde el primer instante de su existencia». Para el prelado, «ante la presencia del mal y del pecado no podemos permanecer indiferentes, no nos podemos dejar vencer por el miedo, Cristo está con nosotros y estamos llamados a ser con María seguidores fieles hasta la cruz de este Cristo que es signo de contradicción». «Nos consagramos al Corazón Inmaculado de María y suplicamos su auxilio, a fin de que vivamos como Ella para Dios. Con el santo padre Benedicto XVI, cada uno puede decir: pongo en tus manos, Virgen María, el presente y futuro de mi persona y de la Iglesia.» Ante estas palabras la multitud aclamó a la Inmaculada con unos aplausos recordando el amor sincero que España ha tenido a María y que se ha transparentado en una defensa intrépida y del todo singular de la Concepción Inmaculada, defensa que sin duda preparó la definición dogmática.

Antes de la finalización de la celebración

eucarística el obispo de Bilbao y presidente de la conferencia episcopal, monseñor Ricardo Blázquez renovó la consagración de España al Inmaculado Corazón de María, volviendo a resaltar la especial vinculación de nuestro país con la Madre de Dios. Ante este acto los obispos españoles proclaman que en los tiempos de persecución de la familia y ataques constantes a la dignidad de la persona humana poner en el centro al Corazón Inmaculado de María es el único remedio y solución de los males de nuestros pueblos y ciudades.

Tras la renovación de la consagración el nuncio de Su Santidad en España, Manuel Monteiro de Castro leyó el mensaje de nuestro querido santo padre Benedicto XVI que fue aclamado por los fieles repetidamente a lo largo de la lectura del mensaje. El Papa encomendó a la Virgen todos los pueblos de España como fuente de misericordia y de luz del amor que Dios ha tenido con nosotros y «que nos invita a acercarnos a Cristo para experimentar, ver y gustar “Qué bueno es el Señor”». El santo padre añadió en su mensaje que, a ejemplo de la Sagrada Familia, «el ser humano que nace, crece y se forma en la familia, es capaz de emprender sin incertidumbre el camino del bien, sin dejarse desorientar por modas o ideologías alienantes de la persona humana». Y recordó a los obispos españoles en respuesta a la renovación de la consagración: «María Inmaculada está íntimamente unida a la acción redentora de Cristo, que no vino “para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él” (Jn 3,17)». Animó a la Iglesia católica en España en su actitud de la defensa de la fe y la práctica religiosa «que no puede quedar confinada en el ámbito puramente de lo privado», estimuló a seguir poniendo a los pies de la Virgen las inquietudes y esperanzas para que muchos amen la vida y la defiendan desde el primer instante de su existencia y hasta el término natural. Alentó a cada uno a vivir e intensificar la devoción mariana donde ella nos espera en los innumerables templos y santuarios españoles.

Una vez finalizada la lectura del mensaje de Su Santidad se impartió la bendición y se dieron por finalizados los actos de renovación de la consagración al Inmaculado Corazón coincidiendo con los 150 años de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción y la conmemoración en Zaragoza del primer centenario de la coronación canónica de la Virgen del Pilar.

«¡El alma y el futuro de España serán cristianas en plenitud, es decir, católicas, o no serán!»

Catequesis pronunciada en Zaragoza por el cardenal Rouco, preparando la consagración de España al Inmaculado Corazón de María (21 de mayo de 2005)

Mis queridos hermanos y hermanas:

Hoy, en Zaragoza, en la plaza del Pilar, en el marco de una solemnísimas celebración eucarística, los obispos españoles vamos a consagrar a España al Inmaculado Corazón de María, cumpliendo el acuerdo de la Asamblea Plenaria de la CEE de 25 de noviembre del pasado año, 2004. Queremos expresar de este modo espiritual y eclesialmente tan significativo, en el santuario mariano por excelencia de España y como momento central del Año de la Inmaculada, nuestro propósito de confiar de nuevo el amor inmaculado de María Santísima el presente y el futuro de nuestras diócesis y de todos los hijos de nuestra patria común.

No es la primera vez que los pastores de las Iglesias particulares de España la consagran a la Virgen Inmaculada y en el mismo lugar, Zaragoza, en donde se venera a María como Virgen del Pilar, la advocación mariana que nos remonta a los mismo albores de la evangelización de los españoles. Ya en 1954 fue consagrada España al Corazón Inmaculado de María en el contexto del magno congreso con el que culminaba en las diócesis españolas la celebración del Año Mariano convocado por el papa Pío XII, de insigne memoria, con motivo de la conmemoración del primer centenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María. Eran años aquellos, al comienzo de la segunda mitad del siglo xx, difíciles y esperanzados a la vez para la Iglesia y para el mundo. Por un lado, se estaba sometiendo a la Iglesia católica a una persecución implacable al otro lado del «Telón de acero» que atravesaba Europa desde el mar Báltico hasta el Adriático, en los países comunistas del centro y del este europeo dominados por la Unión Soviética. No sin razón se acuñó la expresión de «la Iglesia del silencio» como retrato fiel de la situación de opresión por la que estaba atravesando. Pero, por otro, se estaba viviendo en la otra Europa y en el mundo, salido de la terrible tragedia de la segunda guerra mundial, secreta e invisiblemente sostenido por el martirio de tantos hermanos, como un tiempo nuevo de redescubrimiento fresco y creador del Evangelio de Jesucristo y de su fuerza humanizadora, única e insustituible, de la sociedad, del Estado y de la comunidad internacional. Sobre todo Europa y la Améri-

ca de raíces cristianas caían en la cuenta de lo que significaba el valor de la inviolable dignidad de la persona humana y del reconocimiento de sus derechos fundamentales para llevar a la práctica la realización de un nuevo orden político y de una cultura universal, basada sobre el sólido fundamento de la libertad, la justicia, la solidaridad y el amor o caridad social. Ante el temor de una nueva guerra, siempre latente en la situación de «guerra fría» en la que se encontraba la humanidad, se alzaba el ideal de la paz no sólo como algo posible y realizable sino, incluso, como la apuesta verdaderamente victoriosa del futuro.

¡Un nuevo e inusitado fervor espiritual y ardor apostólico comenzaba a vibrar en la Iglesia! ¡Un renovado empeño de cristianización de las realidades temporales se abría camino, superando la sociedad de clases y el subdesarrollo de los países coloniales, confiando que también serían vencidas las nuevas y terribles formas de totalitarismo político, instauradas por los regímenes comunistas! ¿Cómo llevar adelante, ese gran impulso de una historia, guiada por el Espíritu, y con qué energías humanas y espirituales, sino se acudía con actitud humilde y confiada a la fuente de la gracia sobrenatural, al Corazón divino de Cristo y a la Mediadora de su gracia y de su amor, a su Madre Santísima, la Virgen Inmaculada? Así lo hizo el papa Pío XII, puesta su mirada de «Pastor Angélico» en el bien de la Iglesia universal y en el destino de la humanidad. Así lo hicieron los obispos españoles con sus comunidades diocesanas, buscando consolidar el bien y la paz de España. Su fórmula, la consagración a María, a su Inmaculado Corazón. La había dado a conocer y la había pedido Ella a través de sus mensajes a los videntes de Fátima. La fórmula, aparentemente sencilla y susceptible de ser interpretada de modo ritualista y puramente sentimental, encerraba una gran belleza y hondura espiritual y un exigente dinamismo apostólico. Una Iglesia en la que sus pastores, consagrados y fieles laicos, personal y comunitariamente, consagran su vida al Corazón Inmaculado de María, significa que está abriéndose hasta lo más hondo de su ser a su influencia divina y humanamente maternal, en su vida de fe, esperanza y caridad. Una sociedad, consagrada al

amor inmaculado de María, equivale a ponerse en disposición de dejarse impregnar, sin reserva alguna, de misericordia, de perdón, de esperanza, de amor y de paz o, lo que es lo mismo, a ponerse en condiciones de vivir un verdadero proceso de regeneración moral y espiritual al servicio de bien integral de la persona humana y de las instituciones naturales básicas en las que ésta nace, se forma y desarrolla digna y plenamente, a saber, el matrimonio y la familia.

El momento histórico de nuestra consagración a María Inmaculada, en esta mañana primaveral de la Zaragoza mariana y de la España que venera desde tiempos inmemoriales su Virgen del Pilar, es también igualmente nuevo ¡casi inédito! en dificultades y en esperanzas. El olvido de las raíces cristianas se manifiesta grande y radical en sectores considerables de la sociedad española; las consecuencias en el orden del respeto y amor al hombre desde el primer momento de existencia en el vientre de su madre hasta su muerte natural y los efectos sobre los sentimientos de solidaridad entre todos los españoles son gravemente negativos. Y viceversa, el aliento del Espíritu Santo, como en un renovado Pentecostés, recorre toda la geografía espiritual y cristiana de España, tocando y transformando el corazón de muchos jóvenes, identificados con Juan Pablo II y su llamada a la Nueva Evangelización, hasta el

punto de una entrega al Señor sin condiciones y paliativos de ningún género. ¡No hay duda! Se ha encendido una llama de esperanza que ilumina el horizonte actual de nuestro pueblo.

Urgía, por tanto, confiar esta hora de España, tan grávida de temores y esperanzas, al Corazón Inmaculado de María, sabiendo que con Ella se puede vencer al Maligno, «la serpiente», asumiendo el exigente reto de la Nueva Evangelización. Consagrándonos a Ella en España, en «la tierra de María» —como gustaba llamarla Juan Pablo II—, estamos seguros que alumbrará con nuevo fulgor y con nuevo y encendido calor la luz y la llama del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. ¡El alma y el futuro de España serán cristianas en plenitud, es decir, católicas, o no serán! Urgía encomendarse a la Virgen con desprendida y filial confianza, siguiendo el ejemplo de santa Teresa de Jesús cuando murió su madre: «Acuérdome que, cuando murió mi madre —cuenta ella—, quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido...» (Libro de la Vida, 1,7).

¡También nos valdrá a nosotros en esta hora tan crucial de nuestra historia!

Con todo afecto y mi bendición,



El carisma profético de santa Margarita

FRANCISCO CANALS VIDAL

LA venida a España de las reliquias de santa Margarita María de Alacoque, la santa de la que se sirvió Dios para comunicar a la Iglesia sus designios sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, nos invita a meditar la acción, en la Iglesia, de aquella santa religiosa hija de san Francisco de Sales, a la que no podemos dejar de considerar como receptora y transmisora providencial del mensaje divino que el propio Señor Jesucristo comunica en Paray-le-Monial, y del que surge la corriente de vida espiritual que es aquella devoción.

Ciertas actitudes que pretenderían una desorientadora supremacía de determinada teología (concebida en el plano abstracto) sobre la fe del pueblo fiel, y de un «liturgismo» de pretensión científica sobre la vida y el culto centrados en el Sacrificio Eucarístico y los Sacramentos, y desplegados también en prácticas piadosas y en el culto a los santos, suelen advertir contra el riesgo de dirigir nuestra atención a «revelaciones privadas» distrayéndonos de la revelación pública y del magisterio jerárquico.

Si reflexionamos sobre el hecho de que con tales precauciones no podríamos atender al sentido y contenido espiritual de, por ejemplo, la fiesta del Corpus Christi –recelosos de atender demasiado a la beata Juliana de Cornillon–, ni podríamos expresar nuestra confianza en María llevando sobre nosotros el Escapulario del Carmen –dado a la Iglesia por san Simón Stock–, ni los hijos de santo Domingo hubiesen podido propagar, a lo largo de las generaciones cristianas, la plegaria del Santo Rosario de María, o también que desatenderíamos a la Solemnidad del Corazón de Jesús –porque su mensaje espiritual no es otro que el que Cristo comunicó a su inocentísima discípula santa Margarita María de Alacoque, como afirma explícita e inequívocamente Pío XI en la *Miserentissimus Redemptor*–, o también que habríamos tenido que desatender al llamamiento de la Divina Misericordia –por precauciones de falsa prudencia hacia santa Faustina Kowalszká–, después de haber también ignorado el mensaje misericordioso del Inmaculado Corazón de María –a pretexto de no dejarnos orientar por sor Lucía de Fátima–, caeremos en la cuenta de que tales advertencias, que han pretendido silenciar las «revelaciones privadas» frente a la primacía (nunca todavía definida con precisión) de la «revelación pública», podrían ser esterilizantes malentendidos.

Por tales advertencias, algunos especialistas de pastoral, liturgia o espiritualidad no transmitirían el

mensaje de la Iglesia jerárquica, que tantas veces, en su lenguaje a los fieles, reitera y subraya lo que el mismo Señor, por su bendita Madre, María, ha dicho a toda la Iglesia por medio de los fieles a quienes ha dado a conocer sus mensajes: de invitación a la penitencia, de esperanza, de exhortación a la práctica sencilla y filial de determinados actos de piedad. No parece que la Palabra de Dios haya quedado muda después de la muerte del último Apóstol. Más bien podríamos preguntarnos si en la vida de la Iglesia no experimentamos la acción del Espíritu Santo que la anima y vivifica en sus miembros y distribuye entre ellos, además de las gracias y dones que obran la santificación en cada uno, también aquellos carismas que se dan a cada miembro para bien de todo el cuerpo: «Puso Dios Apóstoles, Profetas, Doctores...».

Sólo en 1200, el papa Bonifacio VIII declaró por primera vez a cuatro santos, de la edad de los Padres, Doctores de la Iglesia: san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustín y san Gregorio. Se ha alargado este catálogo con nombres referentes a ambientes y situaciones muy diversas, hasta llegar a nuestros días a las tres últimas declaraciones de doctorado referentes a santa Teresa de Jesús, santa Catalina de Siena y a santa Teresita del Niño Jesús. Se ha puesto en claro, entretanto, que este título de doctor no proclama una excelencia académica, sino que reconoce una profundidad vital carismática. Doctor de la Iglesia es un santo en el que ha resplandecido y han fructificado los carismas de la palabra de sabiduría o de ciencia.

La Iglesia no ha declarado hasta ahora nunca profeta a un santo. Pero tampoco había declarado doctor a santo alguno antes de 1200. Me pregunto si no llegará algún día en que la Iglesia reconocerá públicamente, en algunos santos, su carisma profético. Si esta pregunta pudiese obtener una respuesta afirmativa, continúo preguntándome si santos y santas a las que Dios ha confiado singularmente un mensaje espiritual y ha instruido de tal manera que sus palabras, que ellos han proclamado ser recibidas del mismo Dios y comunicadas en su nombre, han señalado en la Iglesia una corriente de espiritualidad y han sido signo de fructificación y de santidad, no podrían ser, con el tiempo, declarados profetas, y si entre estas personas santas declaradas profetas no se contará, en lugar preferente, a santa Margarita María de Alacoque, mensajera del Sagrado Corazón, anunciadora de su Reinado sobre los hombres «a pesar de sus enemigos».

Las apariciones a santa Margarita María y el magisterio de la Iglesia

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

EN la carta apostólica *Inde a Primis* de 30 de junio de 1960, y como de pasada, escribía el papa beato Juan XXIII este juicio: «... el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús, a cuya plena y perfecta constitución y a cuya difusión por todo el mundo en tanto grado contribuyeron las cosas que Cristo el Señor, mostrando su sacrosanto Corazón, manifestó a santa Margarita María de Alacoque...». Y añadía: «...y con tan singular honor apoyaron los romanos pontífices, con admirable unanimidad esta forma de culto religioso, que no sólo pusieron en claro su virtud y fuerza, sino que también declararon su legitimidad y promovieron su uso».

He aquí en estas breves palabras dos afirmaciones fundamentales que guían esta reflexión. La primera es que «la manifestación del Señor a santa Margarita María» se ha de considerar como la causa de la plena y perfecta constitución de la extendida devoción al Corazón de Jesús. Y observemos, sobre todo, el empleo de la palabra «manifestación» que es un término contrario al de ocultamiento o privacidad. Y no se nos puede pasar por alto tampoco que esta manifestación la hizo el Señor Jesús no sólo con palabras sino también de modo visual «mostrando su sacrosanto Corazón» porque, en efecto, la imagen del Corazón de Jesús, habrá de ser elemento esencial que centrará el núcleo de este culto.

Quien tuviera la más mínima duda de que la imagen del Corazón de Jesús es insustituible en esta devoción debería leer y meditar las palabras del gran papa León XIII en la primera encíclica acerca del culto al Corazón de Jesús –cuyo objetivo fue la consagración del mundo al Sagrado Corazón–, cuando escribe hacia el final de tan sustancial documento: «He aquí que hoy se presenta a nuestros ojos otra señal muy favorable y divina: el Corazón Sacratísimo de Jesús con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor. En Él se han de colocar las esperanzas. A Él hay que pedir y de Él hay que esperar la salvación de los hombres».¹

La Iglesia recibe «otra señal» que ya no es meramente la cruz –instrumento de suplicio convertido por Jesús en altar del nuevo y eterno sacrificio– sino esta misma cruz superpuesta a un corazón en lla-

mas, esto es, como emanando de un amor ardiente –podríamos decir, pasional– que es el que lleva a Jesús a sufrir la muerte en cruz y todos los demás dolores de la pasión para nuestra salvación. El amor es, pues, la causa, y la cruz el efecto y el modo de manifestarlo. Esta «otra señal» contiene a ambos pues, como dice santa Margarita, el amor se manifiesta de modo particular en el sufrimiento. Ahora bien, esta imagen presentada por León XIII no está en ningún lugar más que en la revelación que la santa tuvo en su segunda aparición: «El divino Corazón se me presentó en un trono de llamas, más esplendoroso que el sol, y transparente como el cristal, con la llaga adorable, rodeada de una corona de espinas significando las punzadas producidas por nuestros pecados, y una cruz en su parte superior...».²

Pero es la presente intención poner especialmente de relieve la segunda de las afirmaciones del inolvidable papa Juan. En efecto, estas manifestaciones del Señor a santa Margarita –que se condensan en cuatro grandes apariciones desde 1673 hasta 1675– fueron apoyadas, dice, «con admirable unanimidad» por los romanos pontífices en un doble plano, el de declarar su legitimidad –sin la cual ninguna aparición tiene garantía de autenticidad– y poner en claro su virtud y fuerza, esto es, mostrar su inserción en el cuerpo doctrinal de la catequesis cristiana como algo especialmente necesario en los momentos presentes, y esto, con tal plenitud, que «promovieron su uso». Quiere esto decir que la devoción al Corazón de Jesús es, sí, de santa Margarita, pero es también de la Iglesia. Estar fuera de la devoción al Corazón de Jesús que nos transmitió santa Margarita, de parte del mismo Señor Jesús como «mensajera», es estar fuera de lo que ha enseñado la Iglesia en su más alto magisterio.

Es asombroso el grado de aceptación de esta devoción por parte de los papas hasta el punto de dedicarle monográficamente tres grandes encíclicas, la mencionada *Annum sacrum* de León XIII (1899), la *Misericordissimus Redemptor* de Pío XI (1928) y la *Aurietis aquas* de Pío XII (1956). La primera de estas encíclicas cita a la santa en una ocasión; la segunda en cuatro y la tercera en cinco. Siempre se

1. León XIII, *Annum sacrum*, n.13. Todos los pontífices se han referido reiteradamente a este texto leonino.

2. Carta CXXXIII, al padre O. Croiset, de 3 de noviembre de 1689

refieren a las apariciones con palabras de objetiva manifestación de Jesús y nunca como meras «experiencias místicas» de la monja salesa. Este tan alto grado de aceptación, objetivación y recomendación no tiene parangón con ninguna otra revelación aceptada por la Iglesia. En realidad no tiene parangón ni siquiera con las apariciones –tan aprobadas– de la Santísima Virgen en Lourdes o Fátima.

Como quiera que la confirmación y análisis de esta devoción es ya insuperable después de tales encíclicas resta sólo como posible cuestión pendiente la de su actualidad. Con posterioridad al beato Juan XXIII cuya carta apostólica ha sido citada como itinerario de esta reflexión, es de destacar la también Carta Apostólica de Pablo VI *Investigabilis divitias* (1965) al cumplirse los doscientos años de la concesión por la Sede Apostólica, por el papa Clemente XIII, de la primera fiesta litúrgica en honor del Sagrado Corazón, sin dejar de considerar también –entre otros documentos– la carta *Diserti interpretes* del mismo año donde leemos: «deseamos que este culto resurja más cada día y sea estimado por todos como la excelente y auténtica espiritualidad actual». ³ Y por parte del llorado gran papa Juan Pablo II, no han faltado múltiples enseñanzas de su magisterio que es más disperso pero muy constante en la recomendación de esta insustituible devoción ⁴ «recibida por santa Margarita María» ⁵ de la que dijo, poniendo, en relación esta forma privilegiada de devoción y la tarea de la Iglesia, estas palabras: «Para la evangelización de hoy es necesario que el Corazón de Cristo sea reconocido como el corazón de la Iglesia». ⁶ La Iglesia no podrá mostrarse a los hombres más que si se presenta con las características del Corazón de Cristo.

Es reconocido por todos que el más alto nivel de exaltación de esta forma de culto se halla en la citada encíclica de Pío XI. Pretendiendo sólo aquí poner de relieve el nivel de aceptación pontificia de las palabras que constituyen el núcleo de la revelación a la santa de Paray-le-Monial atenderemos a un texto sobresaliente. Escribe en esta encíclica el papa acerca de la necesidad de la reparación –fin esencial del documento pontificio– en una referen-

3. Doc. Cit. Núm. 2.

4. Véase CRISTIANDAD, núm. 885, abril de 2005, el artículo de Ignacio Azcoaga «La devoción al Corazón de Jesús en el pontificado de Juan Pablo II».

5. Carta entregada en Paray-le-Monial al Prepósito general de la Compañía de Jesús Peter- Hans Kolvenbach, con ocasión de su peregrinación a esta pequeña ciudad el 4 de junio de 1999 y publicada al día siguiente en *L'Osservatore romano*. Es también preciosa la carta al arzobispo de Lyon de la misma fecha.

6. Homilía en la canonización de Claudio la Colombière S.I., plaza de san Pedro, 31 de mayo de 1992.

cia incuestionable a las palabras oídas por santa Margarita: «Ya que al presentarse Cristo a Margarita María y poner de manifiesto su infinita caridad, lamentóse juntamente, a la manera del que está triste, de tantas y tan grandes injurias, inferidas contra Él por los ingratos hombres, con estas palabras, que ojalá estuviesen grabadas en las almas piadosas y jamás se borrasen por el olvido: *He aquí, dijo, el Corazón que tanto ha amado a los hombres y que les ha llenado de toda suerte de beneficios y que no sólo no ha encontrado agradecimiento a su infinito amor, antes bien olvidado, desprecio, contumelias y, por cierto, inferidas a veces aún por los que estaban obligados a un peculiar amor*». ⁷

Estas son precisamente las palabras que transmite la santa visitandina como constituyendo la cuarta y última gran revelación del 16 de junio de 1675 –y que coincidiría con el día que ahora tal como lo pidió el Sagrado Corazón celebramos precisamente la fiesta del Sagrado Corazón. A juicio del padre jesuita José M^a Sáenz de Tejada esta última gran revelación «abre una nueva era en la Religión católica, la religión del amor» y dicho autor citando a Mons. Bougaud añade: «Es sin contradicción la más importante de las revelaciones que han ilustrado la santa Iglesia, después de las de la Encarnación y de la Sagrada Eucaristía. Es la mayor efusión de luz después de Pentecostés». ⁸ No les falta razón a los comentaristas citados.

¿Somos capaces de valorar adecuadamente estas palabras de Pío XI? ¿Puede alguien entender que ha de «gravar» en su alma estas palabras del Sagrado Corazón a santa Margarita si no son equiparables a las mismas palabras evangélicas? Comparables, dice monseñor Bougaud, a las palabras del diálogo entre el ángel Gabriel y la Virgen o a las de la institución de la Eucaristía.

Viene a la memoria las palabras de Jesús a sus discípulos el jueves santo tal como las refiere el evangelista san Juan «Todavía muchas cosas tengo que deciros, mas no las podeis sobrellevar ahora. Pero cuando viniere Aquel, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa». ⁹

Esta es la cuestión principal, las revelaciones del Sagrado Corazón se han de inscribir en la «revelación completa», en la verdad integral, *omni veritate, αληθεια πα'ση*. No se trata de una «novedad» sino de «toda la verdad» ya revelada en esencia pero no plenamente comprendida según las anteriores palabras de Jesús que ha querido esperar el momento

7. *Miserentissimus Redemptor*, n. 13.

8. José M^a Sáenz de Tejada, S.J., *Vida y obras principales de santa Margarita M^a de Alacoque*, Apostolado mariano, Sevilla, 2003, p. 29.

9. Jn, 16, 13 en Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, n. 5.

oportuno, el «ahora» de la historia de la humanidad, lo que podemos llamar «la plenitud de los tiempos» para hacer esta explícita revelación de amor y de la respuesta que espera de nosotros.

Esta respuesta se inscribe en tres planos inseparables entre sí. La consagración al Sagrado Corazón, la oración reparatoria y de consuelo hacia Jesús doliente de las injurias y menosprecios de los hombres —incluyendo de modo especial las almas consagradas que tanto le ofenden— y finalmente, tal como lo pusieron de relieve san Claudio la Colombière y santa Teresita del Niño Jesús y, más recientemente, santa Faustina Kowalska, el abandono confiado a su misericordia. En su primer acto de consagración escribe santa Margarita: «Pongo toda mi confianza en Ti, porque aunque todo lo temo de mi malicia, todo lo espero de tu bondad».¹⁰

10. Se conservan cuatro redacciones, con pequeñas variantes, de este primer acto de consagración. Cf. Carta LIV a la hermana Felicia Magdalena de la Barge, del convento de Moulins. Puede verse en la obra del padre Tejada, pág. 159.

En conclusión, santa Margarita María de Alacoque es la que nos revela de parte de Dios, como un profeta para nuestro tiempo de apostasía, que el Verbo encarnado no sólo tiene amor divino y humano hacia nosotros sino también, como reiteradamente lo señala Pío XII en la tercera de las encíclicas citadas, amor de afecto, amor sensible, amor de compasión, esto es, el más inmediato y sensible de los amores humanos. Es así que entendemos mejor en esta devoción y culto lo verdaderamente cerca de nosotros que se halla Jesús, Dios y Hombre verdadero.

Si el evangelio de Juan, es llamado por su especial insistencia en que Dios es amor, el evangelio del amor santa Margarita nos lleva el mensaje, nos transmite fielmente, aquellas palabras que penetran todavía más en el misterio del amor de Cristo, como una especie de quinto evangelio cuyo autor es exclusivamente el mismo Jesús que la eligió a ella como anunciadora con el especial encargo —que tanto la hizo sufrir— de darlo a conocer a toda la Iglesia. Y así lo ha reconocido la Iglesia. La devoción al Corazón de Jesús está en la Iglesia hasta tal punto que este Corazón divino es su propio corazón, según las bellas palabras de Juan Pablo II arriba citadas.

Alocución de Benedicto XV al aprobarse dos milagros de la beata Margarita María de Alacoque

Nuestro espíritu se abre hoy a la esperanza de que nuestro tiempo, aunque oprimido por infinitas miserias, encuentre su salvación en una más dócil correspondencia a quienes continúan el apostolado de la B. Alacoque. Alabemos a Dios contemplando caídos para siempre en el universal desprecio los ataques que anteriormente los pretendidos sabios osaban lanzar contra la doctrina que reivindica para el Corazón de Jesús el culto debido a cualquier miembro de una Persona divina. Alabemos a Dios contemplando cómo se ha aumentado extraordinariamente el número de las congregaciones que tienen por titular al Corazón de Jesús. Suba a Dios nuestra alabanza por los prodigios de caridad que, en unión y por los méritos del Corazón divino, llevan a cabo intrépidos misioneros en páramos lejanos, o tímidas religiosas en cercanos hospitales. Pero de modo especialísimo y con acentos del más vivo agradecimiento, alabemos a Dios contemplando la admirable difusión que hoy ha alcanzado la obra tan santa de la consagración de las familias cristianas al Corazón de Jesús. Si todas las familias se consagrasen al divino Corazón, y si todas cumplieren las obligaciones que lleva consigo tal consagración, estaría asegurado el reinado de Jesucristo en la sociedad. Y ¿no hemos de alegrarnos al ver puesta la causa de un efecto tan admirable? Nos alegramos tanto de ello, que Nos place deducir de ahí menos lejano el día de la canonización de la B. Alacoque. Si a ésta, en efecto, ha de seguir una más conveniente difusión del culto al Sagrado Corazón, ¿quién no acelerará con el deseo y el trabajo la extensión de este magnífico culto? Por la aurora se vislumbra el mediodía, y Nos, que en la bien recibida práctica de la consagración de las familias al Sagrado Corazón, saludamos la aurora de aquel ansiado día en que la soberanía de Jesucristo será de todos reconocida, repetimos con exultación confiada la palabra de S. Pablo «Es preciso que él reine» (1 Cor 15, 25).

La liturgia de la festividad del Sagrado Corazón

La parábola del Buen Pastor

DAVID AMADO, pbro.

LAS lecturas de la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón nos mueven a considerar el dinamismo de la condescendencia divina que culmina en el misterio de la Encarnación para la Redención del hombre. La expresión central de ese movimiento misericordioso de Dios la encontramos en el Corazón de Jesús. «Dios nos amó con corazón de hombre», se nos dice en el Concilio Vaticano II. Y ya antes, Pío XII, en la encíclica *Hauretis aquas*, había señalado que, en el Corazón de Jesús, «podemos considerar no sólo el símbolo, sino también, en cierto modo, la síntesis de todo el misterio de nuestra redención» (n. 24). Por eso, las lecturas de hoy nos llevan a contemplar el amor de Dios para con los hombres.

En el Evangelio escuchamos la parábola del Buen Pastor. Es difícil no emocionarse al reconocer en ese personaje narrativo la figura de Jesucristo. Y aún más cuando sabemos que el camino que emprendió para ir a buscar la oveja perdida, estaba enzarzado por los sufrimientos de su pasión. La alegoría, por tanto, se queda corta para los que conocemos la verdad de la Redención. Ni siquiera la suma de innumerables viajes para salvar, una a una, al rebaño inmenso de los hombres, nos permitiría alcanzar la cifra del sufrimiento redentor de Cristo en su pasión y muerte. Pero ese trabajo que Jesucristo se toma viene medido por la felicidad del hombre, que es la gloria de Dios. «*Gloria Dei, vivens homo*» (la gloria de Dios es que el hombre viva), exclama san Ireneo. Por eso dice el Evangelio: «¡Felicidadme! He encontrado la oveja que se me había perdido». Cuando sabemos que nuestra alabanza no añade nada a Dios, que es perfecto en sí mismo, caemos en la cuenta de que la alegría de Dios es nuestra salvación. Pero esa contemplación, que conduce a un abismo de amor, nos llevaría hasta el desmayo si fuéramos capaces de entreverla aún mínimamente.

El padre Julio Chevalier escribió, refiriéndose a esto: «Es como si Jesús nos dijera: Os amo tanto, a pesar de vuestras frialdades e indiferencias e ingratitudes, que si fuera necesario y mi Padre lo creyera oportuno, descendería voluntariamente a la tierra de nuevo para dejarme crucificar de nuevo, si tuviera la garantía que a este precio me fuera dado salvar a uno solo de entre vosotros» (P. Chevalier, *El Sagrado Corazón de Jesús*, p. 183).

Es lo propio de un amor cordial de Dios al hombre. El amor de Dios no es sobre una masa informe de hombres, ni sobre una multitud, sino sobre cada hombre. De tal manera que eleva al hombre por la

gracia para que pueda ser amigo suyo. Así lo expresa la imagen evangélica al decir que carga con la oveja sobre sus hombros. Es decir, pone al hombre a la altura de Dios: lo diviniza. Por eso no podemos entender la Redención simplemente como una remisión de los pecados. Hay algo más que es sobreabundante. El padre Ramière dice: «El hombre sólo podía aspirar a una perfección y felicidad naturales. Esta felicidad le hubiera bastado. Dios no debía más a su criatura. Aun cuando no le hubiera concedido otra perfección, hubiera sido suficiente para obligarla a que se uniera a Él con los vínculos del reconocimiento. Su justicia hubiera estado del todo satisfecha y nada más hubiera exigido su sabiduría. Pero lo que hubiera sido bastante para su sabiduría y justicia, no contentó su bondad» (*El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*, Scire, Barcelona 2004, p. 22).

Ese salto entre lo justo debido y el exceso de amor, se ve en el hecho paradójico del pastor que abandona noventa y nueve ovejas para salir a buscar la perdida. La alegoría no habla sino de la lógica de la gracia que escapa a todo raciocinio humano y que supera toda justicia concebible. Lo que Dios hace por el hombre no guarda más medida que la de su Amor. No contentaba a la bondad de Dios dar al hombre una felicidad puramente natural sino que quería introducirnos en su vida sobrenatural. Es lo que llamamos divinización.

Haciendo un pequeño esfuerzo imaginativo podemos ver a ese Buen Pastor que carga sobre sus hombros una y otra oveja, hasta ser una multitud innumerable. En ese contacto consigo les va transfiriendo su amor, que es sin medida. Esa es la imagen de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo. La multitud de los hombres unidos a Jesús por su sangre derramada, que actúa eficazmente en los sacramentos, es la Iglesia. Y en su centro encontramos el Corazón de Jesús. El Corazón de Jesús es el corazón de la Iglesia. Superando la metáfora de la oveja, que vive por el cuidado del pastor, pues sino habría sido víctima fácil para los lobos o habría muerto en su desesperación, el cristiano vive de la vida de Jesús. De hecho, por eso se denomina cristiano, porque le ha sido comunicada la vida misma de Cristo.

La reparación

Escribe santa Margarita María: «Un día estando delante del Santísimo Sacramento, Nuestro Señor me

descubrió su pecho, mostrándome su Corazón divino, y me hizo entender estas palabras: “He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres que no ha rehusado nada, que se ha agotado y consumido, para probarles su amor; y en reconocimiento, no recibo de la mayoría más que ingratitudes, por los desprecios, irreverencias, sacrilegios y frialdad que muestran para conmigo”».

San Francisco lo expresó más escuetamente al decir: «El Amor no es amado». La idea de la reparación nace de esta constatación. Reparar, significa satisfacer algo que ha sido dañado, pagar para satisfacer una injusticia; dar algo en compensación por un daño. El espíritu de reparación nace de ese conocimiento: El Amor no es amado. No hace falta mirar muy lejos para darnos cuenta de a qué se refiere el Sagrado Corazón. Los derechos de Dios son sistemáticamente olvidados y su misma persona es objeto de graves y constantes injurias. Además, en nuestros días, ese odio a Dios llega al desprecio por todo lo que pueda contener alguna imagen de Él. Se ofende la dignidad humana desde el momento de la concepción, se ataca a la institución de la familia, se impide la educación católica y, de mil maneras, se intenta pervertir la conciencia de niños y jóvenes. Pero no nos quedemos sólo ahí. Añadió el Sagrado Corazón a la vidente de Paray-le-Monial: «Si estos ultrajes me vinieran sólo de mis enemigos, yo podría tal vez soportarlos todavía; pero no, me son causados en gran medida por aquellos mismos que he cubierto con mis beneficios, que había admitido en mi intimidad, y a quienes prodigo, cada día, los gestos más tiernos de mi afecto».

El Sagrado Corazón nos dice que lo que más le duele es la indiferencia de los suyos. Eso es fácil de entender pero también es terrible. Son mis pecados, los de cada uno de nosotros, y no sólo eso, sino nuestra tibieza, nuestra oración voluntariamente distraída, nuestro trato distante con él, la participación rutinaria en la liturgia, el desafecto hacia los sacramentos, la despreocupación por el sentir de la Iglesia, la falta de entrega en la consagración... lo que más le duele. Lo otro, nos dice, puede soportarlo. Con estas palabras nos introduce en el lenguaje del amor. Al que ama, lo que más le duele, es la indiferencia de la persona amada. De ahí la necesidad de reparar también por lo que hacemos los amigos de Jesús.

Pío XI señaló que la consagración personal, «entre todas las prácticas del culto al Sagrado Corazón es sin duda la principal». La consagración es el primer acto de reparación. Porque cuando todo el mundo le dice al Señor, velada o directamente: «no queremos tener nada contigo», nosotros nos entregamos a Él; nos ponemos a su servicio. Esto es la consagración. Parte del reconocimiento de todo lo que Dios nos ha dado por Jesucristo. Y lleva a ponernos totalmente a su servicio.

La consagración, como primer acto de la reparación, es el marco que permite después ordenar todas nuestras cosas: la oración, las distintas ocupaciones...

de cara a Dios y como respuesta de consuelo a la frialdad con que se corresponde al amor de Jesús.

La oración

Santa Bernardette, escribió: «Jesús me da su Corazón; por tanto, yo estoy corazón a corazón con Jesús, soy amiga de Jesús, es decir, otro Jesús». (*Notas íntimas*, 14).

Con estas breves y sencillas palabras Bernardette expresa una verdad capital. Por la elevación del hombre al orden sobrenatural, la relación con Jesús es un trato de intimidad. ¡Qué diferencia tan grande entre las imágenes que conservamos de los cultos de otras religiones y la liturgia católica! Mientras en otros rituales se ve a un Dios lejano ante el cual el hombre se abaja y busca intermediarios con el fin principal de aplacar su ira u obtener favores, a nosotros Jesús se nos acerca en la Eucaristía, y viene a lo más íntimo de nosotros hasta hacerse uno con nosotros (comunión). Bernardette, que fue llamada por Jesucristo ha reparar con sus sufrimientos, encontraba su consuelo y su descanso en Jesús Eucaristía.

También nosotros, especialmente los consagrados, debemos ser más exigentes en la oración. En el trasfondo de la hora de Getsemaní, que Jesús recordó especialmente a santa Margarita María, aparecen los apóstoles que no fueron capaces de velar una hora. Entonces fue el sueño, hoy pueden ser las distracciones, una mala organización del tiempo o, simplemente, el considerar la oración poco importante. Entre los deseos del Sagrado Corazón, y en orden a la reparación, hay esta petición importante: «Velad y orad». Y, en el núcleo de la oración está la intimidad. Hace años, Juan Pablo II, dirigiéndose a un grupo de religiosas, les dijo: «En el corazón a Corazón de la oración, absolutamente vital para cada una de vosotras, como en vuestros diversos compromisos apostólicos, escucháis la voz del Señor que os susurra la misma llamada: *Sígueme*. La fuerza de vuestra respuesta os mantendrá con la misma lozanía de vuestra oblación primera. ¡Así caminaréis de fidelidad en fidelidad!...» (31-mayo-1980).

El núcleo de la respuesta está en el corazón. Del Corazón de Jesús a nuestro corazón. La reparación nos mueve en sentido inverso. De nosotros para Él. San Pablo nos decía: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado». Es la divinización que veíamos. Nada metafórica sino absolutamente real. Soy, eres, hijo, hija de Dios. Por eso puedes hablar su lenguaje y puedes consolarle en su sufrimiento.

El gran mal del mundo se llama pecado. Su origen está siempre en el olvido de Dios. A veces reviste formas satánicas que llegan al mismo desprecio. La respuesta es la reparación, expresada en la consagración y alimentada en la oración del día a día, vivida como verdadero trato de amistad con Jesús. Por eso decimos: Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío.

Venida de las reliquias de santa Margarita a España en el Año de la Eucaristía

6 de junio a 4 de julio de 2005

El pasado mes de mayo insertábamos un artículo de nuestro colaborador José-Javier Echave-Sustaeta que resumía el sentido y los momentos esenciales de la visita de las reliquias de santa Margarita María a España. Al publicarlo en el pasado mes pretendíamos preparar el ambiente para el viaje ahora ya inminente. Por esta razón reproducimos esta síntesis, a la vez doctrinal y descriptiva, del proyectado viaje, cuyos frutos espirituales tanto anhelamos.

SCHOLA Cordis Iesu, en colaboración con otros movimientos apostólicos seculares devotos del Corazón de Jesús, ha promovido que las reliquias de santa Margarita María de Alacoque, la mensajera del Corazón de Jesús, visiten España a lo largo del mes de junio y primeros días de julio del presente año 2005, año de la Eucaristía.

La iniciativa ha sido secundada por las religiosas salesas del Monasterio de la Visitación de Nuestra Señora de Barcelona y por los padres salesianos del Templo del Corazón de Jesús del Tibidabo dentro de las celebraciones propias del año de la Eucaristía, y se ha extendido a los restantes monasterios de la Orden de la Visitación en España, y a otras asociaciones religiosas y seculares, que colaboran con ellos en su organización práctica.

El objetivo del viaje es que la venida de las reliquias haga despertar y reavivar en nuestra patria la esperanza sobrenatural del reinado del Corazón de Jesús mediante la renovación de nuestra consagración a su Corazón, y la práctica de la reparación por las ofensas y abandono con que es tratado en el Santísimo Sacramento. Será también ocasión de urgirle a que cumpla lo prometido al padre Hoyos hace casi trescientos años de que su Corazón reinaría entre nosotros con más veneración que en otras partes. Esta confianza en la especial misericordia del Corazón de Jesús para con nosotros y nuestras miserias, se estima ha de ser dada a conocer como remedio eficaz frente al laicismo promovido por los poderes públicos, y como defensa contra el proyecto de apostasía social difundido por los grupos que controlan los medios de crear opinión.

La venida de las reliquias de la mensajera del Corazón de Jesús a España quiere ser un medio de colaborar en los actos de la celebración del año de la Eucaristía, dispuesta por el siempre recordado papa Juan Pablo II para la Iglesia en 2005, mediante la difusión de la devoción al amor misericordioso al Corazón de Jesús, tal como éste la reveló en Paray-le-Monial, y nos enseñó santa Margarita María: «Tengo sed ardiente de ser amado por los hombres en la Eucaristía». El culto de adoración y reparación al Corazón de Jesús en la Eucaristía es precisamente el medio que él nos

pide para corresponder a su amor tan ignorado y despreciado por nuestros hermanos españoles del siglo XXI.

Los veinte monasterios de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora en España podrán venerar las reliquias de su entrañable hermana Margarita María, pero, además, el itinerario del viaje se detiene en los tres lugares que, en palabras del beato Juan XXIII, son «los jalones gloriosos que se alzan en el suelo del querido pueblo español, expresando sus sentimientos de amor y reparación al Corazón de Jesús, testigos de los raudales de misericordia y de gracia que el Señor derrama...; Que este fluir de almas al Corazón de Jesús continúe siempre ininterrumpido en estos santuarios!»: el templo del Sagrado Corazón de Jesús del Tibidabo en Barcelona, el santuario del Cerro de los Ángeles en Getafe, Madrid, monumento al Corazón de Jesús en el centro geográfico de España, y el santuario de la Gran Promesa de Valladolid, el Paray español, donde el venerable novicio jesuita Bernardo de Hoyos, recibió en 1733 la promesa del Corazón de Jesús de su reinado en nuestra patria.

Se han recibido ya laudatorias autorizaciones de los arzobispos y obispos de Barcelona, Vic, Mallorca, Valencia, Granada, Sevilla, Córdoba, Toledo, Getafe, Madrid, Valladolid, Salamanca, Oviedo, Lugo, Tuy-Vigo, Burgos, Vitoria y San Sebastián, para que las reliquias de la santa se puedan venerar en las distintas localidades de su jurisdicción, y se han dignado bendecir los actos a celebrar.

Congregaciones religiosas especialmente consagradas a la devoción al Corazón de Jesús, entre otras: los Misioneros del Sagrado Corazón, celosos discípulos del padre Chevalier, los Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón en Toledo y Navarra, la Orden de Hijas de María Nuestra Señora de Talavera de la Reina, el Instituto de Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, el Consejo Nacional de la Adoración Nocturna Española, el Centro Nacional de la Guardia de Honor al Corazón de Jesús, centros del Apostolado de la Oración, Schola Cordis Iesu, Comunidad Emmanuel en España, Familias de Nazaret, Cruzadas de Santa María... y otras asociaciones y movimientos seculares colaboran con los monasterios de la Visitación para la realización práctica del viaje.

Itinerario del viaje de las reliquias

JUNIO

6 Lunes

Recepción de las reliquias en Paray-le-Monial.

7 h. Salida hacia España.

18 h. Llegada a Barcelona. Monasterio de la Visitación.

20 h. Embarque hacia Palma de Mallorca.

7 Martes

9 h. Llegada a Palma.

10 h. Acogida en el Monasterio de la Visitación. (San Francisco de Sales, n. 128)

21 h. Vigilia de adoración.

8 Miércoles

9.30 h. Embarque hacia Barcelona.

14 h. Llegada a Barcelona. Salida hacia Valencia.

18 h. Acogida en el Monasterio de la Visitación. Hermanas Salesas de Godella. Oración con santa Margarita y veneración de las reliquias.

20 h. Misa solemne en honor a santa Margarita María.

22 h. Visita a la parroquia de la Santísima Trinidad de Burjassot. Encuentro con los más necesitados.

23 h. Visita a la parroquia del Sagrado Corazón de Burjassot.

24 h. Acogida en la parroquia de la Natividad de Nuestra Señora de Burjassot. Vigilia de oración a cargo de las Clavariesas del Sagrado Corazón, Clavarios del Corpus Christi, Adoración Nocturna, Jóvenes de Cursillos de Cristiandad, etc.

9 Jueves

9 h. Acogida en la iglesia del Sagrado Corazón de los padres jesuitas en la plaza de la Compañía.

11.30 h. Acogida en la parroquia del San Bartolomé de Godella y veneración de las reliquias.

13 h. Despedida de las reliquias desde el monasterio de la Visitación de Godella

20 h. Tarrasa. Parroquia de las Fonts. Misa presidida por monseñor Ángel Sainz Meneses.

21 h. Hora Santa

22.15 h. Veneración de las reliquias. Despedida.

23 h. Carmelo de Igualada. Vigilia de adoración toda la noche.

10 Viernes

9 h. Colegio el Pinar. Valldoreix.

11 h. Salida a Barcelona

12 h. Iglesia de los padres jesui-

tas (calle Caspe). Recepción de las reliquias.

12.15 Acto eucarístico por el padre director del Centro del Apostolado de la Oración.

13.15 Santa Misa. Veneración de las reliquias. Despedida

16 h. Acogida en el santuario de Nuestra Señora del Sagrado Corazón (Rosellón, 175). Veneración de las reliquias.

17 h. Hora Santa por el padre superior del santuario.

18 h Hora Santa.

19 h. Hora Santa. Veneración de las reliquias.

20 h. Santa Misa.

21 h. Monasterio de la Visitación de Barcelona (P. Valle Hebrón, 256).

11 Sábado

9 h. Veneración de las reliquias en el monasterio de la Visitación.

10 h. Santa Misa presidida por el monseñor Ricardo M. Carles. Veneración de las reliquias.

11.30 h. Balmesiana (Duran i Bas, 9). Recepción de las reliquias.

11.45 h. Hora Santa: padre Pedro Suñer, S. I., consiliario de Schola Cordis Jesu. Meditación de textos de santa Margarita María.

12.30 Santa Misa. Veneración de las reliquias. Despedida.

13.30 h. Oratorio Lumen Dei (Xuclà, 19).

16.00 h. Recepción de las reliquias en el Carmelo de Vic.

16.15 h. Presentación de santa Margarita y la devoción al Corazón de Jesús.

17.15 h. Misa presidida por monseñor Casanova, obispo de Vic.

18 h. Hora Santa presidida por el director diocesano del Apostolado.

19.00 h. Hora Santa. Comunidad Emmanuel.

20.30 h. Veneración de las reliquias. Despedida.

22.30 h. Vigilia de adoración en el monasterio de la Visitación de Barcelona (Paseo Valle Hebrón 256).

24 h. Turnos de adoración nocturna hasta el amanecer.

12 Domingo

8.00 h. Monasterio Clarisas de Nuestra Señora de Jerusalén (Camino de Vallvidrera, s/n).

9.30 h. Monasterio de la Inmaculada. Madres Carmelitas (Inmaculada, 45). Veneración de las reliquias.

11.15 h. Templo Expiatorio del Sagrado Corazón del Tibidabo.

12.00 h. Santa Misa presidida por monseñor Luis Martínez Sistach, arzobispo de Barcelona.

13.00 h. Consagración de las familias al Corazón de Jesús. Veneración de las reliquias.

14 h. Despedida. Salida a Onil (Alicante).

21.30 h. Acogida en la parroquia de Santiago Apóstol de Onil.

22.00 h. Santa Misa y Vigilia de Adoración hasta el amanecer, con la participación de las parroquias de Onil y Castella.

13 Lunes

8.30 h. Santa Misa en el Monasterio de las Madres Justinianas.

9.00 h. Despedida de Onil.

15.30 h. Granada. Recepción de las reliquias.

17.00 h. Exposición del Santísimo. Primera Hora Santa. Tema: «Santa Margarita y la Eucaristía».

18.00 h. Exposición en torno al tema: «Guardia de Honor con la misión de santa Margarita María».

19.00 h. Concelebración eucarística presidida por monseñor Francisco Javier Martínez. Exposición del Santísimo y consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús.

20.30 h. Segunda Hora Santa. Tema: «El alma de Santa Margarita, rasgos más destacables».

21.30 h. Vigilia de Oración, con D. Álvaro García de Movellán-Herrainz. Tema: «La Orden de la Visitación, Santuario del Corazón de Jesús».

14 Martes

7.00 h. Despedida de la Visitación de Granada.

10.00 h. Acogida en el monasterio de la Visitación de Sevilla. Actos a confirmar.

15 Miércoles

9 h. Despedida de Visitación de Sevilla.

11 h. Llegada a Córdoba. Recepción a la entrada de la ciudad por el señor vicario y hermanas externas de la Visitación.

14 h. Llegada al monasterio de la Visitación. Veneración de las reliquias.

20 h. Misa solemne presidida por monseñor Juan José Asenjo Pelegrina, obispo de Córdoba.

22 h. Vigilia de Adoración nocturna toda la noche.

16 Jueves

12 h. Despedida Visitación de Córdoba

17 h. Toledo. Acogida en la iglesia de San Ildefonso de los padres jesuitas. Actos a confirmar.

17 Viernes

8 h. Despedida de los padres jesuitas de Toledo.

9 h. Acogida en el Templo Expiatorio de la Fraternidad Reparadora en el Corazón de Cristo de Oropesa.

15.30 Acogida en el Colegio de la Orden de Hijas de Nuestra Señora. Talavera de la Reina.

17.30 h. Despedida del Colegio.

21 h. Vigilia eucarística juventud de Talavera.

18 Sábado

8 h. Despedida de Talavera

9 h. Acogida en el Santuario del Sagrado Corazón del Cerro de los Ángeles.

10 h Veneración de las reliquias en el Monasterio del Carmelo del Cerro, y por las religiosas carmelitas del Monasterio de la Aldehuela.

20 h. Santa Misa en la basílica

21 h. Vigilia de adoración.

19 Domingo

10 h. Madrid. Misa en la parroquia de Santa Margarita presidida por el vicario episcopal para la Vida Consagrada.

13 h. Parroquia de San Francisco de Borja de los padres jesuitas

17 h. Acto eucarístico.

18 h. Santa Misa presidida por el párroco y el director diocesano del Apostolado de la Oración.

21 h. Acogida en el Segundo Monasterio de la Visitación de Madrid. Misa PP. Jesuitas.

20 Lunes

Madrid. Veneración en el Segundo Monasterio de la Visitación.

20 h. Santa Misa presidida por monseñor Fidel Herráez. Consagración de las familias al Corazón de Jesús.

22 h. Acogida en el Tercer Monasterio de la Visitación de Madrid.

21 Martes

Madrid. Acogida en el Tercer Monasterio de la Visitación.

20 h. Santa Misa presidida por monseñor César Franco.

22 Miércoles

Madrid. Primer Monasterio de la Visitación.

20 h. Santa Misa presidida por monseñor Antonio Rouco Varela.

Consagración de las familias al Corazón de Jesús.

22 h. Vigilia de Adoración Nocturna Juvenil.

23 Jueves

Madrid. Prevista visita a la Parroquia de Nuestra Señora de la Visitación de las Rozas.

16 h. Valladolid. Acogida en el Monasterio de la Visitación.

24 Viernes

Acogida en el Santuario de la Gran Promesa de Valladolid. Centro Espiritualidad. PP. Jesuitas.

Noche: Vigilia de Adoración en una parroquia de Valladolid.

25 Sábado

7 h. Despedida de la Visitación de Valladolid.

9 h. Acogida en el Monasterio de la Visitación Salamanca.

10 h. Misa presidida por el obispo de Salamanca.

12 h. Despedida de la Visitación de Salamanca.

17 h. Acogida en el monasterio de la Visitación Oviedo (Avda. de los Monumentos, 69).

18 h. Santa Misa en la Visitación. Veneración de las reliquias. Horas Santas hasta la noche.

26 Domingo

Actos en el monasterio de la Visitación de Oviedo.

12.30 h. Iglesia de los PP. Jesuitas. Eucaristía presidida por monseñor Carlos Osoro Sierra.

16 h. Despedida del monasterio de la Visitación de Oviedo.

20 h. Acogida en monasterio de la Visitación Lugo (Rua Ona de Echave, 13).

22 h. Vigilia de Adoración Nocturna en el monasterio de la Visitación.

27 Lunes

9.00 h. Laudes y Eucaristía celebrada por el capellán de la Comunidad; después de la Misa, Adoración del Santísimo.

12.00 h. Misa solemne en la iglesia de Santiago la Nova de Lugo, presidida por fray José Gómez.

16.30 h. Hora Santa en la capilla del monasterio.

18 h. Despedida del monasterio de la Visitación de Lugo

21.30 h. Acogida en monasterio de la Visitación de Vigo.

22 h. Vísperas/Misa con la presencia de monseñor José Diéguez Reboredo.

23 h. Exposición de S.D.M. y turnos de vela.

28 Martes

8.15 h. Monasterio de la

Visitación de Vigo. Laudes/Misa presidida por el director diocesano del Apostolado de la Oración.

9.00 h. Exposición de S.D.M. y turnos de vela ante el Santísimo.

20.15 h. Vísperas. Reserva de S.D.M. Santa Misa presidida por monseñor José Cerviño y Cerviño.

29 Miércoles

7,30 h. Misa oficiada por don Alfonso Fernández Galiana, capellán del monasterio de la Visitación.

8,30 h. Despedida Visitación de Vigo.

17 h. Acogida en monasterio de la Visitación de Vitoria (Plaza de la Universidad, 11).

30 Jueves

8 h. Santa Misa. Visitación de Vitoria.

12 h. Despedida.

13,15 h. Acogida en monasterio de la Visitación Burgos.

JULIO

1 Viernes

Burgos. Visitación.

2 Sábado

10 h. Despedida. Monasterio de la Visitación Burgos.

13 h. Acogida en monasterio de la Visitación San Sebastián.

19 h. Acogida en la iglesia de los padres jesuitas.

19.30, 20.30 y 21.30 h. Santa Misa. Veneración de las reliquias.

22.30 h. Hora Santa.

24 h. Monasterio de la Visitación.

3 Domingo

8.30 h. Acto eucarístico en el Monte Urgull. Veneración de las reliquias

12 h. Santa Misa en el Monte Urgull.

13 h. Despedida.

16 h. Acogida monasterio de la Visitación de Santander.

4 Lunes

Monasterio de la Visitación de Santander.

16 h. Despedida en la Visitación Santander.

20 h. Pamplona. Parroquia de San Nicolás. Misa y Vigilia de adoración por la Guardia de Honor presidida por el P. Santiago Cañardo.

5 Martes

7 h. Salida de Pamplona acompañada por doce jóvenes familias con sus cincuenta niños pequeños que devolverán a la Santa a su ciudad de Paray-le-Monial, donde permanecerán unos días de convivencia.

Contemplando la humanidad de Dios. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús

BENJAMÍN PINEDA

Los jansenistas, condenados por la Iglesia en el año 1642, se empeñaron en poner a Dios tan alto y tan lejos de los hombres, que lo hicieron casi inaccesibles a la multitud de las almas. Hicieron de Él un juez tan severo, tan riguroso que apartaron el corazón de sus hijos del mejor y más tierno de los padres, e infundieron el espanto en el alma de los pecadores. De ahí siguió que no se acercaran a Dios ni aun los menos culpables de entre los hijos de Eva, no atreviéndose siquiera a pronunciar su nombre.

A pesar de que los anatemas de la Iglesia hirieron de muerte los errores de Jansenio, no han dejado de sentirse desde entonces sus efectos en alguna alma. Almas que no osan apenas levantar sus ojos hacia el cielo y se preguntan, con la más cruel de las ansiedades, si son susceptibles de perdón.

Para todas las almas, pero especialmente para las almas caídas, espantadas por su debilidad y por sus continuos tropiezos, se encuentra la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Este culto consiste esencialmente en contemplar la caridad de Dios que lleva a inspirar una confianza ilimitada en la omnipotencia de Dios unida a su infinita misericordia.

Esta confianza, fruto de esta contemplación, no es una confianza temeraria al estilo protestante que permite pecar cuanto se quiera con tal de creer más, sino una confianza basada en el arrepentimiento y en el firme propósito de enmienda, donde entonces no hay barreras para el perdón divino. Por eso nosotros debemos tener una confianza semejante a la de los niños acurrucados en los brazos de su madre que les lleva a ser tan felices, pues se figuran que el poder de su madre es tan grande como su amor. Más aún que los niños, la confianza en Dios de los cristianos debiera ser plena, pues nos ama infinitamente y su poder es infinito, yendo en ello nuestra propia felicidad.

Contemplando la caridad de Dios

EN muchos pasajes de la Sagrada Escritura podemos contemplar la caridad de Dios, el amor de Dios. Nadie lo ha explicitado tanto como el apóstol san Juan en su evangelio al escribir que

«Dios es Amor», que el ser mismo de Dios es Amor.¹

Ya desde el inicio de los tiempos podemos admirar esta caridad en el momento en el que el Creador dio vida a Adán y Eva. Los creó a imagen y semejanza suya y les dotó de abundantes gracias y santidad que les permitía amar a Dios y comprenderlo, haciéndose así partícipes de su felicidad.

Sin embargo Adán y Eva desobedeciendo a su Creador, seducidos por la antigua serpiente quien les aseguraba que Dios no quería que comiesen del fruto para evitar que fuesen como dioses, desconfiaron de Dios y se prefirieron a sí mismos. El divino Padre, que dio gratuitamente su amor infinito a sus criaturas y éstas libremente se le opusieron y rechazaron, no dejó por ello de amarlas, deseando igualmente que pudiesen participar de su Amor.

Pero el hombre prevaricó y apareció el pecado sobre la tierra y al instante contemplaron un nuevo atributo en su divino Padre que hasta entonces no conocían: la infinita misericordia de Dios, que perdona al hombre caído, pero ya arrepentido. Pero, a pesar de su arrepentimiento, Adán y Eva no podían reparar las consecuencias de su falta infinita, pues ninguna criatura finita puede reparar un daño infinito.

Dios les expulsó del jardín del Edén, pero antes les consoló con la promesa del triunfo sobre el demonio por medio de un Varón descendiente de una Mujer enemistada para siempre con el maligno.

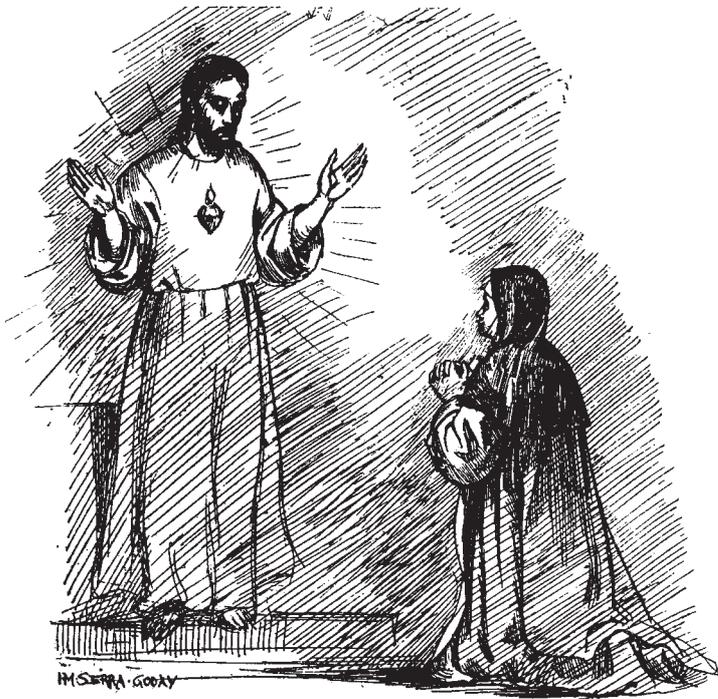
Ese varón es Nuestro Señor Jesucristo, enviado por Dios Padre en la plenitud de los tiempos y concebido en el seno de la Virgen María por medio del Espíritu Santo, con el fin de reparar la falta de nuestros primeros padres y con ella la de todo el género humano.

El amor es el rey de todos los movimientos

Así pues, mientras que en todo hombre el amor es el primer don que contiene a todos los demás, de manera que es el rey de todos los movimientos y del que parten todas las acciones,²

1. Catecismo de la Iglesia católica, núm. 221.

2. San Francisco de Sales, *Introducción a la vida devota*, Madrid, BAC, 1991, p. 169.



en Cristo Jesús su amor humano confluye con su naturaleza divina, cuyo ser mismo es Amor.

Hablar del Corazón de Jesús es querer penetrar en el santuario del mismo Corazón de Dios, Verbo Encarnado, y que, por consiguiente representa y pone ante los ojos todo el amor que Él nos ha tenido y tiene aún.³

El amor de Cristo lo podemos observar a lo largo de su vida y en el transcurso de los siglos, de manera que dos son los grandes amores de Cristo: el amor a Dios y el amor a los hombres.

El amor a Dios fue siempre en Jesús la pasión dominante de su alma, la función esencial de su corazón, el hogar donde constantemente se avivaba su celo. Cristo amaba filial y verdaderamente a Dios «con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente», y este amor sin tasa, manifestado en su entera obediencia al Padre hasta la cruz, daba impulso a toda su vida.

En este Amor personal de Jesucristo hacia su Padre celestial es donde ha de buscarse el secreto de aquella fuerza heroica, donde nace el propio olvido, la abnegación desinteresada, los sacrificios generosos, la donación de sí mismo entera e irrevocable.⁴

Su amor hacia Dios no bastará a su gran Corazón, de manera que el amor hacia la humanidad caída, a la que Jesús venía a rescatar con el precio de sus humillaciones y padecimientos, fue la segunda de las grandes pasiones de su alma.

Su amor hacia el linaje humano fue tanto más meritorio cuánto más imperfecto y hasta más miserable era su objeto, tal y como se contempla constantemente en los evangelios. Sirvan como ejemplo las parábolas del Hijo Pródigo y el Buen Pastor, donde vemos en la primera a Dios esperando incansablemente al pecador, para después acogerlo con un amor y una ternura inefables, mientras que en la segunda le vemos adelantarse al pródigo y seguirle en sus insensatas correrías.⁵

Lo vemos también con las almas pecadoras donde multitud de publicanos y pecadores como Zaqueo, la samaritana, la mujer adúltera o la Magdalena se complacen en rodear a Jesús, ávidos de oír sus palabras de vida. Ante estos, ¿qué pecador, sinceramente convertido, podría dudar aún de su perdón y decir que ya le es para siempre imposible la unión y la intimidad con el Corazón de Jesús?

Nos mostró, a su vez, la infinita misericordia de su Corazón durante la Pasión, ya sea con Judas, a quien Jesús lava los pies y se deja besar en el huerto de los olivos para enternecerle y convertirle. Ya sea con Pedro, con un rostro cubierto de lágrimas al cruzarse por un instante con la mirada de Cristo llena de compasión y de ternura tras su triple negación.

Finalmente en la cruz, trono de la divina misericordia, vemos a Cristo dándonos a su Madre como Madre nuestra y pidiendo a su Padre celestial el perdón para sus verdugos, o bien prometiendo la entrada en el reino al ladrón arrepentido.

Pero sobre todo Cristo manifiesta al mundo la misericordia de su Corazón mediante la institución del sacramento de la Penitencia, donde la salud espera a todas las almas arrepentidas despojando el hombre de los harapos de su miseria para revestirse de las vestiduras resplandecientes de los elegidos.

¿No es asombroso que nuestro Dios haya preparado anticipadamente el remedio a nuestras debilidades y que llegue hasta asegurarnos que no exceptuará ningún crimen por enorme que sea? Que diferencia hay entre este baño de salvación y el de la piscina de Siloé, donde no había curación sino para un solo enfermo, mientras que en el sacramento de la penitencia la salud espera a todos aquellos cuyo arrepentimiento es sincero y firme su resolución de no pecar más.⁶

Cristo, antes de ascender a los cielos, no cesó de derramar su caridad, de manera que prometió a sus discípulos y con ellos a toda la raza humana que no nos dejaría huérfanos. Así, instituyó la divina Eucaristía, dándose a Sí mismo, y envió al Espíritu San-

3. Pío XII, *Haurietis aquas*, núm. 29.

4. Louis Calude Fillion, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo. I. Infancia y Bautismo*, Madrid, Rialp, p. 267.

5. A. M. J. Lhermitte, *El triunfo de la Misericordia*, Templo Nacional Expiatorio Barcelona-Tibidabo, p.24.

6. A. M. J. Lhermitte, op. cit, p.52.

7. *Haurietis aquas*, núm. 2.

to, que es el Amor personal del Padre y del Hijo en el seno de la Trinidad.

Respuesta del hombre a la infinita caridad de Dios

EN el escudo de armas de santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz podemos leer el lema de su combate espiritual: «Amor con amor se paga». Esta frase resume la ofrenda que todo hombre debería realizar como respuesta ante la infinita caridad divina. Esto es, una plena y absoluta voluntad de entregarnos y consagrarnos al amor del Divino Redentor, pues sólo por la caridad conseguiremos someternos plena y perfectamente al dominio del Corazón de Dios.⁷

El culto al Sagrado Corazón de Jesús consiste entonces en contemplar el amor con que Dios nos amó por medio de Jesucristo, al mismo tiempo que nos propone como meta el perfeccionamiento del ejercicio de nuestro amor a Dios y a los demás hombres. Así podremos llevar a cabo el mandamiento nuevo de Cristo: «Que os améis los unos a los otros como yo os he amado». Esta es la razón por la cual este culto se considera como la más completa profesión de la religión cristiana.⁸

8. *Haurietis aquas*, núm. 29.

Una consecuencia de esta caridad derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo es la reparación. La podemos contemplar en el siguiente símil: como el corazón dolido del amante que no puede ver sufrir a la amada y trata de consolarla con su amor, así deberíamos proceder los hombres para con nuestro Dios. Un Dios sufriente ante tanto mal y pecado a quien debemos inundar con nuestro amor reparador.

Ante un mundo en donde el Verbo es escarnecido y los hombres son ya incapaces de discernir entre el bien y el mal, los hijos de la Iglesia miran al cielo preguntando a Dios: ¿no eres acaso Tú el Alfa y la Omega, el Dueño y Señor de la historia?, ¿hasta cuándo vas a permitir que los hombres sean presa de su iniquidad?

En esta hora los cristianos, llenos de esperanza, debemos recordar que Cristo es Rey del universo, quien un día ejercerá su derecho sobre los individuos, las familias y las sociedades, entonces se podrán curar tantas heridas, todo derecho recobrará su vigor antiguo, volverán los bienes de la paz, caerán de las manos las espadas y las armas, cuando todos acepten de buena voluntad el imperio de Cristo, cuando le obedezcan, cuando toda lengua proclame que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.⁹

9. León XIII, *Annum sacrum*.

Infinitos son los tesoros de bendiciones y de gracias que encierra este Sagrado Corazón. No sé yo que haya en la vida espiritual ningún ejercicio de devoción más propio para elevar el alma en poco tiempo a la más alta perfección, y hacerle gustar las verdaderas dulzuras que se encuentran en el servicio de Jesucristo. Sí, lo digo con seguridad; si se supiera cuán agradable le es a Jesucristo esta devoción, no habría un solo cristiano, por poco amor que tuviera a este amable Salvador, que no la practicase enseguida. Haga, sobre todo, que la abracen las personas religiosas, porque sacarán de ella tantos auxilios, que no será necesario otro medio para establecer el fervor y la más exacta regularidad en las comunidades menos observantes, o hacer llegar al colmo de la perfección a las que viven en mayor regularidad.

En cuanto a las personas seglares, encontrarán en su estado por medio de esta amable devoción, cuantos socorros necesiten; es decir, paz en sus familias, alivio en sus trabajos, bendiciones del cielo en todas sus empresas y consuelo en sus tristezas.

Santa Margarita, carta CXLI, a su director

Adorando la humanidad de Dios en la Eucaristía

BEATRIZ BERGERA

EL designio amorosísimo de Dios para con el hombre se nos manifiesta en toda su grandeza y misterio en el Sacramento de la Eucaristía. El que por puro amor nos creó y, cautiva nuestra naturaleza por la desgracia del pecado, asumió nuestra condición humana para, verdadero Dios y verdadero hombre, único Mediador, devolvernos la vida y con sobreabundancia; nuestro Creador y Redentor, en el exceso de su amor quiso, estando su Cuerpo glorificado en el cielo, quedarse entre nosotros para siempre, misteriosamente presente en este sacramento en cuerpo y sangre, alma y divinidad.

El cumplimiento de las promesas

MUCHAS veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por medio de su Hijo» (Hb 1,1-2). En la persona de Cristo, Verbo encarnado, Dios lleva a cabo la plenitud de la Revelación, que, iniciada personalmente a nuestros primeros padres, no fue interrumpida por el pecado de éstos, sino que continúa a través de la historia de la Salvación (*Catecismo de la Iglesia católica*, núms. 54, 55 y 56). «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva» (Gal 4,4-5).

Cumpliendo las promesas mesiánicas, la segunda persona de la Trinidad, en quien fueron creadas todas las cosas (Col 1,16), sin perder su naturaleza divina asumió en su única persona la naturaleza humana para reconciliarnos con Dios, para salvarnos. Nos enseña el Catecismo (núm. 482) que: «Cristo, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, tiene una inteligencia y una voluntad humanas, perfectamente de acuerdo y sometidas a su inteligencia y voluntad divinas que tiene en común con el Padre y el Espíritu Santo», y que, porque es verdadero Dios y verdadero hombre en la unidad de su persona divina, es el único Mediador entre Dios y los hombres (CIC, núm. 480). Esta misma verdad la canta el apóstol san Pablo en la segunda carta a los Filipenses: «Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasan-

do por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz». Y continúa: «Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que, al nombre de Jesús, toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre». Tras su Pasión Redentora, desde el instante de la Resurrección, Cristo ha sido exaltado por el Padre, elevado al Cielo y sentado a la derecha su derecha: «Por derecha del Padre entendemos la gloria y el honor de la divinidad, donde el que existía como Hijo de Dios antes de todos los siglos, como Dios y consubstancial al Padre, está sentado corporalmente después de que se encarnó y de que su carne fue glorificada (san Juan Damasceno)» (CIC, núm. 663).

Y con admiración por el gran misterio de la Encarnación, santo Tomás de Aquino: «El Hijo único de Dios, queriendo hacemos partícipes de su divinidad, tomó nuestra naturaleza, a fin de que, hecho hombre, divinizase a los hombres. Además, entregó por nuestra salvación todo cuanto tomó de nosotros. Porque, por nuestra reconciliación, ofreció, sobre el altar de la cruz, su cuerpo como víctima a Dios, su Padre, y derramó su sangre como precio de nuestra libertad y como baño sagrado que nos lava, para que fuésemos liberados de una miserable esclavitud y purificados de todos nuestros pecados. Pero, a fin de que guardásemos por siempre jamás en nosotros la memoria de tan gran beneficio, dejó a los fieles, bajo la apariencia de pan y de vino, su cuerpo, para que fuese nuestro alimento, y su sangre, para que fuese nuestra bebida...» (op. 57, en la fiesta del Cuerpo de Cristo).

«Éste es mi cuerpo... ésta es mi sangre»

TOMANDO el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: Este es mi cuerpo, que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía. Asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza de mi sangre, que es derramada por vosotros» (Lc 22,19-20). La Iglesia siempre ha defendido una interpretación literal de las palabras de la institución de la Eucaristía, lo cual, presupuesta la creencia en la unión hipostática de la humanidad y la divinidad de Cris-

to, la ha llevado a afirmar que el Cuerpo y la Sangre dados a los Apóstoles en la Última Cena son el mismo cuerpo que en el día del Viernes Santo fue clavado en la santa Cruz y la misma sangre que en ella fue derramada para nuestra Redención: «Porque Cristo, nuestro Redentor, dijo que lo que ofrecía bajo la especie de pan era verdaderamente su Cuerpo, se ha mantenido siempre en la Iglesia esta convicción, que declara de nuevo el santo Concilio: por la consagración del pan y el vino se opera el cambio de toda la substancia del pan en la substancia del Cuerpo de Cristo Nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la substancia de su Sangre; la Iglesia católica ha llamado justa y apropiadamente a este cambio transubstanciación» (CIC 1376). «La presencia eucarística de Cristo comienza en el momento de la consagración y dura mientras subsisten las especies eucarísticas» (CIC 1377); y nos enseña nuestra Madre la Iglesia que es por virtud de las palabras de la consagración que el mismo Cristo ordenó a sus Apóstoles repetir como memorial de su Pasión salvadora por lo que se hacen presentes en la Eucaristía ese mismo Cuerpo y esa misma Sangre y también su humanidad entera y, por la unión hipostática, su Divinidad: «Mediante la conversión del pan y el vino en su Cuerpo y Sangre, Cristo se hace presente en este sacramento».

La tradición de la Iglesia

Los Padres de la Iglesia afirmaron con fuerza y en textos de singular belleza la fe de la Iglesia en la Palabra de Cristo y de la acción del Espíritu Santo para obrar esta conversión. Así, san Juan Crisóstomo declara que: «No es el hombre quien hace que las cosas ofrecidas se conviertan en Cuerpo y Sangre de Cristo, sino Cristo mismo que fue crucificado por nosotros. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia estas palabras, pero su eficacia y gracia provienen de Dios. Esto es mi cuerpo, dice. Esta palabra transforma las cosas ofrecidas» (CIC 1375). Y además nos instruye san Juan Crisóstomo:

«Inclinémonos ante Dios; y no lo contradigamos, aun cuando lo que Él dice pueda parecer contrario a nuestra inteligencia, sino que su palabra prevalezca sobre nuestra razón e inteligencia. Observemos esta misma conducta respecto al misterio eucarístico, no considerando solamente lo que cae bajo los sentidos, sino atendiendo a sus palabras. Porque sus palabras no pueden engañar». También los doctores escolásticos, san Buenaventura: «Que Cristo esté en el sacramento como signo, no ofrece ninguna dificultad; pero que esté verdaderamente en el sacramento como en el cielo, he aquí la grandísima dificultad: creer, pues, esto, es muy meritorio», y santo

Tomás de Aquino: «En ti se engaña la vista, el tacto, el gusto; solamente se cree al oído con certeza. Creo lo que ha dicho el Hijo de Dios, pues no hay nada más verdadero que la Palabra de verdad».

La definición del dogma y la fiesta del Corpus Christi

ANTE herejías que pretendían empañar esta consoladora y esperanzadora verdad (viendo en la Eucaristía un símbolo, una figura, o afirmando que al recibir la comunión es comunicada a los predestinados la eficacia del Cuerpo y la Sangre de Cristo), lo que durante los siglos anteriores había sido creencia firme y universal de toda la Cristiandad, fue definido dogmáticamente por el Concilio de Trento, diciendo que en el sacramento de la Eucaristía están «contenidos verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y, por tanto, Cristo entero» (Concilio de Trento; DS 1651). Esta verdad es, por tanto, el fundamento de la adoración debida al Santísimo Sacramento. Y precisamente al definirla dogmáticamente y establecer disposiciones sobre la veneración que se debe al sacramento de la Eucaristía, el Concilio de Trento vino a acrecentar la piedad eucarística del pueblo cristiano. Esta piedad, vivida desde los primeros siglos, había adquirido mayor intensidad a partir del siglo XIII, en buen parte gracias a las vigorosas afirmaciones de la fe que, con ocasión de controversias teológicas que desde el siglo XI se venían suscitando, realizaron teólogos y concilios de esta época. En 1264 y mediante la bula *Transiturus*, el papa Urbano IV extendió para toda la Iglesia latina la solemnidad litúrgica del Corpus Christi, que bajo el influjo de las visiones de santa Juliana (1193-1258), abadesa agustina de Mont-Cornillon, había instituido en 1246 para su diócesis el obispo de Lieja. En esta época, aunque sus orígenes son un poco más antiguos, empezó la gran expansión (inicialmente, sobre todo, por la Europa Central: Alemania, Países Bajos y Escandinavia) de las cofradías del Santísimo Sacramento, nacidas con el fin de que no cese el culto de fe, amor y agradecimiento a Cristo, presente en la Eucaristía, y de reparación por los ultrajes de que es objeto este sacramento.

La piedad popular

EN la piedad del pueblo católico español también arraigó profundamente el culto eucarístico, que los misioneros españoles sembraron celosamente en el Nuevo Mundo. Inte-

grada en la piedad popular, esta fundamental devoción ha dado, además de abundantísimo fruto espiritual, expresiones artísticas de altura singular en todos los órdenes: desde los famosos seises de la catedral de Sevilla, pasando por magníficas obras de orfebrería para la exposición de Jesús-Eucaristía o espléndidas capillas para el Santísimo, hasta los autos sacramentales de tema eucarístico, en los que el arte se hace vehículo de transmisión de la doctrina de la Iglesia para el pueblo sencillo.

Durante los últimos ocho siglos la Iglesia no ha dejado de impulsar y fortalecer esta devoción, que tiene su fundamento en el misterio de nuestra fe,

proclamado solemnemente por la liturgia, un misterio de amor que el Dios hecho hombre, con misericordiosa insistencia, continúa revelando a su Iglesia y al mundo entero, en estos últimos tiempos apremiando la correspondencia de nuestro amor, personal y socialmente, mostrándonos una vez más su Corazón, el mismo corazón de hombre con el que nos amó y que ahora, traspasado por la lanza para nuestra Salvación, está glorificado en el cielo y escondido, verdaderamente presente, en la Eucaristía, en la que adoramos el Amor de Dios y en la que le recibimos como prenda de la gloria que esperamos en Él.



¡Oh, qué dichoso será en participar todos los días de este divino Sacramento, y en tener a ese Dios de amor en sus manos, y meterle en su corazón! Yo no envidiaría otro bien que ese, y el de consumir como un cirio encendido en su santa presencia todos los momentos de vida que me restan. Para esto me parece que aceptaría sufrir todas las penas que se pueden imaginar, aun hasta el día del Juicio, a condición de no verme jamás obligada a salir de este Corazón, sino únicamente por consumirme honrándole, y reconocer la ardiente caridad que nos muestra en ese admirable Sacramento, donde su amor le tiene cautivo hasta la consumación de los siglos.

Santa Margarita, carta CXXX,
al R.P. Juan Croiset, S.J. (14 de abril de 1689)

Juan Pablo II y las vocaciones consagradas

JOSEP M. MANRESA, pbro.

UNO de los muchísimos dones que Cristo, Nuestro Señor, ha querido otorgar a la Iglesia universal mediante el benéfico influjo de nuestro amado papa Juan Pablo II ha sido el florecimiento de innumerables vocaciones sacerdotales y de vida consagrada entre la juventud a finales del siglo xx e inicio del nuevo milenio. Va quedando lejos los difíciles años setenta en que sacerdotes, religiosos y religiosas, abandonaban, a veces en masa, los conventos e iglesias, porque tenían «crisis de identidad». A lo largo del pontificado de Juan Pablo II se ha cancelado la regresión que la Iglesia padeció en el post-concilio en cuanto al número de vocaciones y, pese al creciente ateísmo y agnosticismo social imperante y asfixiante, las comunidades cristianas han visto surgir en su seno muchísimos jóvenes que con valentía e ilusión han entregado su vida a Cristo y a la Iglesia en la vida sacerdotal y religiosa.¹

La gran labor de fructificación vocacional en la

1. Los datos del «Anuario Pontificio 2002» son esperanzadores, especialmente para las vocaciones sacerdotales. Se confirma la superación de la crisis de vocaciones al sacerdocio: el número total de seminaristas (estudiantes de filosofía y teología) ha aumentado en las dos últimas décadas en un 73,1 %, pasando de los 63.882 de 1978 a los 110.583 del 2000. Esta recuperación se ha dado en todo el mundo y en cada uno de los continentes, si bien ha sido mayor en África, Asia, América y Oceanía, aunque también ha aumentado en Europa. El crecimiento más significativo tuvo lugar en África, donde el número de seminaristas se ha triplicado. En Asia, el aumento ha sido de un 125 %, y en América del 65%. Incluso en la «vieja y cansada» Europa ha aumentado en un 12 % el número de candidatos al sacerdocio.

Aunque también es significativo que el aumento se ha producido en las vocaciones al sacerdocio diocesano, mientras que las pertenecientes a órdenes religiosas han disminuido.

En cuanto a la vida consagrada femenina todavía no se ha superado la recesión, y se ha pasado de 1.054.973 en el 1970 al 782.932, con una disminución del 26 %. Aun así, las monjas contemplativas de clausura, que son actualmente un 10% de las religiosas, no han experimentado disminución, sino al contrario, últimamente un ligero aumento.

La Iglesia, según el Anuario, cuenta ahora con 4.092.725 personas consagradas a tiempo completo a la evangelización: 4.541 obispos, 405.178 sacerdotes (de los cuales 265.781 son diocesanos), 27.824 diáconos, 55.057 religiosos profesos no sacerdotes, 801.185 religiosas profesas, 30.687 miembros de institutos seculares, 126.365 misioneros laicos y 2.641.888 catequistas. Cf. *Anuario Pontificio 2002*, presentado al papa Juan Pablo II el 9 de febrero del 2002.

Iglesia realizada por el papa Juan Pablo II se ha desarrollado en tres campos fundamentales: en el campo doctrinal de la clarificación de la misión de la vida sacerdotal y consagrada, en el campo vivencial de sus encuentros en directo con los jóvenes en sus viajes apostólicos por todos los países de la tierra y en especial en las Jornadas de la Juventud que él mismo instituyó, y finalmente en el campo testimonial mediante el ejemplo de su vida entregada plenamente a Cristo, a la Virgen y a la Iglesia.

La doctrina sobre la vida sacerdotal y consagrada

EL magisterio de Juan Pablo II sobre la vida sacerdotal y religiosa, igual que en tantos otros temas, ha sido riquísimo. Continuando y explicitando las riquezas contenidas en los documentos del Concilio Vaticano II, el Papa ha ido clarificando y poniendo a plena luz lo esencial de la vocación sacerdotal y consagrada. En innumerables documentos, homilías, discursos, cartas, y hasta libros, el papa Juan Pablo II se ha referido a este aspecto de la vida y misión de la Iglesia.

En especial, hay que destacar la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* del 25 de marzo del 1992 sobre la formación sacerdotal en la situación actual, las cartas que anualmente dirigía a los sacerdotes el día de Jueves Santo. El Papa enseñó a los jóvenes sacerdotes y seminaristas que el sacerdocio es a la vez un don y un misterio² de amor y predilección de Cristo: «llamado *por una elección*, consagrado *con una unción*, enviado *para una misión*. Llamado *por Dios* en Jesucristo, *consagrado por Él con la unción* de su Espíritu, enviado *para realizar su misión* en la Iglesia». ³ Este amor de predilección del Señor consagra al sacerdote para ser y actuar «*in persona Christi*», especialmente para ofrecer el Sacrificio del Cuerpo y la Sangre del Señor, y para representarle

2. Precisamente *Don y Misterio* es el título del libro que Juan Pablo II regaló a la Iglesia con ocasión de sus bodas de oro sacerdotales, y en el que ofrece unas meditaciones sobre el sacerdocio a través de la vivencia de su ordenación en Cracovia y de sus experiencias pastorales como sacerdote. Cf. Juan Pablo II, *Don y misterio, en el quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio*, Madrid BAC, 1997.

3. Juan Pablo II, *Homilía durante la ordenación sacerdotal celebrada en el paseo de la Alameda de Valencia*, n. 3, 8 de noviembre de 1982.

en medio de la Iglesia, llevando la Palabra de Cristo y su gracia sacramental que perdona y santifica a todos los fieles. Esta amistad especial del Señor para con los sacerdotes («ya no os llamo siervos, a vosotros os llamo amigos», Jn 15,14), exige de ellos una entrega total a Cristo mediante el celibato por el Reino de los Cielos y la obediencia a la Iglesia Madre, y una identificación cada vez más profunda con los sentimientos del Corazón de Cristo por la oración y la caridad pastoral. El Santo Padre recurría siempre a María, Madre de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, y Madre de los sacerdotes para que cuidase de sus hijos sacerdotes, como hizo con el apóstol san Juan, el predilecto del Señor, y exhortaba a los sacerdotes a acoger a la Virgen María como Madre para ser de ella «*Totus tuus*».

Ante la creciente secularización que vive nuestro mundo contemporáneo, Juan Pablo II sopló con su magisterio un aire fresco para la vida religiosa. En especial, en su exhortación pastoral *Vita Consecrata* del 25 de marzo de 1996, enseñaba que la «vida consagrada» es un don de Cristo a la Iglesia, por el cual llama y seduce con su divina bondad y belleza al alma que, rebosante de agradecimiento, le sigue totalmente y difunde alrededor el buen aroma del amor de Cristo. Dice el Papa: «A quien se le concede el don inestimable de seguir más de cerca al Señor Jesús, resulta obvio que Él puede y debe ser amado con corazón indiviso, que se puede entregar a Él toda la vida, y no sólo algunos gestos, momentos o ciertas actividades. El unguento precioso derramado como puro acto de amor, más allá de cualquier consideración “utilitarista”, es signo de una sobreabundancia de gratitud, tal como se manifiesta en una vida gastada en amar y servir al Señor, para dedicarse a su persona y a su Cuerpo místico. De esta vida “derramada” sin escatimar nada se difunde el aroma que llena toda la casa. La casa de Dios, la Iglesia, hoy como ayer, está adornada y embellecida por la presencia de la vida consagrada. Lo que a los ojos de los hombres puede parecer un despilfarro, para la persona seducida en el secreto de su corazón por la belleza y la bondad del Señor es una respuesta obvia de amor, exultante de gratitud por haber sido admitida de manera totalmente particular al conocimiento del Hijo y a la participación en su misión divina en el mundo».⁴

Los Encuentros del Papa con los jóvenes, semillero de vocaciones

Lo que enseñaba nuestro amado Juan Pablo II por escrito, lo hacía vivir especialmente a los jóvenes

4. Juan Pablo II, Exhortación postsinodal *Vita Consecrata*, n. 104, 25 marzo 1996.

en los esperados encuentros que tenía con ellos siempre que realizaba un viaje apostólico. Pero especialmente, era en las multitudinarias Jornadas Mundiales de la Juventud, que él mismo instituyó, y que realizaba cada dos o tres años en una ciudad distinta (Roma, Buenos Aires, Santiago, Czestochowa, Denver, Manila, París, Roma, Toronto), en donde se sembraban las mejores cosechas. Allí el Santo Padre se rejuvenecía, hablaba a los jóvenes al corazón, se les confiaba, y al mismo tiempo les proponía metas elevadas, les exigía que no se conformaran con la mentalidad de este mundo, les incentivaba para que respondieran con generosidad a la llamada del Señor a la santidad. Les presentaba el ejemplo de santos jóvenes de ayer y de hoy: «Inés de Roma, Andrés de Phú Yèn, Pedro Calungsod, Josefina Bakhita, Teresa de Lisieux, Pier Giorgio Frassati, Marcel Callo, Francisco Castelló Aleu o, también, Kateri Tekakwitha, la joven iraquesa llamada la “azucena de los Mohawks”».⁵ Se le veía inmensamente feliz, rodeado de cientos de miles, y hasta de millones de jóvenes venidos de todo el globo, a los que no dudaba en llamar «mia gioia e mia corona»,⁶ «la esperanza de la Iglesia y de la sociedad»,⁷ o «la esperanza viva de la Iglesia y del Papa».⁸ Y los jóvenes sentían lo mismo que Simón Pedro al oír la palabra de Jesús: «Señor, ¿A quién vamos a ir? Sólo tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 54). Y rompían en gritos y cantos de entusiasmo: «Viva el Papa!», «Juan Pablo II, te quiere todo el mundo», «Totus tuus!», «Papa joven!».

En este clima de sintonía total entre el Papa y los jóvenes, la invitación vocacional era algo necesario. En Tor Vergata, en el año 2000, ante dos millones de jóvenes, Juan Pablo II decía: «Si alguno de vosotros, queridos jóvenes, siente en sí la llamada del Señor a darse totalmente a Él para amarlo “con corazón indiviso” (cf. 1 Co 7,34), que no se deje paralizar por la duda o el miedo. Que pronuncie con valentía su propio “sí” sin reservas, fiándose de Él que es fiel en todas sus promesas. ¿No ha prometido, al que lo ha dejado todo por Él, aquí el ciento por uno y después la vida eterna? (cf. Mc 10,29-30)».⁹

Las palabras del Papa, a diferencia de las de los políticos e ideólogos de nuestro tiempo, sí que lle-

5. Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud 2002, n. 3.

6. Juan Pablo II, Discurso del Ángelus en Tor Vergata, en el Jubileo de los Jóvenes, 20-8-2000. Cf. Flp 4,1.

7. Juan Pablo II, Saludo inicial a los jóvenes en Cuatro Vientos, 3 mayo 2003.

8. Juan Pablo II, Discurso de Bienvenida en Cuatro Vientos, 2 mayo 2003.

9. Juan Pablo II, Homilía en la Santa Misa del Jubileo de los Jóvenes, Tor Vergata, n.6. 20 agosto 2000.

gan al corazón, porque son la Buena Noticia, el Evangelio, Jesucristo. En el año 2003, en España, ante casi un millón de jóvenes, el Papa insistía: «Queridos jóvenes, ¡id con confianza al encuentro de Jesús! y, como los nuevos santos, ¡no tengáis miedo de hablar de Él! pues Cristo es la respuesta verdadera a todas las preguntas sobre el hombre y su destino. Es preciso que vosotros jóvenes os convirtáis en apóstoles de vuestros coetáneos. Sé muy bien que esto no es fácil. Muchas veces tendréis la tentación de decir como el profeta Jeremías: “¡Ah, Señor! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho” (Jr 1,6). No os desaniméis, porque no estáis solos: el Señor nunca dejará de acompañaros, con su gracia y el don de su Espíritu. (...) La evangelización requiere hoy con urgencia sacerdotes y personas consagradas. Ésta es la razón por la que deseo decir a cada uno de vosotros, jóvenes: si sientes la llamada de Dios que te dice: “¡Sígueme!” (Mc 2,14; Lc 5,27), no la acalles. Sé generoso, responde como María ofreciendo a Dios el sí gozoso de tu persona y de tu vida».¹⁰

El testimonio del Papa, ejemplo de entrega

EN estos encuentros con los jóvenes, y sobre todo en los últimos años, el Papa «anciano y enfermo», pero «joven entre los jóvenes» nos dejaba su testimonio personal, lleno de fe y de amor a Jesucristo. En Toronto, el Papa hablaba al corazón de más de un millón de jóvenes: «Vosotros sois jóvenes, y el Papa es anciano; 82 u 83 años de vida no es lo mismo que 22 o 23. Pero aún se identifica con vuestras expectativas y vuestras esperanzas. Jóvenes de espíritu, jóvenes de espíritu. Aunque he vivido entre muchas tinieblas, bajo duros regímenes totalitarios, he visto lo suficiente para convencerme de manera inquebrantable de que ninguna dificultad, ningún miedo es tan grande como para ahogar completamente la esperanza que brota eterna en el corazón de los jóvenes. Vosotros sois nuestra esperanza, los jóvenes son nuestra esperanza. No dejéis que muera esa esperanza. Apostad vuestra vida por ella. Nosotros no somos la suma de nuestras debilidades y nuestros fracasos; al contrario, somos la suma del amor del Padre a nosotros y de nuestra capacidad real de llegar a ser imagen de su Hijo».¹¹

Y en Cuatro Vientos, en medio de un diálogo inolvidable con los jóvenes venidos de todos los pue-

10. Juan Pablo II, Discurso de Bienvenida en Cuatro Vientos, n. 4. 3 mayo 2003.

11. Juan Pablo II, Homilía en la santa misa en Toronto, n. 5. 28 julio 2002.

blos de España, nos confiaba el secreto de su vida: «Os doy mi testimonio: yo fui ordenado sacerdote cuando tenía 26 años. Desde entonces han pasado 56. Entonces, ¿cuántos años tiene el Papa? ¡Casi 83! ¡Un joven de 83 años! Al volver la mirada atrás y recordar estos años de mi vida, os puedo asegurar que vale la pena dedicarse a la causa de Cristo y, por amor a Él, consagrarse al servicio del hombre. ¡Merece la pena dar la vida por el Evangelio y por los hermanos!».¹² Una entrega que el Papa vivió en profundidad especialmente en sus últimos años de vida, identificándose con su enfermedad con Cristo Crucificado.

El cardenal Josef Ratzinger, en la homilía de la misa funeral por el Santo Padre, el pasado 8 de abril decía: «“Levantaos, vamos”. Con esas palabras nos ha despertado de una fe cansada, del sueño de los discípulos de ayer y hoy».¹³ Si en el año 1978 la Iglesia parecía «cansada» y hasta «desorientada», por las numerosas secularizaciones de sacerdotes y religiosos, el vaciamiento de los seminarios, el disenso en algunos sectores que interpretando mal los decretos luminosos del Concilio Vaticano II rechazaban puntos importantes del magisterio de los papas,¹⁴ la muerte del gran Pontífice que la Providencia ha regalado a la Iglesia para que aplique con fidelidad el Concilio y prepare a la Iglesia para el tercer milenio ha evidenciado la fe ilusionada y gozosa de una nueva generación de jóvenes que, a pesar de sus debilidades y problemas, desea seguir a Cristo con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, y que ha fructificado en innumerables vocaciones sacerdotales y religiosas por amor a Cristo al servicio de la Iglesia. Es la generación de Juan Pablo II. Él nos ha despertado de nuestra fe adormecida y nos ha enseñado el verdadero seguimiento de Cristo. Él ha sido el verdadero semillero de las vocaciones sacerdotales y religiosas del inicio del tercer milenio. Pidámosle que desde la casa del Padre continúe bendiciendo a la Iglesia y enviándole hombres y mujeres que consagrándose enteramente a Cristo en la vida sacerdotal o religiosa den testimonio de Él ante el mundo contemporáneo.

12. Juan Pablo II, Discurso en la Vigilia de jóvenes en Cuatro Vientos, n. 5.

13. Cardenal Josef Ratzinger, Homilía en la plaza de San Pedro en el funeral por el santo padre Juan Pablo II, 8 abril 2005.

14. Por ejemplo, las incomprensiones que tuvo que sufrir el papa Pablo VI por sus luminosas encíclicas como *Sacerdotalis celibatus*, sobre la riqueza del celibato sacerdotal, o *Mysterium fidei*, sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía, por citar dos temas relacionados con el ministerio presbital.

Consagración y reparación

La devoción al Corazón de Jesús se centra en dos ideas principales, la consagración y la reparación. Estas dos ideas están presentes en los escritos de santa Margarita y tuvieron su autorizadísima concreción en sendas encíclicas pontificias. Como complemento a los artículos publicados acerca de la devoción al Corazón de Jesús reproducimos los textos fundamentales de las encíclicas que desarrollan de modo temático cada una de ellas. CRISTIANDAD tuvo conciencia de la importancia de estos documentos desde el comienzo de su aparición como revista, que tenía por lema alcanzar el Reino de Cristo por la devoción a su agrado Corazón. A tal fin, en el año 1949 publicó un libro con el mismo título, «Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón», y que consistía en la reproducción de seis encíclicas, desde León XIII hasta Pío XII, precedidas cada una de ellas por una introducción, y prologado por el padre Hilario Marín, S.I. Reproducimos ahora los textos más importantes de la Annum sacrum (Consagración del género humano al Corazón de Jesús, 1899) y la Miserentissimus Redemptor (Deber de reparación al Corazón de Jesús, 1928)



Annum sacrum

Más de una vez Nos hemos esforzado en defender santamente y poner más de maniñesto una estimadísima manera de devoción que consiste en el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús, a ejemplo de Nuestros Predecesores Inocencio XII, Benedicto XIII, Clemente XIII, Pío VI, VII y IX; y esto lo llevamos al cabo muy principalmente por el Decreto dado el día XXVIII del mes de junio, año 1889, con el que elevamos al rito de primera clase la festividad de dicho título. Empero ahora se Nos ocurre un obsequio más espléndido, que sea como el ideal acabado de todos los honores que se acostumbraron tributar al Sacratísimo Corazón, y que confiamos ha de ser muy agradable a Jesucristo Redentor. Aunque, a decir verdad, no se suscita ahora por primera vez esta cuestión. Pues hace casi cinco lustros, en la proximidad de las solemnidades dos veces seculares del día en que la bienaventurada Margarita María Alacoque recibió el celestial encargo de propagar el culto del divino Corazón, fueron remitidas, de todas partes, a Pío IX muchas súplicas

escritas, no sólo por particulares sino también por los obispos, para que tuviese a bien consagrar el género humano al augustísimo Corazón de Jesús. Se juzgó conveniente diferir el negocio para resolverlo con más madurez: entretanto se concedió a las ciudades que lo desearan el permiso de consagrarse particularmente a Él y se prescribió la fórmula de consagración. Por nuevas razones que ahora han sobrevenido, juzgamos llegado el tiempo oportuno de llevarlo al cabo.

[...]

Así, pues, exhortamos encarecidamente a cuantos conozcan y amen al Corazón divino a que realicen de grado tal consagración: y deseamos vivamente que todos la hagan en un mismo día, para que las piadosas manifestaciones de tantos millares de almas que prometen lo mismo, todas a un tiempo se eleven al templo celestial. Mas ¿sufriremos no tener presentes en nuestro espíritu otros innumerables, para quienes todavía no ha brillado la verdad cristiana? Mas, representamos al que vino a salvar lo

que había perecido, y al que aplicó su sangre para la salvación de todo el género humano. Por lo cual, así como con el envío de embajadores de Cristo a todas partes para enseñar, nos afanamos asiduamente en invitar a la verdadera vida aun a los mismos que están sentados en las sombras de la muerte, así ahora, compadecidos de su suerte, los confiamos de modo más especial al Sacratísimo Corazón de Jesús, y, en cuanto de Nós depende, se los consagramos. Y de esta manera aprovechará a todos la consagración que a todos aconsejamos. Pues con esta práctica, fácilmente experimentarán los que conocen y aman a Jesucristo que se les acrecienta la fe y el amor; y los

que, aun conocido Cristo, descuiden sin embargo sus preceptos y su ley, podrán sacar del Sagrado Corazón la llama de la caridad. Finalmente todos a una pediremos la ayuda celestial para los muy desgraciados que son combatidos por ciega superstición, a fin de que Jesucristo, así como los tiene ya sometidos a sí en derecho, se los someta también algún día de hecho, y no sólo en el siglo venidero, cuando respecto de todos colmará sus deseos a unos salvando y a otros castigando (S. To., 1. c.), sino también en esta vida mortal, otorgándoles la fe y la caridad; con las cuales virtudes puedan ellos venerar a Dios, como es debido, y tender a la eterna felicidad celestial.

Miserentissimus Redemptor

A estos deberes, especialmente a la consagración, tan fructífera y confirmada en la fiesta de Cristo Rey, necesario es añadir otro deber, del que un poco más por extenso queremos, venerables hermanos, hablaros en las presentes letras; nos referimos al deber de tributar al Sacratísimo Corazón de Jesús aquella satisfacción honesta que llaman reparación.

Si lo primero y principal de la consagración es que al amor del Creador responda el amor de la criatura, síguese espontáneamente otro deber: el de compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado, si fue desdeñado con el olvido o ultrajado con la ofensa. A este deber llamamos vulgarmente reparación.

Y si unas mismas razones nos obligan a lo uno y a lo otro, con más apremiante título de justicia y amor estamos obligados al deber de reparar y expiar: de, justicia, en cuanto a la expiación de la ofensa hecha a Dios por nuestras culpas y en cuanto a la reintegración del orden violado; de amor, en cuanto a padecer con Cristo paciente y «saturado de oprobio» y, según nuestra pobreza, ofrecerle algún consuelo.

Pecadores como somos todos, abrumados de muchas culpas, no hemos de limitarnos a honrar a nuestro Dios con sólo aquel culto con que adoramos y damos los obsequios debidos a su Majestad suprema, o reconocemos suplicantes su absoluto dominio, o alabamos con acciones de gracias su largueza infinita; sino que, además de esto, es necesario satisfacer a Dios, juez justísimo, «por nuestros innumerables pecados, ofensas y negligencias». A la consagración, pues, con que nos ofrecemos a Dios, con aquella santidad y firmeza que, como dice el Angélico, son propias de la consagración(9), ha de añadirse la *expiación* con que totalmente se extingan los pecados, no sea que la santidad de la divina justicia rechace nuestra indignidad impudente, y repulse nuestra ofrenda, siéndole ingrata, en vez de aceptarla como agradable.

[...]

Así, pues, como la consagración profesa y afirma la unión con Cristo, así la expiación da principio a esta unión borrando las culpas, la perfecciona participando de sus padecimientos y la consuma ofreciendo sacrificios por los hermanos. Tal fue, ciertamente, el designio del misericordioso Jesús cuando quiso descubrirnos su Corazón con los emblemas de su pasión y echando de sí llamas de caridad: que mirando de una parte la malicia infinita del pecado, y, admirando de otra la infinita caridad del Redentor, más vehementemente detestásemos el pecado y más ardientemente correspondiésemos a su caridad.

Y ciertamente en el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús tiene la primacía y la parte principal el espíritu de expiación y reparación; ni hay nada más conforme con el origen, índole, virtud y prácticas propias de esta devoción, como la historia y la tradición, la sagrada liturgia y las actas de los santos pontífices confirman.

Cuando Jesucristo se aparece a santa Margarita María, predicándole la infinitud de su caridad, juntamente, como apenado, se queja de tantas injurias como recibe de los hombres por estas palabras que habían de grabarse en las almas piadosas de manera que jamás se olvidarán: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres y de tantos beneficios los ha colmado, y que en pago a su amor infinito no halla gratitud alguna, sino ultrajes, a veces aun de aquellos que están obligados a amarle con especial amor». Para reparar estas y otras culpas recomendó entre otras cosas que los hombres comulgaran con ánimo de expiar, que es lo que llaman Comunión reparadora, y las súplicas y peticiones durante una hora, que propiamente se llama la Hora Santa; ejercicios de piedad que la Iglesia no sólo aprobó, sino que enriqueció con copiosos favores espirituales.

El culto al Corazón de Cristo ante la problemática humana de hoy

Reproducimos del número 467 (enero de 1970) de CRISTIANDAD este artículo de nuestro redactor Francisco Canals Vidal, pensando de modo expreso en la gran ocasión que representa la venida a España de las reliquias de santa Margarita María.

Dicho artículo no es de modo expreso una reflexión sobre la importancia de la acción ejercida por la Santa en la constitución y difusión de la devoción al Corazón de Jesús. Sin embargo, el mensaje central del artículo no es otra cosa que la demostración de que el culto al Corazón de Jesús es la única respuesta total a la profunda deshumanización en que está inmersa la humanidad, que ha querido sustituir la revelación del Amor por la inmanencia filosófica. El hombre contemporáneo sometido al activismo como justificación de su autodivinización se encuentra de hecho abocado a la desintegración social y personal.

Ni hay que olvidar lo que anida en la corriente moderna, que procede del liberalismo y la Ilustración, y pretende consumarse en la escatología de origen hegeliano y marxista. Pero, como señala Canals, en esta deprimente socialización del hombre se oculta en realidad una absoluta soledad y no se soporta ninguna solidaridad verdadera.

La devoción al Corazón de Jesús nos centra en la gran perspectiva de la teología de la historia por la que, según sus propias palabras a santa Margarita, el Corazón de Jesús afirma rotundamente: «Reinaré a pesar de mis enemigos». Es así que la devoción al Corazón de Jesús nos lleva ineludiblemente al Reinado de su Sagrado Corazón, de conformidad con las indiscutibles esperanzas manifestadas de modo expreso en los grandes pontífices.

«Homo homini Deus»

LA pregunta por el hombre, sobre el sentido de su existencia y su puesto en el cosmos, centró en las décadas entre las guerras mundiales la reflexión de pensadores y filósofos. Si quisiera hallarse un punto en que estuviesen de acuerdo los esfuerzos más representativos del tono y mentalidad contemporáneos, no podría señalarse otro que la conciencia de que el ser del hombre había venido a hacerse problemático para el hombre culto occidental. En este no saber qué somos y tener conciencia de que no lo sabemos se expresaba el acceso a la madurez de la conciencia histórica contemporánea.

La autosatisfacción del espíritu científico y el efectivo dogmatismo del materialismo histórico marxista no han modificado la situación. Para aquella conciencia culta, hoy hegemónica sobre el dinamismo técnico, cultural y político de todo el planeta, el ser del hombre es más que nunca un angustioso interrogante.

Al hablar hoy de una problemática humana no se alude sólo a una constelación de problemas que podrían plantearse desde unos supuestos antropológicos firmes, sino a una desorientación radical que afecta desde lo más profundo todas las dimensiones de lo humano en cuanto tal. El misterio, y no ya el problema, está así instalado, pese a la mentalidad neopositivista, en el centro de la conciencia contemporánea.

Y, no obstante, las empresas colectivas y los ideales que estimulan las energías más universalmente operantes sobre nuestro mundo, se orientan todas según esta convicción: la marcha histórica progresiva conduce a la toma de conciencia por la que lo humano se patentiza para el hombre como lo supremo.

El proceso de este humanismo, que con más precisión que con el término «ateo» puede ser definido con el de «autodivinizador» del hombre, se desplegó en las diversas fases de la evolución de la «modernidad» desde el Renacimiento, e inspiró tareas e instituciones políticas, educativas y sociales, a partir de la revolución industrial y del despotismo ilustrado.

Pero no hubiera podido decirse, en épocas anteriores a la nuestra, que esta valoración de lo humano como lo absoluto y supremo constituyese el principio unificante según el que se intenta construir todos los ámbitos en que habite la humanidad en su vida colectiva y el núcleo del espíritu objetivo en el horizonte internacional.

Que esto es ahora así se revela en un hecho cuya significación misteriosa sería imposible exagerar. Parece que nada puede darse más opuesto a la fe católica que la autodivinización y la adoración del hombre por sí mismo. Lo «anticristiano» por antonomasia podría definirse por aquella actitud. Y aunque Pablo VI habló del enfrentamiento acaecido en torno al Concilio Vaticano II de la religión del hombre que se hace Dios a la religión de la Encarnación redentora del Dios que se hace hombre, advirtió también que el intento

propio de la Iglesia en el Concilio no fue precisamente la de enfrentamiento y condenación. El mensaje conciliar ha tendido a ofrecer misericordiosamente aquella plenitud en cuyo desesperante anhelo se debate la humanidad de hoy.

Que el *aggiornamento* conciliar haya tomado esta orientación hacia lo humano en tiempos de radical antropocentrismo revela que la pérdida de la consciente orientación hacia Dios por parte del hombre de hoyes compadecida por la Iglesia, no ya como proterva rebeldía de la enloquecida sabiduría secular, sino como miseria agobiante y entristecedora que pesa universalmente sobre los hombres de nuestro tiempo; cuando se agrava y universaliza la crisis de la que el carisma profético de la Iglesia jerárquica juzgó con aquellas palabras bíblicas:

«Esperábamos la paz, y este bien no vino; el tiempo de la curación, y he aquí el terror».

En verdad la dimensión y el sentido mismos –universal por primera vez en la historia, y total y radicalmente orientado por el ideal de la justicia plena sobre la tierra– del fracaso y desengaño de nuestras empresas colectivas, está siendo testimonio para todas las gentes del Evangelio de Cristo, que da el Occidente cristiano y descristianizado a los hombres de todas las culturas, absorbidas hoy en él a modo de «proletariado interno».

«Si conocieras el don de Dios»

LA evangelización del misterio de Cristo adecuada a nuestra situación histórica ha de insistir evidentemente en su esencial dimensión de llamamiento y don que ofrece al hombre la posibilidad, por la gracia divinizante, de su propia consumación y plenitud humana.

El iluminar esta congruencia no podría por sí mismo arrastrar el peligro de una deformación o minimización del misterio cristiano. Se nos exige en definitiva que insistamos en algo que está en su sentido más esencial e íntimo: el que se expresa, desde el *propter nos homines* de los antiguos símbolos, en el lenguaje de san Agustín al decirnos que Dios no busca su gloria sino para nosotros - ya que es a nosotros y no a Él a quienes enriquece su conocimiento y alabanza - o en el de san Ignacio al afirmar que «todas las cosas... han sido creadas para el hombre». Más cercana a nosotros, la santa carmelita de Lisieux expresaba su esperanza de «pasar su cielo haciendo bien sobre la tierra».

Es cierto que con demasiada frecuencia una actitud humanista ha llevado al apostolado contemporáneo a silenciar o dejar en segundo término el misterio de la salvación por Cristo. El optimismo sobre las fuerzas humanas y la fe en la bondad del universo vienen a ser un imperativo que reduce al silencio, sobre algunos de sus más centrales temas, a la predicación cristiana.

Se teme en el fondo el trágico contraste con una fe en el hombre y en su poder de autorrealización de la

que está ausente el sentido de humildad, la compunción del corazón y el sentido del pecado.

Nos sentimos arraigados en la convicción, que nos transmitieron grandes maestros de espíritu, de la oportunidad providencial y psicológica del culto al Corazón de Cristo para el mundo moderno. Conforme a ella orientaremos nuestras reflexiones, de intención y método teológicos, sobre la problemática humana de hoy. Tal intención y método no excluyen evidentemente, antes exigen en virtud del propio tema, que por su contenido se refieran a las experiencias y corrientes de pensamiento o ambientes culturales y sociales característicos de la situación contemporánea, y en los que podemos descubrir, como en signos de los tiempos, la urgente adecuación del mensaje del amor divino y humano del Corazón de Cristo.

Perplejidad y crisis

PROPUESTO por el magisterio eclesiástico como síntesis de toda la religión y norma perfecta de vida cristiana, después de su triunfal marcha ascendente en el sentir de los fieles, vino a quedar en situación de crisis y problematismo durante el pontificado de Pío XII, en el mundo que salió de la segunda guerra mundial. En realidad el complejo anudamiento de los problemas remitía a una perplejidad que se sentía ya indudablemente en tiempos de Pío XI, en los años de la postguerra: la perplejidad en torno a la cultura y humanismo cristiano «moderno» recibido de los siglos del renacimiento y del barroco.

El carácter patente y universal de la crisis nos libraría de la nota de audaces en nuestro atrevimiento a planteamos cuestiones que son ineludibles precisamente para poner en claro la congruencia profunda, que creemos deber afirmar, del culto al Corazón de Jesús para el ambiente y situación espiritual posterior al Vaticano II, cuando se han desatado y simplificado aquellas complejidades y nudos.

No parece que pueda negarse que percibían muchos una como indefinible y paradójica dualidad de ambientes y actitudes espirituales en el magisterio y en la profunda y universal tarea de apostolado del papa Pío XI. Porque queremos sugerir una sutil y casi inefable diferencia de matiz convendrá un lenguaje breve y rápido. La *Miserentissimus Redemptor*, proponía la síntesis de toda religión y la norma de vida más perfecta y hablaba del común deber de expiación, pero fue pareciendo cada vez más como adscrita a una escuela particular de espiritualidad, que algunos hubieran calificado peyorativamente como «jesuítica». Entre tanto, la espiritualidad de la que fue «la estrella del pontificado», santa Teresita del Niño Jesús, aparecía como un «redescubrimiento del Evangelio», como diría Pío XII, y con un signo de universalidad católica y ecuménica.

Reparación y consagración, comprendidas en el contexto del misterio de Cristo, tal como las proponía la enseñanza y la liturgia de la Iglesia, constituyen en verdad el ejercicio más simple y profundo de un culto

impulsado y orientado por la caridad. No obstante, y es lícito preguntarse si sólo por causa de una resistencia sectaria, se fueron mostrando cada vez más desde cierto aspecto deformado que causaba reacciones de disgusto y repulsa.

Tal vez los mundanos y los cristianos piadosos hostiles veían a los «reparadores» y «consagrados» no como pecadores penitentes que se ofrecían al amor y a la misericordia, sino como cristianos con conciencia de distinguidos y fieles que se acercaban a consolar a Jesús presentándose ante Él «no siendo como los demás hombres». Tal vez hubiesen muchos dicho de los devotos del Corazón de Jesús, lo que santa Teresita de cierto tipo de almas menos deseosas de «deshojarse» e inmolarsen: *Seigneur, sur tes autels plus d'une fraiche rose aime à briller.*

Tal vez las acusaciones de naturalismo o de cristología nestorianizante, radicalmente injustas respecto de los grandes apóstoles de la devoción y de la espiritualidad viva en el pueblo fiel y en la liturgia, recibían algún motivo o pretexto de aquellas apariencias.

La *Haurietis aquas* marca el camino de superación de la crisis y del malentendido. Se muestra con luz nueva y en su plena adecuación al hombre de hoy el culto al Amor de Dios que habita corporalmente en su plenitud en el Corazón de Jesucristo. Es el mensaje del amor misericordioso, es el Evangelio de Juan y de Pablo. Y es el mensaje tradicional del culto «clásico» simplemente entendido en su verdad auténtica y profunda. Porque esto y no otra cosa es lo que presentó Pío XII y lo que ha insistido en mantener la enseñanza postconciliar de Pablo VI.

El mensaje del Amor misericordioso

Si nos atrevemos a señalar aquellos contrastes de matiz y la perplejidad por ellos sugerida, tenemos que afirmar también que las superficiales y aparentes escisiones están superadas, y puesta de manifiesto la continuidad del culto moderno estimulado por Paray-le-Monial con el misterio de salvación. Se nos ofrece, tal es nuestra convicción, la síntesis buscada para nuestro tiempo, en la vida y la espiritualidad de santa Teresita del Niño Jesús o de Juan XXIII, por citar dos ejemplos que hacen intuible lo que queremos expresar.

Aún reconociendo, pues, las deficiencias que hayan podido darse en la presentación tradicional del culto al Corazón de Cristo, hay que afirmar, nos parece, para moverse en lo esencial y no caer en planteamientos inadecuados y accidentales, que el problematismo suscitado en torno a él se relaciona con la vacilación en proponer al mundo contemporáneo la buena nueva del amor misericordioso. La aceptación de la misericordia y del don implica el reconocimiento de la indignancia y de la miseria. De aquí el recelo a la resistencia humanista a un mensaje que no puede dejar de invitar a la expiación y reparación por el pecado.

Pero la ambigüedad de la universal tentación anticristiana de nuestro tiempo consiste precisamente en que, enfrentada a la autoafirmación de plenitud superadora de alienaciones, y paradójicamente confundida con ella, una corriente de angustia y amargura oprime el ánimo de los hombres de hoy. Un nuevo pesimismo maniqueo que es en cierto sentido más profundamente anticristiano que el propio optimismo antropocéntrico.

Las proféticas advertencias del magisterio eclesiástico sobre el fracaso inevitable de las construcciones emprendidas bajo el signo de la mundanidad secularizadora y arreligiosa, hallan su paralelo antiteístico en las expresiones filosóficas y literarias del inconformismo, la desesperación y la náusea. La dialéctica desintegradora de la revolución anticristiana ha ido pidiendo rápidamente cuentas a los sucesivos proyectos y empresas colectivas en que la ciudad terrena ha concretado sus esperanzas de paz y de felicidad universales.

La herencia cristiana mantiene vigente su exigencia sobre la conciencia social contemporánea. Y ninguna de las actitudes o de las interpretaciones que pretenden rehuir este imperativo cristiano y desoír el clamor trágico con que el acontecer contemporáneo revela el fracaso de la finitud cerrada sobre sí misma pueden pacificar íntimamente al hombre de hoy.

Por esto el supremo esfuerzo de resistencia, el modo contemporáneo de «dar coces contra el aguijón», rehusando aceptar el don de Dios, se realiza en el sobrevalorar la inquietud y la tensión. El mundo, que nos promete la paz que no puede darnos, termina por maldecir la paz como un conformismo estático que quitaría sentido a la vida. Para rehúsar el don de Dios decimos a veces: «no hay camino». Ignoramos a Cristo, CAMINO, VERDAD Y VIDA. El mundo se distrae así y evita reconocer que «nos hemos extraviado, y hay que volver al camino» como proclamó Pío XII.

Pero sigue clamando por la paz y gritando la protesta y la desesperación por su inquietud insatisfecha. Si renunciamos a la hipocresía y convencionalismo superficial, casi al nivel de una moda literaria, que tantas veces coarta nuestro testimonio cristiano, nos encontraremos connaturalmente en situación de afirmar con humilde seguridad que sólo en el ambiente de la fe cristiana se puede comprender al hombre de nuestro tiempo.

Nuestro corazón está inquieto con la inquietud que confesó san Agustín; con la indignancia y sed del rocío divino que clamaban los salmos. Para vivir como hombres estamos necesitados de que nuestra cotidianidad, nuestra convivencia doméstica y nuestro cuidado y tarea diaria, nuestra soledad errante entre lo público, sean bajo la mirada y la mano poderosa de nuestro Dios personal y paterno. Tenemos necesidad «de un corazón ardiente de ternura, con el que nos sintamos día y noche, de corazón a corazón, en convivencia y diálogo».

Por esto al plantear en una perspectiva teológica

el problema de la oportunidad del culto al Corazón de Cristo para el mundo contemporáneo, sería inadecuado detenerse sólo en constatar las deficiencias de integración y síntesis, las escisiones y tensiones no superadas, que fueron características de los tiempos en que se difundió en el mundo cristiano. No llegaríamos así a tratar del sentido de aquel símbolo y mensaje. Una reflexión teológica adecuada en su método y rectamente orientada mostrará sin duda la virtualidad del culto al Sagrado Corazón para hacer unitaria y simple, auténtica, la vida religiosa del hombre de hoy.

«La finitud constituyente»

SE estremece la tierra con afán nunca antes sentido, de horror o de esperanza», dijo el excelso poeta Costa y Llobera. Con su doble faz de radical pesimismo y de inaudita expectación de progreso, el dinamismo histórico del hombre moderno, tenso anhelo colectivo de divinización, se ha mostrado como un esfuerzo trágico de «finitud constituyente», para decirlo con las palabras con que Vuillemin quiso significar esta revolución de lo finito contra el Dios trascendente y soberano.

«La muerte de Dios», que permitiría que el hombre viva y reine solo sobre la tierra, se realiza en la conciencia del hombre masificado de nuestra sociedad urbana a través de la «diversión» respecto de lo eterno. En nuestras jóvenes generaciones se destruye el hambre de inmortalidad —la aburrida idea de la inmortalidad del alma, decía Engels— y con ella el sentimiento y comprensión, la disponibilidad y apertura, para lo eterno e infinito.

Contemplada superficialmente y en el ámbito de lo cotidiano, la pérdida de sentido de lo sagrado y eterno parece sólo una inmersión en el movimiento, monótono en su rapidez, causado por la publicidad planificadora de la agitación y del cambio que la política y la técnica imponen sobre nosotros.

En una perspectiva más universal y que no ignore los impulsos profundos que alientan las fuerzas que ejercen, por aquella publicidad y planificación, su lucha planetaria por la voluntad de poder, reconocemos que el olvido por el hombre masa de lo absoluto y eterno viene a ser subproducto del inmanentismo y la absolutización de la naturaleza y del hombre en la mentalidad dirigente del mundo de hoy.

En el ámbito mismo del pensamiento científico y filosófico, las corrientes empiristas, positivistas o materialistas —en su doble fase mecanicista y dialéctica— sólo desde una consideración exterior que pierda de vista sus conexiones y condicionamientos profundos se presentan como cerradas en lo inmediato sensible y material. Detrás de Marx está Hegel, y a la ética y política positiva o utilitarista subyace también el *Deus sive Natura* de Spinoza, aquel en quien «comienza la filosofía» para el propio Hegel.

El enfrentamiento a lo eterno se ejercita por la afirmación del valor absoluto de lo temporal. El devenir

dialéctico y el «eterno retorno de lo igual» expresan esta divinización, ante la que en vano se rebela el finitismo que busca en el tiempo el horizonte de comprensión del ser. La finitud constituyente es usurpación por lo finito y terreno de los atributos de lo eterno; es saqueo de lo celeste. Por esto las mismas rebeldías o desconocimientos de lo divino inmanentizado se expresan en la angustia ante la nada o en la afirmación de que lo absoluto es lo contingente, lo que es en definitiva la atribución a lo contingente de la absolutez de lo absoluto.

La modernidad anticristiana se ha desplegado filosóficamente como una progresiva toma de conciencia en la que los atributos de la divinidad han venido a ser puestos en lo humano. La inflexión decisiva, más que en la proclamación nietszcheana de la necesidad de la muerte de Dios para la vida del hombre, había tenido lugar en el tránsito al hegelianismo de izquierda en la obra de Feuerbach.

Sus palabras suenan a «extrañas profecías» cargadas de sentido revelador de las nuevas coordenadas de la contemporánea visión del mundo secularizada y desacralizada. La política es nuestra religión. Lo humano es lo divino. El Estado es la providencia del hombre. Se pone en la humanidad, ya divinizada, lo que «todavía» ponía Hegel en el Espíritu absoluto, o Spinoza y Giordano Bruno en la naturaleza o en el universo.

El movimiento que pretende expresar el pleno humanismo en la superación de todas las alienaciones, el marxismo, encontraría aún fundamento para acusar de contaminación teológica a la propia afirmación de la divinidad en lo humano. Lo que quiere afirmar es la supremacía de lo humano en cuanto tal. El proceso antropocéntrico culmina así en una actitud que entronca con el antiteísmo postulado, para el que Dios es el ser que no debe existir y que en todo caso debe ser rechazado.

El radical antropocentrismo en que se consumó el proceso de la modernidad separada de Dios ejerció su máxima influencia sobre la conciencia contemporánea a través de un nuevo sentido u orientación. Aquel que se expresa en el marxismo, frente a la atribución especulativa de un carácter divino a la humanidad en su esencia universal, afirmando que no se trata ya de conocer la realidad, sino de transformarla.

La autorrealización del hombre como lo supremo se ejercita en todas las dimensiones privadas y públicas de la vida contemporánea, con inspiración marxista o pragmatista, en cuanto se desenvuelve como un vivir constituido desde sí mismo por la primacía de la praxis humana.

«En el principio era la acción»

AL plantearse la pregunta sobre las relaciones entre la prudencia y la sabiduría, sostiene Aristóteles que sólo podría atribuirse a la prudencia el primado sobre la sabiduría si se afirmase que el hombre ocupa el primer lugar en el universo

del ente. Fundamenta así que la virtud de la razón práctica, que gobierna la acción en el orden al fin humano, tenga que regirse por el supremo saber contemplativo, el que conoce en sí mismo el fin y bien.

«En el principio era la acción», hace decir Goethe al Doctor Fausto. Al poner la acción humana como fundamento creador de sentido del universo y de la vida hace patente su disponibilidad para el pacto mefistofélico. El hombre fáustico busca la sabiduría, pero rehúye la contemplación que retendría y aniquilaría su vida, y se rebela contra la patencia y el don de la verdad. Si el hombre moderno prefiere con Lessing la «mano izquierda» que le ofrece la búsqueda y el anhelo, y no acepta la riqueza de la verdad venida de la «mano derecha» divina, es porque quiere sentir el goce creador de una acción sin otro objeto que el ejercicio mismo de la libre creatividad.

Las múltiples expresiones literarias o filosóficas, pedagógicas y políticas, de este primado de la acción y de la voluntad, no hacen sino traducir conceptualmente actitudes que, desde la época romántica, vienen a constituir tal vez la más seductora y profunda tentación de cuantas nos arrastran engañosamente fuera del orden y de la concepción cristiana del mundo.

Para la secular sabiduría cristiana el «deber ser» incondicionado se fundaba y constituía desde la destinación del hombre a su fin último trascendente a su finitud. La Bondad eterna e infinita, el amor que Dios es, se nos propone por la fe para ser recibido y abrazado en contemplación y amor eterno. Por esto advertía santo Tomás que el bien divino, en orden al cual se pone en tensión por la caridad el íntegro dinamismo de la vida cristiana, no es objeto de entendimiento práctico, sino el supremo fin saciativo y beatificante para la mente contemplativa.

Y toda la obligatoriedad de la ley se funda en la necesidad del fin a que se ordena. En el plano mismo de la sindéresis natural la conciencia del deber presupone la fundamentación del bien ético en el «verdadero bien» ontológico. Por esto una ética de fines da por supuesta la sumisión del hombre a un orden universal que le trasciende y le llama con exigencias absolutas de las que no es él mismo fundamento ni autor. La libertad del hombre se constituye desde esta destinación natural a un fin entitativo y «verdadero».

Aunque todavía el formalismo de la ética autónoma de Kant mantuvo como postulado práctico la idea de Dios y el alma espiritual e inmortal, la primacía de la razón práctica que se afirmaba para huir del carácter heterónomo del imperativo moral expresaba un hecho nuevo en la historia del mundo cristiano, que tenía no obstante sus precedentes en las posiciones éticas racionalistas: ya no eran los «libertinos» los que se enfrentaban a la fe revelada; por el contrario se podía ya ser «no creyente» en la fe sobrenatural y «positiva», porque se era «honesto» y en virtud de la misma fe moral. En el mejor de los casos se vino a negar importancia teórica al contenido de la fe, para redu-

cir la fuerza de lo religioso a la profundidad del sentimiento.

La religiosidad romántica que va de Schleiermacher al modernismo en todas sus fases, no ha hecho sino reforzar el impacto deletéreo de los «pragmatismos». Una misma actitud en el fondo aliena la fe en la creatividad fundante y originaria de la acción humana. La roca firme de Dios eterno no sería sino el obstáculo supremo, una «naturaleza» no-yo, algo absoluto «en-sí», que no podría ser ya estímulo a superar, sino condición y límite supremo de la libertad y de la praxis del hombre.

El postulado antiteíístico de una moral que, en virtud de su radical antropocentrismo, ha de negar toda esencia o valor anteriores al ejercicio de la libre opción, no se ha formulado en toda su crudeza sino en contados casos.

Lo que interesa, sin embargo, es advertir el impacto en una filosofía no de sentido académico sino «mundano», y que ha consistido mucho más en una penetración «práctica» que en una difusión literaria o conceptual.

Las ilusiones de la autenticidad y la autorrealización, la creatividad y originalidad radicales, debilitan máximamente la capacidad de comprensión del mensaje de la fe. Todo profesor de teología que ha visto discutir el interés actual y práctico, la conducencia para la vida y para la eficacia, de los tratados dogmáticos trinitario y cristológico, puede dar testimonio de lo que queremos sugerir.

Si esto es así en quienes viven insertos en las instituciones eclesiales, el hecho acaece cotidianamente afectando todos los sentimientos e ideas del hombre masificado de nuestros días.

El prestigio de la investigación científica conseguido en la rápida transformación del horizonte vital de quienes estamos ya inmersos en un mundo «creado por los hombres», que oculta y aún presenta como triviales y primitivas las dimensiones del universo natural o del que es herencia de la técnica y el arte de anteriores generaciones, parece conmover las esencias y el sentido de las cosas y del hombre mismo, e invita con enérgico desafío a la lucha por la vida y a la vertiginosa carrera de llegar a hacerse algo por sí mismo.

Tendemos así a apoyarnos en nosotros y a no afirmarnos más que desde nuestra propia autorrealización. Pero es aquí precisamente donde la constitutiva destinación del hombre a no hallar el sentido de su vida sino en una felicidad que le trasciende y exige la ordenación a ella de su entero dinamismo, se pone de manifiesto en una situación límite en la que se halla hoy el hombre, en proporción a su progreso y dominio técnico sobre la naturaleza.

La praxis humana no puede ser el lugar originario de su propio valor y sentido. La voluntad y la acción carecen de consistencia si no se reconoce que una «voluntad constituyente» está impresa en la naturaleza del hombre y entitativamente la destina, con anterioridad radical a toda opción, hacia fines existentes en el universo real y en el fundamento último del hom-

bre y del universo. Es decir, la praxis en cuanto tal no se pone en movimiento sino supuesto el hombre ya constituido en su posibilidad radical como sujeto libre y activo.

Y en verdad la afirmación especulativa de la primacía de la acción, y la entrega práctica a la búsqueda de un sentido de la vida que fuese independiente de todo valor o fin anteriores al ejercicio de la libertad, no han hecho sino lanzar al hombre culto de la modernidad a un círculo en el que la misma dimensión ética viene a ser olvidada en su esencia, para ser asumida sólo como eficacia técnica a través del desarrollo, por la educación científica, de las posibilidades creadoras entendidas como capacidades de dominio y de producción.

El hombre movilizado como servidor de la eficacia técnica

LA primacía de la voluntad y de la acción deforma antropocéntricamente aquella esencial dimensión de la vida cristiana que la discierne de cualquier frío y orgulloso intelectualismo teórico: si poseyese toda la ciencia y conociese todos los misterios, si no tuviese caridad nada soy. La secularización, de espaldas al don del amor de Dios, del imperativo de que la fe obre por la caridad, explica la fuerza, desintegradora del orden cristiano, de los voluntarismos y pragmatismos.

Pero esta misma desviación antropocéntrica del dinamismo práctico, del que desaparece con la contemplación «final», también el amor, convierte el «dominar la tierra» bíblico, ejercicio por el hombre de un aspecto esencial de su carácter de imagen de Dios, en el babélico esfuerzo de dominio autónomo y cerrado a la trascendencia, que pretende su reinado exclusivo y soberano sobre el mundo.

Un nuevo concepto del saber alentó desde la *scienza nuova* y ya decisivamente en el empirismo de Bacon de Verulan las progresivas conquistas del hombre moderno. Se trata de un saber del que ha desaparecido toda finalidad contemplativa y, por ello, todo orden a la aceptación de aquel «amor que mueve al sol y a las estrellas» cuyo gusto tuvieron los medievales. Hay que saber, para dominar la naturaleza.

Y para dominarla, obedecerla. La praxis humana, ya desde entonces radicalmente transformada en técnica, tiene que reconocer desde su punto de partida fuerzas y leyes naturales. Pero la preocupación de inmediatez, que se tradujo en la vigencia de una noética empirista, lleva al abandono de cualquier consideración de un orden esencial. No se atiende ya más que a las reglas constantes de conexión de los hechos, cuyo conocimiento posibilite la previsión, el proyecto y la planificación.

Desde las primeras fases de la filosofía moderna se recorre así, en el orden de la fundamentación de la ciencia, el destino por el que ha avanzado cada vez con mayor universalidad la cultura occidental; hasta

culminar en la hegemonía planetaria de su ciencia tecnificada sobre todas las dimensiones de la vida contemporánea.

La revolución industrial y la revolución política de signo positivista dieron a la vida social el dinamismo y orientación que condicionan todavía hoy su sentido. El empirismo gnoseológico, la concepción materialista del mundo y la ética utilitarista se implican y autofundamentan. Se cierra un círculo en el que el único proyecto que puede constituirse en fin de la acción humana es el desarrollo y progreso económico y técnico.

Las guerras mundiales y la fuerza creciente de la antítesis marxista han situado a la sociedad occidental, regida por aquel progresismo, ante una crisis cuya trágica paradoja se manifiesta en un fenómeno desconcertante: las mismas corrientes y movimientos de rebeldía en que se consuma la esperanza ilusoria en la omnipotencia de la técnica, y que exigen en su nombre «el final de la utopía», estallan contra el sistema opresivo establecido por la hegemonía de lo técnico sobre las estructuras y el ambiente de la sociedad moderna.

La tecnocracia viene a definir en sentido muy esencial el impulso directivo de nuestra vida. Porque el antropocentrismo, ejercido en la primacía de la acción transformada en eficacia técnica, impone la necesidad –según ha puesto en claro el agudo análisis heideggeriano– de que la voluntad de poder se identifique con el instinto calculador que somete la libertad humana y transforma el animal racional en mano de obra o equipo de trabajo al servicio del consumo del ente. Cuando ya el ente ha perdido todo otro sentido que no sea el de estar destinado a ser desgastado por la planificada voluntad de dominio.

Del obedecer para dominar, y como cogido de nuestras propias redes, hemos caído en servidumbre respecto al mecanismo de nuestras propias planificaciones y proyectos.

Para la propaganda de la política o de la guerra total, o para la que asume la tarea de producir en serie la opinión democrática, la opción política y su expresión está condicionada al asesoramiento del reflexólogo o del psicólogo conductista. El acierto en el ritmo de un slogan o en la sugerencia que en el mecanismo de asociación de imágenes puede tener un gesto o una frase lanzada a través de los grandes medios de comunicación de masas pueden representar millones de votos para la designación de los más influyentes poderes en el mundo de hoy.

La acción humana tecnificada, desarraigada de toda orientación a lo eterno por el impulso de autorrealización del hombre como lo absoluto y supremo, consume en la vida colectiva la caída de la libertad y mismidad en la dependencia respecto de lo anónimo y lo público.

Resulta coherente que en este «mundo feliz» se disperse y pierda la intimidad personal, por cuanto el presupuesto profundo que sostiene la negación de la apertura de la finitud y subjetividad humana hacia lo eterno y divino implica de raíz el desconocimiento

del libre albedrío como atributo de la esencia del hombre, en que se despliega su acción, desde la perspectiva de la fe cristiana, como espíritu e imagen de Dios.

La paradoja del espíritu liberal

NINGUNA demasía y exageración hay en el reconocer que la humanidad de hoy ha accedido a madurez y plenitud apenas entrevistas en anteriores siglos, y que el progreso, a pesar y a través de sus trágicas crisis, ha llevado a la exigencia de realizar algunas de las posibilidades más profundamente constitutivas de la existencia humana.

Las concepciones de filosofía de la historia que han querido establecer la tesis de la decadencia como el sino fatal de nuestra cultura habrían de olvidar que en el Occidente postrevolucionario ha alcanzado su plenitud una dimensión esencial de lo humano en cuanto tal: la conciencia histórica. Esto equivale a decir: la toma de conciencia de la libertad como formadora de sentidos y estructuras del espíritu objetivo en su devenir temporal.

Bastaría esta maduración de la toma de conciencia histórica para justificar la aplicación a nuestro mundo contemporáneo de una afirmación misteriosa y espléndidamente «humanista» de san Agustín. Después de haber definido la ciudad terrena como originada por el amor del hombre a sí mismo llevado hasta el desprecio de Dios, que le enfrenta a la ciudad celeste, advierte que «no es acertado decir que los bienes que desea la ciudad terrena no son bienes, puesto que ella misma es tanto mayor bien, cuanto mejor sea en el orden de lo humano».

Si, orientados por la sugerencia agustiniana, nos libramos de todo maniqueísmo, podremos comprender que los males de nuestro tiempo no son sino privaciones de orden e integridad, ausencia de orientación hacia Dios. Por lo mismo, y puesto que el mal no es eficaz y operante sino por virtud del bien que corrompe y en el que radica, admitiremos sin escándalo, con el papa Juan XXIII, que el progreso mismo haya sido la fuerza que ha transformado el olvido de Dios de hecho individual en fenómeno universalmente difundido en la conciencia social. Todavía Balmes pensaba que, mientras el individuo puede ser ateo, la familia y la sociedad no lo serán jamás. Pero el desarrollo técnico y económico, que opera universal e inmediatamente sobre la sensibilidad del hombre, ha sido el factor eficaz en la «diversión» respecto del eterno y final destino en Dios.

Precisamente el llamamiento de la ciudad celeste a este mundo muestra en esto su congruencia: los bienes que busca la ciudad terrena se invierten y desintegran por la privación de su orden a Dios. El cerrarse de la finitud sobre sí misma no sólo impide que se consume la indigencia de apertura a lo absoluto e infinito, sino que corrompe y deshace los elementos más nucleares del bien en el orden de las cosas humanas.

La autodivinización de lo humano, que ha enfrentado al hombre moderno a la trascendencia y personalidad de Dios, ha tenido su impulso nuclear en la voluntad de autoafirmación como sujeto libre y creador. Pero el enfrentamiento a la trascendencia se ha consumado en la negación teórica y práctica de aquella libertad.

De los dirigentes más exaltados del liberalismo español comentó con extrañeza Menéndez Pelayo que su ardiente amor a la libertad contrastaba con un pensamiento filosófico crasamente materialista. No hay fundamento para la extrañeza del insigne polígrafo, que podría compararse con la que se sintiera ante el hecho de que «todos los niños de Francia» sepan hablar francés. Los grandes dirigentes, los representantes más geniales del espíritu liberal, han profesado siempre filosofías incompatibles con la afirmación, espiritualista y teocéntrica, «agustiniana», del libre albedrío.

La corriente central de la Ilustración del siglo XVIII, la que nutrió la fuerza de las revoluciones que dieron nacimiento al contemporáneo Occidente liberal, se explica sólo desde la poderosa influencia de la filosofía íntegramente naturalista de Spinoza.

Su monismo subyace como fundamento oculto, pese a las transformaciones «espiritualizantes» y dialécticas, en los grandes sistemas del idealismo alemán, o en la visión del mundo de Goethe. Es su implicación en la filosofía hegeliana la que posibilita la «puesta sobre los pies» marxista de la dialéctica, en la que de nuevo el entendimiento formador de ideas aparece como natura naturata, o según la nueva terminología, como determinado por la realidad de las fuerzas materiales.

La divinización de la materia sigue presidiendo todos los paralelismos psicofísicos, y también las antropologías implicadas en las más difundidas escuelas de psicoanálisis. Si oímos hablar de «mentalidad liberal», no debemos nunca olvidar la hegemónica fuerza de las doctrinas «conductistas», para las que el concepto tradicional del libre albedrío se explica cómo una laguna en el conocimiento científico de las conexiones necesarias entre estímulos y respuestas.

Esta trágica paradoja del espíritu liberal puede ser comprendida únicamente si no se quiere ignorar la intención que orientó sus primeras y más influyentes formulaciones. Esta intención se hace patente si contrastamos hoy los fundamentos de la enseñanza de Juan XXIII en la *Pacem in terris* sobre el derecho al libre ejercicio de la religión, con la doctrina spinoziana expuesta en el *Tractatus theologico politicus*, la más profunda y originaria fuente del pensamiento liberal de la Ilustración.

Para el magisterio pontificio se trata del derecho a ejercitar el deber de religión según la propia conciencia, que, en virtud de su constitutiva religación a Dios, es libre frente a las potestades humanas. Para Spinoza: «los que poseen el imperio supremo son los intérpretes no sólo del derecho civil sino también del sagrado; y sólo ellos tienen el derecho de discernir qué sea

lo justo, y qué lo injusto, qué lo piadoso y qué lo impío; de aquí se concluye que podrán conservar este derecho del mejor modo y el Estado en seguridad, sólo si conceden que cada uno sienta lo que quiera y diga lo que siente».

Con acierto magistral advirtió León XIII en la *Libertas* que, las libertades de conciencia, culto y pensamiento propugnadas por el liberalismo eran la puesta en práctica en lo social y político de la emancipación naturalista del hombre respecto a Dios.

Pero esta liberación frente a la trascendencia, que lo es también respecto a la conciencia de culpa y de responsabilidad, tenía su fundamento doctrinal en una filosofía que niega la subsistencia personal del individuo humano.

Para liberarse de la religación y del orden a una trascendencia infinita y eterna hubo que realizar en el plano del pensamiento el suicidio del hombre como sujeto libre, como espíritu creado a imagen y semejanza de Dios.

Autenticismo y despersonalización

CUALQUIERA ve que la mente no es corpórea, y que es substancia», escribió san Agustín. La metafísica del espíritu hipostático y personal, imagen del Dios viviente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, legada al pensamiento cristiano medieval, y todavía transmitida al Occidente postrenacentista por el cartesianismo, seguiría siendo la única base que podría dar coherencia a la aspiración humanística de la modernidad: dignidad y derechos naturales de la persona, igualdad de todos los hombres, y exigencia de aquél respecto al hombre como fin y no como medio de que habló Kant.

Pero las orientaciones del pensamiento que han pesado sobre el dinamismo cultural y político europeo y han regido los ideales sociales y el sentido de la educación y de la vida conmueven de raíz aquel concepto del hombre como ser personal y libre.

Por los diversos tipos de materialismo, desde Hobbes a Marx pasando por la *Enciclopedia*, y por las gnoseologías empiristas que inspiraron el liberalismo inglés; por el monismo naturalista y posteriormente por el criticismo y el idealismo alemán, desde muy diversos supuestos doctrinales, se ha persistido en negar la unidad entitativa del hombre como sujeto personal.

Los malentendidos, fundados en la necesidad de «descosificar» la persona o de liberarse de este término y concepto al pensar en el ser del hombre, se radicalizaron en las corrientes antropológicas más influyentes en nuestro siglo. Y así nos hemos encontrado con que al tiempo que la existencia auténtica se situaba como tema de primer plano se hundían las bases para una posible caracterización de la unidad y mismidad del hombre.

No alcanza a escamotear este obscurecimiento de la conciencia personal el convencionalismo de nues-

tro lenguaje literario y político proyectado sobre una eticidad de horizonte culturalista y sociológico; lenguaje cargado de la exigente indignación moral que es la dimensión más característica tal vez de la mentalidad revolucionaria moderna.

Porque la hipócrita escisión entre la razón práctica y el saber teórico sobre el fundamento último de la realidad ha llevado al hombre moderno a emprender el intento de liberarse del sentido del mérito y del demérito ante Dios, del pecado personal y de la necesidad de la gracia y de la Redención —a través de «nuevas astrologías» deterministas— a la vez que proyectaba su orgullosa actitud moralizante contra instituciones y clases sociales, tradiciones del pasado, estilos y criterios establecidos, estructuras superadas, naciones, culturas o partidos políticos.

Pero, así como la «engañifa del monismo» de que habló Unamuno es un sucedáneo inadecuado para el hambre de inmortalidad personal arraigadas en el corazón del hombre, así la eticidad que tiene como presupuesto un determinismo dialéctico o positivista es incapaz de fructificar en la serenidad interior, la sencillez y el confiado gozo, que podrían hallarse sólo en a humildad cristiana y en la aceptación de la gracia redentora.

Aquel suicidio ontológico del hombre deja sin sentido la vida personal. De aquí el dramatismo y la tensión, la pseudoprofética energía que alienta las tareas educativas, los reformismos y progresismos sociales que intentan suplantar las esperanzas proporcionadas a la vocación divina y eterna del hombre por redenciones inmanentes «según los elementos del mundo» y por el esfuerzo de hallar una satisfacción absoluta en los proyectos del futuro, en el propio advenir temporal e histórico.

Escatologías y esperanzas terrenas

FEDERICO Engels, en un estremecedor pasaje de su *Dialéctica de la naturaleza*, con lenguaje que revela el entronque heraclítico del materialismo dialéctico marxista, nos habla de los ciclos en que se despliega en eterno retorno el movimiento de las fuerzas materiales.

Ante ellos la historia humana y geológica no es sino un breve instante. Nada permanece, más que la materia eterna y las leyes en su incesante devenir, que imponen férreamente la necesidad de la destrucción también de lo que representa el supremo florecer de la materia: la conciencia y el espíritu. Pero esta misma férrea necesidad, nos dice Engels alentándonos a la esperanza, nos asegura su resurgir en otros planetas, en otros sistemas y constelaciones en el seno del universo infinito y eterno.

Y el propio Carlos Marx, nada menos que en el prefacio de *El Capital*, nos advierte que sus apasionadas diatribas contra los burgueses y capitalistas, indispensables para la crítica de la economía política y

la acción revolucionaria, no han de hacernos olvidar que los burgueses no son sino personificaciones de las fuerzas materiales que en su choque cumplen inexorablemente un destino dialécticamente determinado.

El marxismo representa en esto la culminación doctrinal de aquel proceso de absolutización de lo inmanente en que sucumbe todo reconocimiento de la libre personalidad del individuo humano. Y no obstante, también en él se consuma aquella misteriosa dimensión del espíritu moderno que señaló Voegelin al definirlo como secularización y racionalización de las escatologías milenaristas y de las redenciones gnóstico-maniqueas.

El impacto del marxismo sobre la conciencia de nuestros días no podría explicarse sólo desde su dimensión filosófica de hegelianismo de izquierda; es decir, en cuanto prolonga, en una nueva fase de la filosofía del devenir universal, una concepción monista del mundo. Muchas veces se ha notado la inconfundible herencia profética y mesiánica que alienta, bajo las apariencias científicas y filosóficas, en el mensaje revolucionario y marxista.

El proletariado es el nuevo pueblo escogido, enfrentado a la burguesía, la nueva gentilidad. La revolución es el juicio de las naciones. La sociedad sin clases, síntesis final en el horizonte histórico, substituye el «milenio» de los ebionitas. Pero hay que recordar que este mismo esquema había regido ya en momentos anteriores, cuando la burguesía representaba frente a la aristocracia el elemento redentor y escogido, el que llevaba en sí la luz y la libertad. Y condiciona de nuevo hoy los movimientos de rebeldía en los que el «conflicto de generaciones» constituye el nuevo advenimiento mesiánico: los «jóvenes» nos redimen del anquilosamiento y putrefacción de los «mayores», los instalados en lo establecido.

Esta escatología inmanente inspira la idolatría de los tiempos nuevos que conmueve tan profundamente desde sus bases la visión cristiana y el contenido dogmático de la fe en la conciencia contemporánea.

Es obvio, no obstante, que el torbellino que arrastra la «cronolatría», cada vez más ampliamente difundida desde el humanismo y la Ilustración, devora sucesivamente sus propios ídolos. La aceleración de la historia, en que se ejercita su triunfo, no hace sino más inestable y desalentador el culto del hombre, en el que hay que quemar cada vez con mayor rapidez lo que poco antes se adoró.

En verdad, el anhelo de ser feliz personalmente, que constituye el dinamismo central, la voluntad constituyente del hombre como sujeto activo, así como no puede descansar en su inmersión en la impersonal unidad desoladora de un universo en el que con la muerte de Dios ha muerto también el hombre como persona, tampoco puede descansar, a pretexto de engañosos altruismos, en la «procesión de fantasmas» de las generaciones que tienden al mundo futuro justo y feliz.

Soledad en la socialización

LA eticidad de las redenciones inmanentes desintegra y «reduce» el sentido auténtico del amor. El dinamismo de comunicación y don de la plenitud de una vida espiritual y personal queda radicalmente imposibilitado; y hay que buscar un sucedáneo en la unidad para la lucha impulsada por la indignación moral en que fructifica el «resentimiento».

Al removerse, teórica y prácticamente, la idea cristiana del hombre, imagen de Dios, llamado a la filiación divina, el término amor ha venido a perder su sentido para invertirse y no ser sino lema de combate.

Vindican con airada tensión igualdades de derechos, y claman indignamente contra discriminaciones por la raza, la nación, la edad, el sexo o la confesión religiosa, quienes no distinguen ontológicamente el hombre de la naturaleza y sólo ven en él un superior nivel de progreso evolutivo que se consuma en la técnica y en la cultura.

Prolongando sugerencias de Max Scheler, podría decirse que el «amor» socialista, más que «horizontal» o antropocéntrico, es un impulso de unión contra las potestades o valores que en alguna línea aparezcan como en un orden más elevado. Por esto el «amor», en este contexto ideológico y social, juega siempre como estímulo y factor de oposición y se enfrenta a aquel acatamiento a lo superior de que habló el Apóstol en la Carta a los Romanos.

Elemento de la lucha por el poder, tal «amor» se impulsa siempre de un modo u otro desde la «providencia del hombre» que es el Estado, y a través de las tensiones antitéticas entre lo «establecido» y lo que «se opone». Quedamos así inmersos en lo público y anónimo, y perdidos en la soledad mientras se acelera el ritmo del proceso socializante. Nos sentimos solos, e incluso decimos querer estarlo: «el infierno son los otros».

Porque la rebeldía, anonadante de lo que es en-sí, que define la libertad para el existencialismo antiteístico, siente la mirada del prójimo como objetivadora supresión de la autenticidad de lo «parásito», del sujeto libre. Al mirarme me cosifican. De aquí que el antiteísmo postulativo tiene su razón más intrínseca para que «no deba ser» Dios, en el hecho de que sería el «inspector» supremo. Si estamos desnudos y patentes ante sus ojos, hasta lo más medular de nuestro espíritu, hemos de rebelarnos ante la más plañaria personificación de la autoridad.

La anarquizante rebeldía expresada en el «prohibido prohibir» de la revolución universitaria sentiría la providencia paterna y regia de Dios como la absolutización de todas las opresiones.

Estamos una vez más en un juego dialéctico en que la antítesis triunfa porque se enfrenta contra una tesis en la que pesa toda la aplastante opresión de un monismo unívocamente pensado. Porque en este caso el honor de Dios queda comprometido por la carga de lo que en la vida política moderna había sido ya edificado precisamente también con sentido antiteocrático.

A las amargas razones del corazón del ateísmo que se arraiga como en sentimiento fundamental en la náusea ante lo existente y culmina en la rebelión ante lo concebido como supremo «en-sí y para-sí», contemplador infinito que nos aplasta con su mirada, podría replicarse con la pregunta sobre el sentido que podría tener la vida de un hombre hipotético que definiésemos como «aquel a quien nadie miró». Si este personaje hallase su autor tendríamos el protagonista de la narración más estremecedora entre las más trágicas expresiones literarias del existencialismo del absurdo.

Y, no obstante, tal vez participan de aquella imaginaria tragedia quienes entre los jóvenes de hoy son vanguardia y fuerza de choque de las fuerzas desintegradoras. Cuando se trata de justificar y explicar el fenómeno de la revolución de la juventud y el conflicto de generaciones se olvidan a veces dos aspectos decisivos del problema. Estamos ante la primera promoción, probablemente, que no siente ya amparada su vida por la mirada paterna de un Dios personal; y a la que ha faltado, más que a ninguna de las anteriores, y especialmente en los más altos sectores sociales de nuestro mundo industrializado y urbano, la vigilante «represión» del amoroso mirar de sus padres.

Los hombres de esta generación, a quienes se ha defraudado por una parte lo que durante siglos no faltó en épocas de menores posibilidades y de menos profunda conciencia histórica, son empujados, por otra parte, a la rebeldía contra la tradición y la autoridad, por las fuerzas que luchan al servicio de la voluntad de poder. Porque el tema de nuestro tiempo es esta crítica implacable contra toda autoridad y superioridad establecidas, es congruente la fructificación de aquella lucha en el uniforme y obligado «no conformismo» en que parece consistir el imperativo incondicionado de nuestro tiempo.

Precisamente por esto, esta juventud víctima del desamor y de la violencia del odio, podría sentirse expresada, en un plano más profundo que el de los tópicos que le reconocen las motivaciones de su rebeldía impuesta y sugerida, en la airada reacción del príncipe Segismundo: «acciones vanas, querer que tenga yo respeto a canas... porque aún no estoy vengado, del modo injusto con que me has criado».

El desengaño del pacifismo. El mensaje de la paz de Cristo

EN un horizonte de universalidad planetaria, el dinamismo social del mundo culturalmente unificado en su absorción por el Occidente cristiano y apóstata, patentiza que el mal no es operante sino por virtud del bien. En el fondo de las tendencias que enfrentan a los hombres de nuestra generación al mensaje sobrenatural de la fe late todavía, deformado y reducido por el inmanentismo y la cerrazón de la finitud, un llamamiento cristiano, sagrado y divinizante.

La máxima fuerza desintegradora del orden cristiano, la que suplanta y se opone al Evangelio, consiste en el atractivo de ideales desviados en sentido antropocéntrico y antiteístico, pero cuya presencia y dinamismo histórico sólo puede explicarse a modo de testimonio ante todas las naciones del mensaje de la esperanza mesiánica.

Justicia y paz. Estos anhelos agitan movimientos de rebeldía implacable, de ciega injusticia, sostienen inquietudes y tensiones que son estímulo de la permanente inestabilidad de una época que fue caracterizada con acierto como la del pacifismo y las guerras mundiales.

En todas las esferas de la sociabilidad humana, desde la doméstica hasta la internacional, y en la intimidad de nuestra vida personal, se revela como el argumento del acontecer diario aquel que fue anunciado, a la entrada de nuestra época histórica, en el extraordinario documento que es la *Ubi arcano* de Pío XI: «La paz que el mundo anhela, la justicia que exige, sólo en el Reino de Cristo puede obtenerla».

Sería engañoso entender esta actualidad y adecuación del ideal del Reino de Cristo para nuestro tiempo, cual si pudiéramos esperar que se le acepte con fácil popularidad; o que sintonice cómodamente con la sensibilidad masificada por la propaganda, vertida hedonísticamente hacia lo inmediato, o torturada por la soberbia y endurecida rebeldía de los justicialismos y pacifismos «mundanos».

Este malentendido llevaría a confundir con la eficacia y fructificación del apostolado cristiano y de la *consecratio mundi* los éxitos equívocos que se apoyan en tácticas de adulación, instrumento de influencias de grupo o de secta, que ponen a su servicio las energías cristianas, a las que deforman por la renuncia al escándalo la Cruz. En este tipo de éxito, con el que triunfan hoy nuevas gnosias pseudocristianas y las teologías «modernistas», el apóstol y el dirigente cristiano sucumben en el fondo a aquellas tentaciones que planteó Satanás en el desierto al ofrecer a Jesús el dominio sobre todos los reinos del mundo.

No afirmamos con seductor naturalismo que la espiritualidad y doctrina del Reino de Cristo por su Corazón se armonice con el sentir de los amadores del mundo de nuestro humanismo secular. Tenemos que reconocer, por el contrario, la estridencia y la tragedia inevitable del choque y de la hostilidad. Pero debemos arraigarnos en la convicción de la oportunidad y armonía del evangelio del Amor misericordioso, que llama al acatamiento de la soberanía de Dios, respecto de las necesidades y aspiraciones de la humanidad frustrada en su desarrollo y progreso, y fracasada en sus esperanzas terrenas, en la medida en que se cierra y vuelve de espaldas a lo único que podría traerle la paz.

La espiritualidad del Corazón de Cristo propone con divina simplicidad y autenticidad el mensaje de salvación. Cuando se plantea el problema de la actual: situación humana y, de la puesta al día de la pastoral y de la vida cristiana, hay que advertir siempre la unilateralidad de las deformadas concepciones

teológicas que escinden ese el misterio con el intento de satisfacer por modo fácil e inmediato exigencias surgidas a partir de tensiones y antítesis.

Lo carismático frente a lo jurídico; lo histórico y social frente a lo eterno y trascendente; el amor y la libertad frente a la ley y al acatamiento de la soberanía divina; amor horizontal y antropocéntrico frente a la caridad teologal, correspondencia al don divino; esperanza «hacia adelante» y orientada hacia el futuro, que hace olvidar lo eterno y las «cosas de arriba»; «sobrenaturalismo» que desdeña la historia de la salvación en su realidad concreta; religiosidad sin sobrenaturalismo ni trascendencia, reducida a un horizonte imanentista; cristianismo arreligioso; «Dios» no espiritual ni personal; teología sin Dios.

El éxito, publicitario y mundano, políticamente afectado, de los autores y obras representativos de aquellas corrientes, no ha de ocultar su inconsistencia y desarraigo en el verdadero sentido de la fe del pueblo de Dios. Son corrientes infecundas y esterilizantes, que, en el ámbito mismo de la doctrina, desintegran y anulan las mismas dimensiones en que pretenden insistir y apoyarse: de una teología sin Dios no puede derivar sino un personalismo sin persona humana, un evangelio social sin consumación y plenitud del reino mesiánico; una filantropía horizontal sin amor.

El culto al Corazón de Cristo es en nuestra situación histórica llamamiento a la verdad y profundidad de la fe y del amor cristianos. Y es un imperativo ineludible el anunciarlo desde la fuerza y pureza de la misma fe. Con frecuencia nuestros esfuerzos de adaptación humanista no han sido sino obstáculo y complicación. Ciertamente todo lo humano está destinado a ser asumido y salvado por el don de la gracia, y a servir a la gracia misma como instrumento de salvación; pero sólo cabe que lo humano sea instaurado y elevado por la fuerza del propio don del Espíritu. En otro caso nuestros medios e instrumentos de «encarnación» son los que nos hacen llegar precisamente tarde «para nuestros tiempos». Es oportuno insistir en el reconocimiento de que las adaptaciones barrocas o románticas se han contado entre las dificultades de ambiente al evangelizar las riquezas del Corazón de Cristo a los hombres de nuestro siglo.

En el horizonte y perspectiva de la fe, la doctrina y espiritualidad centradas en el símbolo del Corazón de Jesucristo concretan para el hombre de hoy la síntesis que muestra el íntegro misterio de la economía redentora y la visión cristiana del universo y de la historia en unidad no escindida, superación radical de escisiones y tensiones antitéticas.

El Corazón de Cristo nos propone: la religión, como acatamiento y honor debidos a la excelencia y soberanía de Dios, fundida con el amor, unión y entrega; la dimensión teocéntrica o vertical de la vida cristiana y la efusión del amor a los hombres «como Cristo nos amó»; sin antinomia entre encarnación y escatologismo, la esperanza del Reino del Sagrado Corazón, orientando unitariamente la concepción de la

historia, en marcha hacia la instauración de todas las cosas en Cristo.

Culto al Amor

CUANDO el hombre estará perfectamente sometido a Dios», dice el Doctor Angélico refiriéndose a la eterna bienaventuranza en la patria celeste. «El servir a Dios... es fin», escribe san Ignacio en los Ejercicios Espirituales: «el hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor».

Este lenguaje de los grandes doctores de la espiritualidad cristiana no es sobrevivencia de una supuesta ley antigua a la que se entiende a veces antitéticamente enfrentada la nueva alianza del amor y de la filiación divina.

El Evangelio del Reino, que anuncia la final sumisión de todas las cosas a Dios Padre, no cancela la religión: el deber de justicia, fundado en la dependencia del hombre como criatura respecto de su Creador y Señor.

Pero la religión no es virtud teologal; no tiene a Dios como objeto sino sólo como término de la relación debida por parte hombre. Obediencia a la ley, culto a la majestad divina, son relaciones de respecto que miran a Dios en su excelencia infinita y en su dominio omnipotente. Por esto la religión no deifica al hombre. El respeto y la justicia no superan la alteridad, y mantienen la distancia infinita entre Dios y su criatura.

La economía de la gracia llama a la felicidad, consumación última de nuestra perfección personal, en la comunicación de la vida misma de Dios. De aquí que podamos preguntarnos en qué sentido pueda todavía el lenguaje teológico mencionar el servicio y la reverencia, la perfecta sumisión y el culto que proclama el honor de Dios, como dimensiones que se integran en el fin último del hombre.

Planteada por autores insignes, consideramos ahora esta cuestión desde nuestra concreta perspectiva y ambiente. El nexos íntimo entre religión y caridad teologal, y la posible antinomia en que podamos caer al ser incapaces de pensarlas en síntesis, nos sugiere tentaciones de rebeldía frente a la «divinidad celosa», o de exigencia de que se abdique la soberanía y omnipotencia para que no repudiemos como insoportable la ofrenda del Amor. Para el nuevo cristianismo arreligioso «Dios es Amor» significa que se da por superado el concepto de Dios omnipotente y paterno.

Pero lo que la enseñanza de la fe católica nos presenta, y precisamente lo que se concreta y simboliza en el Corazón de Cristo, es el auténtico Evangelio del Reino de Dios que es Amor. El culto y la adoración, el conocimiento de alabanza en el que consiste la divina gloria es fin para nosotros, es decir, nuestro bien y perfección.

Dios crea el mundo para su gloria, lo que significa: no para utilidad y beneficio suyos, sino por efusión liberal y comunicativa del bien infinito. La glo-

ria de Dios es la manifestación de su bondad que constituye el fin que estamos ordenados a poseer, y en orden al cual somos llamados a asemejarnos y participar a Dios mismo.

Para el ser personal finito, creado a la imagen y semejanza de Dios, y destinado a participar de su misma vida, la sujeción de culto y obediencia se exige como dimensión constitutiva para consumir su apertura a la vida divina a la que le llama la economía sobrenatural.

Pero el culto y la obediencia que integran la religión no consumirían, en cuanto orden debido de la criatura al Creador, de siervo al Señor, la plenitud a que nos destina la dispensación del don divino. Es en la fe y la esperanza teologales en que se ejercita el dinamismo intelectual y voluntario del corazón al que ha sido enviado el Espíritu de Dios hacia Dios mismo al que abraza desde ahora ya la caridad, amor de correspondencia al Amor que nos invita a la vida eterna, contemplación cara a cara de Dios que es Amor.

El acatamiento y sumisión humilde, el culto a la gloria divina, no se dirigen a un Dios celoso. Son la simplicidad y autenticidad de nuestra apertura a la convivencia con Dios infinitamente bueno. La religión es exigida también por razón de correspondencia al amor. El pecado y la desobediencia a la ley son repudio y cerrazón hacia quien nos ama.

«Si me amáis guardad mis mandamientos», y la caridad es debida a quien nos amó primero y nos dio su Hijo, propiciación por nuestros pecados. El desamor es la máxima injusticia. El amor a Dios, y a nuestros hermanos desde el amor de Dios, que nos amó primero y nos exige que les amemos como Él nos ha amado, es el primer precepto de la ley.

La caridad exige la religión. Y la religión exige la caridad. A esta subjetiva e íntima vinculación de las dimensiones de justicia y amor en nuestra vida personal, corresponde la eterna y trascendente unidad del amor y la misericordia y el señorío y la justicia. El objeto del culto es lo excelente y poderoso, pero Dios es, por decirlo así, máximamente adorable y digno de ser obedecido, porque es Amor.

Lo más honorable y excelente, lo más poderoso y respetable es el amor. En el culto al Corazón de Cristo, en el que habita corporalmente la plenitud de Dios, se alaba a Dios porque es bueno y su misericordia es eterna. Y se nos llama a reparación por el pecado, al invitarnos a corresponder a su amor, a reparar la injusticia del desamor hacia quien es justo y misericordioso.

Misericordioso, porque es justo y conoce nuestra pequeñez, Dios nos envió a su Hijo, nacido de mujer, hecho en todo semejante a nosotros, para sensibilizar en su Corazón su eterno amor misericordioso. El clamor y gemido del Corazón que tanto ha amado a los hombres nos libera del riesgo de rebelarnos contra un imaginario Dios frío e indiferente «que no necesita de nosotros». La efusión del amor divino para llevarnos su gozo eterno, ha querido excitarnos a compasión hacia el Hijo del Hombre, vulnerado por nuestro desamor.

Consagración y reparación, el doble elemento del culto al Corazón de Cristo conforme a la enseñanza del magisterio de la Iglesia, sintetizan amor y religión en unidad inseparable. La entrega al Amor es acatamiento a la soberanía de Dios; la reparación a la justicia es voluntad de «consolar» el Amor no correspondido:

«Como Yo os he amado»

SÍNTESIS de obediencia y de comunión de vida en el amor, el mensaje del Corazón de Cristo revela también con unidad y sencillez lo que nuestras tentaciones mundanas contraponen y escinden. El amor a Dios y el amor a nuestros hermanos.

En la tensa polémica que divide los ánimos y confunde la fe de los cristianos de hoy insisten algunos exclusivamente en una «horizontalidad». La entrega del cristiano, «hombre para los demás», al servicio fraterno de su prójimo es lo «único necesario», e invalida como hipocresía y fariseísmo la religiosidad y el amor a Dios.

«¿Quién no ama al prójimo a quien ve, cómo podrá amar a Dios a quien no ve?» –insisten en recordar.

Al enfrentarse a este nuevo cristianismo antropocéntrico y arreligioso, para vindicar la trascendencia y personalidad de Dios, y la verticalidad religiosa de la auténtica caridad cristiana, se insiste de otra parte en recordar polémicamente que el amor cristiano a nuestro prójimo sólo tiene fuerza y sentido «por amor de Dios».

A quienes vindican el amor horizontal e inmanente tales palabras suenan a su vez cual desprecio y falta de solidaridad hacia los hombres como tales. Les parece que el cristiano no sentiría así todo lo humano como suyo, y sería éticamente inferior a los gentiles que se sabían hombres y nada humano pensaban como ajeno. La religiosidad y teocentrismo serían olvido de la palabra profética que nos exhorta a «no despreciar jamás al que es nuestra carne».

Y en verdad que en la urgente defensa y proclamación del primer precepto de amar a Dios con toda nuestra mente, con todo nuestro corazón, y con todas nuestras fuerzas, podría caerse en una visión sutilmente deformada que ofrecería blanco a las acusaciones formuladas por el cristianismo humanista y arreligioso frente a la ortodoxia tradicional. Porque podríamos caer, paradójicamente, a pretexto de radical teocentrismo en el orgullo secreto de una «religiosidad» egocéntrica.

No podemos partir de nuestro yo y ascender «cartesianamente» a Dios para considerar después «sólo por Dios» a nuestro prójimo como digno de ser amado como nosotros mismos. Lo que en definitiva importa es tener presente que no somos nosotros los que hemos amado a Dios, sino que en esto consiste el amor: en que Él nos amó primero a nosotros, siendo miserables y enemigos, hasta darnos a su Hijo para redención de nuestros pecados. La auténtica «vertica-

lidad» no es farisaica ni ascendente, sino humilde aceptación del don que desciende misericordiosamente desde el amor eterno con que Dios nos ha amado.

«Desde Dios» que es amor, podemos amar al prójimo «como Él nos ha amado». Esto es amar al prójimo por Dios. No podemos «tener» la caridad teológica desde nosotros y centrada en nosotros. Somos llamados a «permanecer en el amor» que nace de Dios. No hay amor cristiano sin la fe. Por esa fe creemos en el Amor que Dios nos ha mostrado en su Hijo: y si alguno no ama, no conoce a Dios, porque Dios es Amor.

La palabra del evangelista del amor nos ilumina y nos hace comprender que es en verdad impotente y engañoso el amor a los hombres que pretendiese brotar sólo del hombre mismo. Sólo la aceptación del don puede hacernos ser «para los demás», en entrega cual la de Aquel que no nos ha amado por egoísmo o indignancia, sino desde la efusión infinitamente generosa por la que Dios Padre revela en el Corazón de su Hijo los tesoros infinitos de su amor.

El Reino del Corazón de Cristo

LA contemporánea apostasía de la fe cristiana, en un mundo heredero de los valores espirituales y culturales de la Cristiandad, se ha producido por la hegemónica influencia de una praxis social y política que ha suplantado las vivencias cristianas por la fuerza de un mesianismo redentor de horizonte histórico y terreno.

Ninguna de las herejías dogmáticas ni de los errores especulativos habrían podido borrar tan eficazmente de la conciencia social de Occidente la fe en el Evangelio de nuestra filiación divina y el anhelo de la vida eterna en el gozo del Señor.

Por esto mismo cualquier proposición fragmentaria, o desarraigada del misterio de salvación, de una «doctrina social católica» o de un «cristianismo social» resulta insuficiente y tardía frente al ateísmo que lleva en sí el vigor de su mesianismo antiteíístico.

Se tiene en muchos casos la impresión de hallarse ante un intento defensivo y una apologética concesión, en la que el mérito y la fuerza de la iniciativa y del anhelo de justicia parecen estar de parte exclusivamente del llamamiento revolucionario anticristiano.

La máxima urgencia para la teología de nuestro tiempo radica, nos parece, en la tarea de fundamentar una interpretación teológica del sentido de la historia. Debemos convencernos en primer lugar que la fuerza desintegradora de los errores sociales de la modernidad anticristiana consiste en aquel su carácter de reducción secularizada, gnóstico-ebionita, de la esperanza mesiánica enunciada por los dos Testamentos.

Ante una humanidad universalmente impulsada por el anhelo de conseguir en la inmanencia y en la historia la plena racionalidad de lo real y el sentido abso-

luto de la vida, se anunciaría estéril y fragmentariamente el mensaje del Corazón de Cristo, síntesis del evangelio del Reino, si se olvidase su constitutiva inserción en el dinamismo de anhelo y esperanza hacia el reinado del amor de Cristo sobre la universal sociedad humana.

El *sensus fidei* del pueblo cristiano, sintonizado con la liturgia, la enseñanza del Magisterio, y la doctrina de los grandes apóstoles del Corazón de Cristo, en la línea que se expresó característicamente en la tarea no superada del padre Enrique Ramière, ofrecen las más preciosas posibilidades de anuncio al mundo de hoy del evangelio del Reino de Cristo.

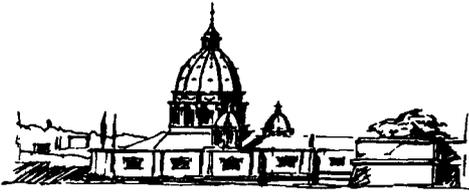
Esta perspectiva exige el más decidido retorno a las fuentes. Hay que anunciar con el lenguaje de la Escritura y de los grandes doctores de la Encarnación, y según la letra y el espíritu de los antiguos concilios, a Jesucristo, el Verbo de Dios encarnado, el Hijo de David, el Rey de Israel, el Hijo de Dios que no asumió naturaleza angélica, sino el linaje de Abraham.

El Corazón que nos patentiza a Dios que es Amor, y cuyo clamor divino y humano, espiritual y sensible, expresa en universalidad concreta el argumento de la historia entera de la humanidad, es el del Hijo del Hombre, en quien Dios Padre ha querido consumir lo prometido a los Patriarcas y Profetas del pueblo que eligió para que en él fuesen bendecidas todas las naciones.

Los que hemos sido admitidos por la gracia de Cristo a la filiación de Abraham y a la dignidad israelítica somos llamados a no ignorar el misterio de la «salvación por los judíos». Es decir, precisamente por la promesa con la que Dios con gratuita misericordia, con independencia de toda obra y mérito humano, con anterioridad a toda justicia por la ley, y con soberana liberalidad frente a la grandeza y sabiduría de los hombres quiso formarse un pueblo según sus designios.

El Israel de Dios de la nueva alianza es también el pueblo de los pobres de Dios, para los que es bueno Yahwe. La satánica deformación ebionita que nutre la más tremenda tentación contemporánea, no podrá, con toda la fuerza de su engaño, substituir el anhelo de los que confían en el Dios de Israel. De los que «compadecen» el gemido de Aquel cuya tragedia que traspasa los siglos, y por la que es contemporánea de todas las generaciones y protagonista de la historia universal, contiene en sí todos los dolores de la humillación y del sufrimiento, de la opresión y de la injusticia.

El apostolado del Corazón de Cristo Rey, simplemente ejercido en su verdad, no deformado ni minimizado por nuestra incompreensión de los designios del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, podría tener en sí el signo de «preparación de los caminos del Señor», rectificación de las sendas, por las que se colme todo valle y todo monte y collado se abaje. Porque, ejercido en aquella verdad y autenticidad, tendría más que nunca el sello y el signo del advenimiento del Reino de Dios: «la evangelización de los pobres».



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Atentado contra la radio católica del Patriarcado maronita del Líbano

SEGÚN informaba la agencia Zenit, el pasado 9 de mayo, una explosión destruyó la sede de la radio católica del Patriarcado de los maronitas («La Voz de la Caridad»), única radio cristiana del Líbano, y la antigua iglesia de San Juan apóstol, devastada casi por completo (incluido su histórico altar y el cuadro del Apóstol, obras de valor artístico nacional), en la ciudad de Jounieh —de mayoría cristiana, situada a 20 kilómetros al norte de Beirut (Líbano)— provocando dos muertos y una treintena de heridos.

El obispo de Jbeil de los Maronitas, monseñor Béchara Raï, afirmó en «Radio Vaticana» que la sede había sido «golpeada directa e intencionadamente porque “La Voz de la Caridad” fue solidaria con los familiares de los detenidos en las cárceles sirias en Damasco». Los «familiares han denunciado las atrocidades de las prisiones damascenas» y «lo que han visto»; «pienso que los que han sido perjudicados en Siria o en Líbano y sus aliados han organizado este atentado para destruir esta voz no sólo de la caridad, sino también de la verdad y del hombre».

Para el director general de «La Voz de la Caridad» —el padre Fadi Tabet, misionero maronita—, «este crimen es una ofensa a Dios, al hombre y a la sociedad libanesa. Una pura manifestación de odio».

Primeras beatificaciones de Benedicto XVI

A mediados del mes de mayo tuvo lugar en el Vaticano la ceremonia de beatificación de dos misioneras, Marianne Cope y Ascensión del Corazón de Jesús, primeros nombres inscritos en el catálogo de los beatos por Benedicto XVI que, retomando la tradición de los papas interrumpida en 1971 por Pablo VI al beatificar al sacerdote polaco Maximiliano Kolbe, decidió no presidir personalmente la ceremonia.

España, con esta primera beatificación, ha tenido de nuevo el privilegio de ver a una de sus hijas elevada a los altares y precisamente con el carisma que tanto ha caracterizado el alma de nuestro pueblo: las misiones. Ascensión del Corazón de Jesús (1868-1940), cofundadora de las Hermanas Dominicas del Santísimo Rosario, instituidas para la evangelización

de las tribus amazónicas, fue caracterizada por el cardenal Saraiva Martins en la homilía de la celebración, como «una de las grandes misioneras del siglo pasado». Nacida en Tafalla, Florentina Nicol Goñi, ingresó en las religiosas dominicas de la Tercera Orden de Huesca con el nombre de Ascensión del Corazón de Jesús, donde fue profesora y directora del colegio anexo al monasterio. A los 45 años, viajó como misionera a Perú, donde ayudó al obispo dominico monseñor Ramón Zubieta en la fundación de las Hermanas Dominicas del Santísimo Rosario, de las que fue la primera superiora general. El 24 de febrero de 1940 falleció en Pamplona. En palabras del cardenal Martins, la madre Ascensión «tuvo el temple de luchadora intrépida e infatigable, así como una ternura materna capaz de conquistar los corazones».

Junto a ella fue beatificada también Marianne Cope, «una maravillosa obra de la gracia divina», «sucesora» del apóstol de los leprosos en Molokai, el beato padre Damián De Veuster. Nacida en Alemania (Heppenheim) en 1838 emigró a los tres años a Nueva York (Estados Unidos) donde ingresó en las Hermanas de la Tercera Orden de San Francisco de Siracusa desempeñando diversos cargos de responsabilidad para trasladarse posteriormente a la isla de Molokai (Hawai) en la que dio testimonio de la caridad de Cristo entre los enfermos de lepra durante muchos años. «La beata Marianne —explicó el cardenal Martins— amó a los leprosos más que a sí misma. Les sirvió, les educó y les guió con sabiduría, amor y fuerza. Vio en ellos el rostro sufriente de Jesús». Murió el 9 de agosto de 1918.

¿Hacia una posible despenalización de la eutanasia?

FORUM Libertas se hacía eco recientemente de la publicación por los obispos de las diócesis con sede en Cataluña de una nota en la que, como es habitual, informaban sobre los principales temas tratados en su última reunión, celebrada el 10 y el 11 de mayo en el santuario de Nuestra Señora de Loreto, en Tarragona. En dicho comunicado, los preladados incluyen unas aclaraciones sobre el contenido del reciente documento *Hacia una posible despenalización de la eutanasia*, elaborado por el Instituto Borja de Bioética, centro vinculado a la Iglesia a través de la Universidad Ramon Llull y los je-

suitas. La declaración justificaba la despenalización de la eutanasia en determinadas condiciones. Los prelados, tras reflexionar sobre la cuestión, aseguran que «siempre hay que respetar y defender la dignidad inviolable de la vida humana», y recuerdan que «no puede admitirse ninguna acción sobre un enfermo que le procure directamente la muerte, ni cuando lo pidiese el propio enfermo o sus familiares». En esta línea, lamentan «que el contenido del documento abra una puerta a la despenalización de la eutanasia». Los obispos catalanes reconocen que el escrito del Instituto Borja, que dirige el jesuita Francesc Abel, «quiere responder a un problema grave que afecta hoy a la sociedad y que reclama un discernimiento moral entre los medios ordinarios y extraordinarios de enfermos terminales», pero a continuación añaden que «la vida es sagrada y siempre tiene que observarse el principio de no matarás».

La Iglesia en Uzbekistán y Azerbaiyán

Los cuatro mil católicos que viven en Uzbekistán (país de gran mayoría musulmana), cuya Iglesia renace tras la larga persecución comunista, han recibido en estos días de Roma un nuevo obispo, monseñor Jerzy Maculewicz, OFM, antiguo asistente general de la Orden de los Frailes Menores Conventuales (franciscanos) para Europa del Este.

El 22 de marzo de 2005, Juan Pablo II hizo de la misión («sui iuris») de Uzbekistán una administración apostólica encomendada a los franciscanos y que son apoyados por las Misioneras de la Caridad de la Madre Teresa de Calcuta, única congregación que trabaja en ese área. El símbolo del renacimiento católico es la iglesia del Sagrado Corazón en Tashkent, la capital de la antigua república soviética, comenzada a construir en 1912 pero que el régimen ateo soviético expropió tras la revolución de octubre de 1917 y fue utilizada para otros usos hasta ser finalmente abandonada. En 1991 fue restituida a la Iglesia católica, dando comienzo a las complicadas obras de restauración que concluyeron con motivo del Gran Jubileo del año 2000. En 1992, la Santa Sede estableció relaciones diplomáticas con Uzbekistán, gracias en parte a la actividad del cardenal Francesco Colasuonno, representante entonces de la Santa Sede ante la Federación Rusa.

Por otro lado y en el contexto de la reciente solemnidad de Pentecostés, fieles de la ex república soviética de Azerbaiyán —donde fue barrido el catolicismo con las persecuciones de Stalin y donde ahora domina la religión musulmana— han podido recibir finalmente en su ancianidad el sacramento de la Confirmación de manos del nuncio apostólico del

Cáucaso tras mantener viva su fe durante setenta años sin la asistencia de ningún pastor.

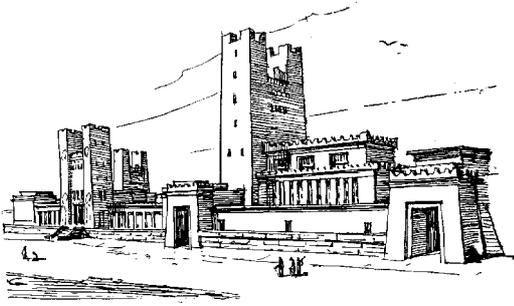
A principios del siglo xx en la capital azerí había una floreciente comunidad católica formada por inmigrantes polacos, alemanes, rusos, que habían construido una bellísima iglesia neogótica dedicada a la Inmaculada Concepción. En los años treinta, Stalin hizo asesinar al único sacerdote y demoler la iglesia. Desde entonces los católicos pasaron a la clandestinidad. Y ello significó para los azeríes renunciar a utilizar el propio nombre de bautismo o no poder ser bautizados o confirmados. Para algunos sacramentos fue precisa la disponibilidad de la Iglesia ortodoxa hacia la cual Juan Pablo II demostró profundo agradecimiento en su visita a Azerbaiyán. Y no fue hasta 1997 cuando llegó un joven sacerdote polaco, uno de los muchos pioneros en el Oriente post-comunista, que junto a cuatro salesianos eslovacos han ayudado a los católicos azeríes a reconstruir poco a poco su comunidad y poder recibir al final de sus vidas el don del Espíritu Santo en la Confirmación.

«Cuando en las pasadas semanas me he acercado a Bakú para las confirmaciones me he quedado asombrado al constatar que la mayor parte de los confirmandos eran personas ancianas», reconocía el arzobispo Claudio Gugerotti en las páginas de *Avvenire*. «Ha sido una emoción indescriptible ver a estas ancianas con el velo tradicional en la cabeza y a estos ancianos cubiertos de arrugas avanzar y volver a pronunciar su nombre de bautismo —Teresa, Anselmo, Francisco— tras décadas utilizando otros de raíz azerí, y así pedir la Confirmación». Este año el prelado ha administrado el Bautismo y la Confirmación a 22 azeríes, de ellos 15 ancianos. «Se leía en sus rostros las palabras del anciano Simeón: “Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo vaya en paz”» (Lc 2,29).

Sucesores del cardenal Ratzinger

EL papa Benedicto XVI ha aprobado la elección del nuevo decano del Colegio cardenalicio en la persona del cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado, titular de la iglesia suburbicaria de Albano, así como el nombramiento del cardenal Roger Etchegaray, titular de la iglesia suburbicaria de Porto-Santa Rufina, presidente emérito de los pontificios consejos «Justicia y Paz» y «Cor Unum» como vicedecano del mismo Colegio.

Así mismo, el Santo Padre ha nombrado al nuevo prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. El cargo ha recaído en monseñor William Joseph Levada, hasta ahora arzobispo de San Francisco, en Estados Unidos.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT Y
SANTIAGO ALSINA

China-Japón, la enemistad persiste

LA tensión se ha desbordado: las calles de las principales ciudades chinas se llenaron de manifestantes antijaponeses que se dirigían hacia la embajada, consulado, oficinas comerciales o negocios nipones. La causa: la aparición de textos escolares en Japón en los que se da una visión positiva de la ocupación japonesa de parte de China a lo largo de la primera mitad del siglo xx. Lo cierto es que el asunto no es banal: alrededor de 25 millones de chinos perecieron durante lo que muchos japoneses denominan el «incidente de China». La famosa masacre de Nankín de 1937, en la que las fuerzas japonesas quemaron barrios enteros y cuya ferocidad se puede adivinar por el hecho de que fueron tantos los fusilados arrojados al río Yangtsé que sus riberas quedaron obstruidas por sus cadáveres hinchados (se calcula hasta trescientos mil muertos), se presenta en los nuevos libros escolares como «dudosa» o «motivo de debate». Hasta aquí uno puede entender la indignación, pero por desgracia en China nada es espontáneo; ¿qué busca pues el gobierno chino con estas protestas?

Porque, si bien es cierto que los japoneses cometieron crímenes abominables en el pasado, no lo es menos que los chinos no les han ido a la zaga en su ocupación de, por ejemplo, el Tíbet. Por no hablar de la represión a la que han sometido a los propios chinos refractarios al poder comunista. Pero en la China del siglo xxi prima ante todo el nacionalismo. Un nacionalismo chino que supera barreras ideológicas y explica la reciente reconciliación entre comunistas y nacionalistas del Kuomintang, enfrentados desde la década de los 30 del siglo pasado. Pero ese nacionalismo, cada vez más extendido y exacerbado, tiende al desbordamiento, fenómeno que, debidamente encauzado, aprovecha a las mil maravillas el gobierno chino. ¿Para qué? Para fortalecer la unidad del pueblo chino frente a un enemigo exterior y polarizar la atención hacia un punto alejado de los problemas reales a los que se enfrenta una sociedad con desequilibrios crecientes. Ya Mao utilizó la misma estratagema cuando, después del fracaso de su campaña del «Gran salto adelante», que sumió al país en una hambruna sin precedentes, de-

claró en 1962 la guerra a la India y rompió relaciones con la Unión Soviética. No es casualidad que entre el fragor de las protestas hayamos conocido una nueva intensificación de la persecución a la que el gobierno chino somete a la Iglesia católica con la detención de sacerdotes que habían acudido a realizar ejercicios espirituales. Señal de que el Evangelio va calando entre el pueblo chino.

¿Buenos tiempos para el chiísmo?

IRÁN, el centro del chiísmo mundial, a punto de poseer armamento nuclear y fortaleciendo su alianza con China. En el vecino Iraq, la mayoría chiíta que ve traducida en poder político, por primera vez en la historia, su hegemonía demográfica. Y Yemen sacudido por la secta chiíta de los Jóvenes Creyentes, quienes después de duros enfrentamientos están a punto de forzar la negociación con el gobierno. La rama más revolucionaria del islam, la que tiene más puntos de semejanza con el ebionismo judío, no cesa de aumentar su poder e influencia en Oriente Medio. Situación, por otra parte, que no es de extrañar si analizamos los últimos cambios políticos en la zona y que hace ya tiempo que veníamos anunciando. Los retos que se plantearán en el futuro para frenar este auge no serán nimios; mientras, el endurecimiento de las condiciones de vida de los cristianos árabes es probable que se intensifique.

Yalta fue un nuevo Múnich según Bush

UN nuevo tabú que se rompe, esta vez de la mano del presidente norteamericano George W. Bush. La ocasión fue la celebración del 60 aniversario del fin de la segunda guerra mundial y, más en concreto, el discurso del presidente Bush en Riga el pasado 7 de mayo. En el mismo, la comparación entre Yalta y Munich implicaba el reconocimiento de que el Tratado que selló el fin de aquella contienda y la división de Europa entre los dos bloques ideológicos que nacieron de ella no se fundaba en la justicia. Estamos quizás ante la primera

vez que un presidente estadounidense hace un gesto de este tipo.

«Reflexionando sobre la victoria de hace seis décadas –afirmó el presidente norteamericano– nos viene a la memoria una paradoja. Para parte de Alemania la derrota comportó la libertad, pero para gran parte de la Europa central y oriental supuso el dominio de hierro de otro imperio. El acuerdo de Yalta continuó la injusta tradición de Múnich y del pacto Molotov-Ribbentrop [...] La entrega de millones de personas en Europa central y oriental será recordada como una de las más graves injusticias de la historia».

Hasta ahora, la realpolitik imperante en algunos ambientes norteamericanos, había considerado la partición de Yalta como una dura necesidad, un altar sobre el que sacrificar a algunos pueblos a cambio de conseguir la victoria sobre el nacional-socialismo. Esta visión fue compartida también por Winston Churchill, uno de los artífices de aquellos acuerdos. Este maquiavelismo político, según el cual el fin justifica los medios, abrió el camino a una opresión atroz en los países que quedaron bajo regímenes comunistas y, lejos de estabilizar la situación internacional, inició el periodo de tensión y enfrentamiento que se conoce como la Guerra fría, con efectos desestabilizadores y guerras en otros lugares del mundo, especialmente en Asia y África.

Nueva ofensiva internacional abortista

Yo tengo una hija ahora y no debería tenerla». Quien habla así es una joven escocesa de veinte años que se ha querellado contra el hospital donde abortó en 2001, aborto que finalmente resultó fallido. Iba a tener gemelos y uno de los bebés nació, mientras que el otro fue efectivamente asesinado. La madre denuncia ahora que el hospital no se aseguró de que el aborto se hubiera ejecutado con éxito total.

Lo cierto es que los tribunales están dando la razón en muchos casos, en países como Gran Bretaña o Francia, a quienes interponen denuncias de este tipo. Se da así la paradoja de que los hospitales pagan a los padres indemnizaciones por ser «culpables» de que los niños sigan vivos.



Stalin y Roosevelt en Yalta

Junto con esta corriente por la que a los hospitales se les juzga y condena no por salvar vidas sino por no acertar a la hora de asesinar a niños indefensos, nos encontramos también con una ofensiva internacional de presión para que países como Portugal, Colombia o Uruguay cambien sus legislaciones por otras menos restrictivas ante el aborto.

En el caso de Portugal se está librando una lucha enconada

para no cambiar una legislación donde el aborto está penalizado con hasta tres años de cárcel. En el referéndum que se celebró en 1998 y que contó con una abstención del 69 %, hubo una mayoría del no (50,91 %). En estos momentos los socialistas han vuelto a llevar al parlamento una ley para despenalizar el aborto si se realiza antes de la décima semana de gestación.

En Colombia la asociación «Women's Link Worldwide», que trabaja en decenas de países para la teórica defensa de los derechos de las mujeres, ha presentado una demanda ante la Corte Constitucional en busca de la despenalización del aborto en casos extremos, estrategia que se ha seguido en todos los países en los que el aborto estaba penado.

Por su parte, el presidente de Uruguay, Tabaré Vázquez, perteneciente al partido socialista, ha anunciado que vetará cualquier proyecto de ley que el parlamento apruebe para despenalizar el aborto. En el año 2004 se presentó un proyecto en el senado al que sólo faltaron tres votos para que fuera aprobado.

Ante este nuevo embate de la cultura de la muerte, esperamos que en estos países brille la valentía y sean recordadas las palabras de los obispos malteses ante la presión de la ONU cuando animaban a sus políticos a mantenerse firmes en la defensa de la vida y en su total rechazo del aborto.

Dios lo quiere

El número de CRISTIANDAD del mes de junio de 1945 estaba dedicado al Sagrado Corazón. De entre los varios y cualificados artículos hemos leído el que firmaba el padre jesuita Juan Serrat, que fue superior de la residencia de los jesuitas de la calle Caspe y amigo del padre Orlandis.

De su autorizada pluma podemos hacer un seguimiento de los momentos cruciales en la aceptación y promoción por parte del magisterio docente de la Iglesia de la devoción de la que santa Margarita María de Alacoque había sido elegida mensajera. Como dice el padre Serrat, el conjunto de estas enseñanzas pontificias forman una cadena que carece de discontinuidad. En consecuencia, dice «sería mal hijo de la Iglesia quien sobre este particular pusiere duda»; y añade que «hay algo nuevo, enteramente nuevo en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, porque algo nuevo ha suce-

didado en el mundo que justifica una intervención extraordinaria de Dios en el curso de la historia». La tesis del padre Serrat es que la devoción al Sagrado Corazón es «nueva» porque se ofrece «para esta nueva edad, para estos tiempos nuevos». El mundo moderno tiene una especial novedad, su ateísmo militante, que lo hace radicalmente diferente del mundo pagano, poblado de dioses, a los que se enfrentaban los primeros predicadores de la Buena Noticia. El lema de nuestro tiempo lo formulará Marie Jean Flourens: «Nuestro enemigo es Dios, y el odio a Dios es el principio de la sabiduría». Acaba el artículo del padre Serrat con estas palabras: «En esta nueva edad del mundo, tenemos necesidad de un nuevo símbolo de redención». Este símbolo es el mismo que León XIII expone ante todos los católicos como el centro de nuestras esperanzas y de nuestras peticiones.

Si algo hay cierto, indudable en las orientaciones emanadas del magisterio docente de la Iglesia, es que la Iglesia, los papas, esperan la salvación del mundo, víctima de sus mismos pecados y abominaciones, de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

El día 25 de mayo de 1899, el papa León XIII, recordaba actos de sus predecesores para honrar el Corazón Sagrado de Jesús y por su parte ordenaba la consagración del género humano al mismo Sagrado Corazón y manifestaba su fe con las palabras tantas veces repetidas: que la cruz en los primeros tiempos de la Iglesia apareció al emperador Constantino como promesa de victoria; y que en estos tiempos se presenta el Corazón de Jesús: «In eo omnes collocandae spes: ex ea hominum petenda atque expectanda salus».

En Él se ha de colocar toda esperanza; a Él se ha de pedir y de Él se ha de esperar la salvación.

El día 8 de diciembre de 1864, el papa Pío IX, víctima insigne de la Revolución, publica el *Syllabus* y firma la carta *Quanta cura*, que es su justificación y presentación.

Era la declaración de guerra contra los errores de la Revolución que gangrenaba el mundo; era el manifiesto de los defensores de la Ciudad de Dios contra el ejército del mal.

En aquella ocasión solemnísima, una de las más

solemnes de la historia moderna, el Papa acude al Sagrado Corazón, con estas palabras: «Pidan todos sin intermisión y con fuerza al Corazón dulcísimo de Jesús, víctima de amor ardentísimo para con los hombres, para que con los lazos de su amor, arrastre todas las cosas hacia sí, y para que todos los hombres, inflamados en el amor suyo santísimo, procedan según su corazón».

Estas palabras confiadas no son una excepción, forman como un eslabón de la cadena que nos guía hasta la carta: *Miserentissimus Redemptor*, del papa Pío XI, en 8 de mayo de 1928.

La voluntad de los papas es evidente; se ha manifestado en tantas ocasiones, en documentos tan graves, que sería mal hijo de la Iglesia quien sobre este particular pusiera duda.

Se ha dicho que la devoción del Corazón de Jesús es tan antigua como el cristianismo. Esta afirmación puede ser verdad y puede ser inexacta. Es verdad que, desde el primer momento del cristianismo, el amor a Cristo y el deseo de corresponder a sus trabajos y reparar por las ofensas, ha sido un carácter distintivo de los cristianos.

Todos los creyentes, a través de la historia, tienen un mismo aspecto familiar como los caracteres distintivos de una raza o de un pueblo determinado. Todos aman a Jesucristo, todos se sacrifican por Él

y por su causa ofrecen los bienes de fortuna: se entregan al trabajo, dan su sangre.

Las expresiones candentes de san Pablo se parecen a los encendidos deseos de martirio de san Ignacio mártir. Escuchamos en las palabras de los mártires de nuestros días, un eco de los mártires de la primitiva Iglesia; y desde hace siglos los fieles cristianos leen y comprenden la Imitación de Cristo y se entusiasman con sus palabras encendidas.

A través de los tiempos y los espacios, se mantiene viva la misma llama, el mismo amor, el mismo deseo de reparación.

Pero hay algo nuevo, enteramente nuevo en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, porque algo nuevo ha sucedido en el mundo que justifica una intervención extraordinaria de Dios en el curso de la historia. Es algo nuevo el símbolo del corazón, la promesa de reinar en el mundo precisamente por este corazón.

Tan pronto como esta señal se levanta en alto, es señal de contradicción de los taimados jansenistas; es perseguida por muchos que se llaman sabios; contradicen potestades seculares; y, como afirma el obispo Torras y Bages: «la Revolución fue su enemiga declarada porque un poderoso instinto le hacía conocer que era la que debía acabar con ella» (Torras y Bages. *Discurso sobre la influencia social que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús está destinada a ejercer en los tiempos modernos*. III).

Estas palabras del obispo de Vic, nos llevan como de la mano a decir algo sobre la segunda afirmación que hemos establecido, esto es, que tiempos nuevos exigen nuevos remedios para sus males.

Dice muy bien el obispo de Vic, que la Revolución fue enemiga de la devoción al Sagrado Corazón y no dice la Revolución francesa, sino sencillamente la Revolución; porque fue la Revolución francesa el comienzo, no el fin; fue el primer eslabón de la cadena que se alarga indefinidamente con tantas revoluciones como países hay en el mundo. La Revolución continúa, y el mundo vive bajo la influencia de aquella constelación funesta.

Dice el Sagrado Corazón a santa Margarita María, y los papas lo repiten, que para esta nueva edad, para estos tiempos nuevos, estaba reservada la nueva devoción.

Que sean estos tiempos en que vivimos enteramente NUEVOS: ¿quién podrá ponerlo en duda?

Figurémonos por unos breves momentos que los Apóstoles emprenden de nuevo la evangelización del mundo paganizado por la Revolución.

Sabemos perfectamente por los Hechos de los Apóstoles, por las Cartas de san Pablo y por las apologías de los primeros escritores cristianos, de qué manera los Apóstoles se introducían en la mente y corazón de sus oyentes.

¿Estaba el auditorio formado por judíos? Pues entonces las promesas mesiánicas, todo el Antiguo Testamento daba materia para penetrar en las inteligencias de sus oyentes y despertar el entusiasmo en su corazón.

¿Estaba el auditorio formado por gentiles? Entonces tenían ante sus ojos unos hombres que tenían tantos dioses, que con sus estatuas podían jalar sus avenidas y dedicar un ara al «dios desconocido». Aquel auditorio tenía fe en Dios y podía decir el Apóstol: «In ipso vivimus, et movemur et sumus» (Act 17,28). No negaban la existencia del pecado; admitían la necesidad de la satisfacción; habían contemplado las flagelaciones y mutilaciones de los sacerdotes y adoradores de las divinidades importadas del Oriente misterioso; muchos habrían sido purificados con sangre en la horrible ceremonia del tauróbulo.

Parte de aquel mundo creía en las promesas de salud hechas por los profetas; todos creían en los dioses, en el pecado, en la necesidad de la satisfacción, en la eficacia redentora de la sangre.

Era como una grande corriente de agua que podía ser aprovechada para mover el molino de la predicación evangélica.

Pero en nuestros días: ¿cómo se introduciría el Apóstol en el ánimo de los modernos paganos? Ya no levantan aras al dios desconocido, porque Dios, o no existe, o no interviene para nada en el gobierno del mundo, o nada podemos saber de él, porque no existe puente entre nuestras ideas y las realidades que están fuera de nosotros. Nos hemos de encoger de hombros; es el agnosticismo.

¿Queréis algo más anticuado que hablar del pecado? El pecado es imposible, porque el hombre no está sujeto ni puede estarlo a ley alguna; y si el mismo Dios, dado que existiese, se presentase en forma visible, la primera obligación del hombre sería negarle la obediencia. (Diet. Apolog. «Laïcisme» Col. 1783).

¿Invocaría el Apóstol los derechos de la moral? Se le respondería con las palabras de Lenin: «Nosotros rechazamos toda moral que no tenga por principio la lucha de clases. Creemos que la moral está absolutamente identificada con los intereses de la lucha de clases por el proletariado. Nuestro gran principio es éste: moral es todo lo que sirve para destruir la antigua sociedad de explotadores» (Lenin. En el III Congreso de la Juventud Comunista. Citado por *Études*. 5, XI, 1936).

¿Les hablarán de las grandes esperanzas de felicidad, de la inquietud del corazón que nos dice siempre: más allá? Para el mundo sin Dios y sin alma no hay más felicidad que la felicidad de los sentidos, ni más inquietud que carecer de los medios para satisfacer las pasiones de la bestia. El «infelix ego homo»

del Apóstol, no tiene sentido para la generación neopagana, el más grande enemigo del cristianismo en todos los tiempos de su historia.

La separación brutal del ser humano y del ser religioso, tiene por fundamento la autonomía de la razón que ha sido formulada con estas lapidarias palabras: «Extintis diis, extinto Deo, succedit humanitas».

Y si queréis expresarlo con palabras de blasfemia nos lo formulará Marie Jean Flourens: «Nuestro enemigo es Dios, y el odio a Dios es el principio de la sabiduría» (*Descocs-Praelectiones Theologiae Naturalis* II, pág. 446).

Los tiempos torturados con estas blasfemias son de verdad tiempos nuevos, los investigadores no los hallarán en las edades remotas; es necesario llegar a la Revolución. Son los tiempos nuevos para los cuales ha reservado Dios, como un nuevo Pentecostés, la devoción del Sagrado Corazón.

¿Quedará frustrado el plan de Dios? ¿Podrá la Revolución impedir la divinización del hombre por Jesucristo? Nos dice nuestro Redentor que reinará a pesar de sus enemigos, y que reinará por su Corazón. Esta promesa verdaderamente extraordinaria, la Iglesia, maestra de prudencia, la admite, la predica, funda en ella sus esperanzas «omnes collocandae spes», como dice León XIII; llama a todos los cristianos para que se consagren a este Corazón; bendice a los que trabajan para extender este reinado de amor.

Como un nuevo Pentecostés, el mundo se salvará por la devoción al Sagrado Corazón, porque así Dios lo quiere, así lo ha manifestado y ¿quién osará pedir a Dios las razones de sus designios?

Con todo, humildemente podemos recordar palabras evangélicas. Grande misterio tendría el Corazón traspasado en la cruz cuando el Evangelista, testigo de vista, lo testimonia con tanta energía y también nos dicen cómo todo debemos esperarlo del Corazón de Jesús unas palabras dichas por el Maestro en ocasión solemnísimas y que comenta ampliamente la revista *Verbum Domini*, del Instituto Bíblico, vol. 21, n. 12. Dic. de 1941, pág. 327.

El evangelista san Juan nos presenta a Jesús envuelto en discusiones ásperas durante la fiesta de los Tabernáculos. «En el último día de la fiesta, que es el más solemne, Jesús se puso en pie y en alta voz decía: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Del seno de aquel que cree en mí manarán, como dice la Escritura, ríos de agua viva”» (Jn, 7,37-38).

La palabra griega *koilia* significa corazón y en este sentido comenta el cardenal Toledo: «El corazón significa el interior del hombre. Se le da el Espíritu Santo, fuente viva del cual proceden innumerables ríos que son los dones y las virtudes». Ahora bien, es evidente que el corazón del creyente nada

puede dar de sí; sólo puede comunicar algo de lo que ha recibido de la plenitud que es Cristo. (Jn 1,16). «Et de plenitudine ejus omnes nos accepimus».

Largo sería, y está en la memoria de todos, citar los textos en que Jesucristo dice que Él da el agua que apaga la sed. (Jn 4,14).

Por tanto, y sin más comentarios, podemos asegurar que es el Corazón de Cristo la fuente manantial de la cual derivan los ríos que llevan a todos los creyentes la salvación, la santidad. Es el nuevo Pentecostés de la gracia.

¿Pues qué será si admitimos que el texto citado se refiere a Cristo y que debe leerse así, como ampliamente y con abundante documentación lo demuestra H. Rahner en el artículo citado?

«Quien tenga sed venga a mí
y beba quien crea en mí.
Como dice la Escritura, de su corazón
manarán ríos de agua viva.»

Reproducir la documentación patrística en que apoya su puntuación, nos llevaría muy lejos de nuestro intento; siempre será verdad que es el Corazón de Cristo la fuente de todas las gracias de santidad para los creyentes.

Si queremos penetrar en los designios de Dios al dirigirnos hacia el Corazón del Verbo Encarnado, hallaremos la respuesta en las palabras del Maestro: (Mt 11,25) «Abscondisti haec a sapientibus et prudentibus et revelasti ea parvulis».

Exige Dios la humildad; humildad en la recepción de los sacramentos; humildad en la oración; humildad en esperar la salvación de un Corazón de carne:

«Visus, tactus, gustus in te fallitur
Sed auditu solo tuto creditur».

Sabemos que este Corazón de carne está unido personalmente con el Verbo; pero esta misma fe: ¿no es un acto de humildad?

Agradecemos la condescendencia de Dios nuestro Señor, el cual se digna acomodarse a nuestra manera de ser. Compuestos de materia y espíritu, necesitamos señales sensibles para conocer la acción interna de la gracia.

En esta nueva edad del mundo, tenemos necesidad de un nuevo símbolo de redención; «el Corazón de Jesús oprimido con la cruz, envuelto en llamas. En Él todas nuestras esperanzas, a Él se ha de pedir y de Él se ha de esperar la salvación», como escribió León XIII en un momento solemne de la historia, al fin del siglo XIX, que iba a su ocaso, dejando abierta la puerta a la Revolución, agravada por la lucha de clases.

CONTRAPORTADA

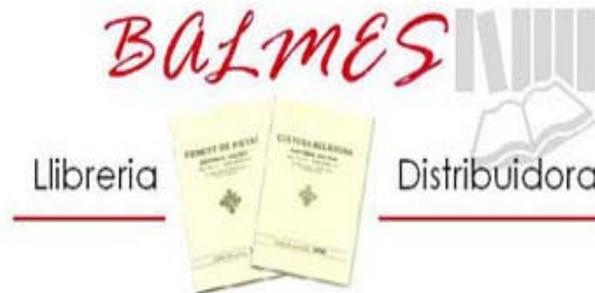
Promesas del Sagrado Corazón a santa Margarita

1. Les daré todas las gracias necesarias en su estado de vida.
2. Estableceré la paz en sus hogares.
3. Los consolaré en todas sus aflicciones.
4. Seré su refugio en su vida y sobre todo en la muerte.
5. Bendeciré grandemente todas sus empresas.
6. Los pecadores encontrarán en mi Corazón la fuente y el océano infinito de misericordia.
7. Las almas tibias crecerán en fervor.
8. Las almas fervorosas alcanzarán mayor perfección.
9. Bendeciré el hogar o sitio donde esté expuesto mi Corazón y sea honrado.
10. Daré a los sacerdotes el don de tocar a los corazones más empedernidos.
11. Los que propaguen esta devoción, tendrán sus nombres escritos en mi Corazón, y de él, nunca serán borrados.
12. Nueve primeros viernes: Yo les prometo, en el exceso de la infinita misericordia de mi Corazón, que mi amor todopoderoso le concederá a todos aquellos que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final; no morirán en desgracia ni sin recibir los sacramentos; mi divino Corazón será su refugio seguro en este último momento.

LIBRERÍA BALMES

C/ Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 933 178 094 – fax 933 179 443

Web: www.balmeslibreria.com



Distribuidora de EDITORIAL BALMES

LIBROS:

Teología y Vida espiritual
Mariología y Hagiografía
Sagrada Escritura y Patrística
Catequesis
Educación y Formación cristiana
Historia, Filosofía, Ética y Psicología
Sociología y Política
Literatura
etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano*
y revistas nacionales y extranjeras

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando la página web podrá realizar sus compras
sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa